

MÉXICO INTERVENIDO

REPORTAJES DESDE VERACRUZ Y TAMPICO, 1914

Jack London

Traducción, introducción y notas de Elisa Ramírez Castañeda

Ediciones Toledo

México, 1991

Primera edición, 1990. Primera reimpresión, 1991

© Ediciones Toledo Juárez 65 Tlalpan, 14000 México, D. F.

ISBN 968-6332-15-4

Diseño: *Ocelote*

Diseño de la portada: Bernardo Recamier

Impreso y hecho en México

INTRODUCCIÓN

El 16 de abril de 1914 Jack London firma un contrato con Hearst: su compromiso es escribir reportajes sobre la guerra en México para *Collier's Weekly*, uno de los semanarios de mayor circulación de Estados Unidos en ese momento. Una semana más tarde, London sale de Galveston rumbo a Veracruz a bordo del Kilpatrick con los hombres de Funston.

Jack London escribió siete artículos: seis desde Veracruz y uno desde Tampico. Los artículos tuvieron gran difusión en Estados Unidos. Muchos otros periódicos, entre ellos el *Mexican Herald* que circulaba en la ciudad de México y también era propiedad de Hearst, compartían los textos de London. La reacción que sus artículos provocaron se debió más a las expectativas de los lectores respecto al autor que a las opiniones que tuviera sobre la Intervención estadounidense en Veracruz. Su alabanza a los soldados y la política de Estados Unidos modificaron las relaciones de London con los radicales yanquis y, de igual manera, significaron un viraje en su carrera como escritor; los mexicanos, en cambio, poco interés tuvieron en contradecirlo: se encontraban en un momento crucial del movimiento armado, en vísperas de la caída de Huerta y de la ruptura de la alianza constitucionalista.

London vendió su primer cuento a *The Black Cat* en 1899. A partir de entonces vivió de sus escritos: produjo, desde ese momento, hasta su muerte, 41 libros y una gran cantidad de artículos, cuentos y reportajes. Su biógrafo, el escritor Irving Stone, dice que su popularidad deriva de su capacidad de observación y estructuración formal, que permiten al lector mirar y sentir lo que London escribe. Lo considera uno de los

más grandes genios del naturalismo.¹ *El llamado de la selva*, escrito en 1903, había vendido hasta 1977 más de siete millones de ejemplares, en 68 lenguas. Ciertamente London fue el escritor más popular de lengua inglesa durante las dos primeras décadas de el siglo XX; heredó de su muy admirado Kipling el pedestal, el prestigio, los temas y las aversiones.

Sus libros se publicaban simultáneamente en Estados Unidos y Gran Bretaña; muchos fueron llevados a la pantalla desde que se inició la industria cinematográfica y, en vida de London, aparecieron traducidos en más de 14 lenguas.

Además de ser un *best-seller*, London fue un connotado personaje público: prototipo del *self-made man*, luchador socialista, aventurero próspero, testigo de las luchas sociales de su tiempo, paladín de la "aristocracia proletaria", bebedor empedernido.

Al final de su vida era asediado por críticos, plagiarios y admiradores. Durante varios años fue el autor que más regalías recibía en el mundo entero; su intimidad era noticia, escenificación permanente e insostenible.²

Su vida puede ser comparada a la de dos autores: Scott Fitzgerald —que como London fue un gran retratista de su entorno— y Hemingway —temerario, aventurero y suicida—. O con Reed, su contemporáneo y camarada.

Una combinación de rudeza, glamour y popularidad rodearon a London; héroe rebelde y aventurero, vagabundo y militante, es tal vez el escritor más emblemático del Oeste norteamericano, el más californiano de todos los tiempos.

Profeta del fin de la civilización en *Talón de hierro* o defensor de la naturalidad y virilidad de *El lobo de mar*, sus

¹ Irving Stone, *Jack London, Sailor on Horseback*, Doubleday, Nueva York, 1938.

² *Ibid.*

escritos giran siempre sobre el eje civilización-barbarie; son la defensa de la fortaleza y la voluntad por encima de la cultura de salón. London escribe sobre su propia persona: Buck, el perro de *El llamado de la selva*, es tan autobiográfico como el alcohólico de *John Barleycorn*.

Natural en un sentido muy diferente al de Emerson y Thoreau, defiende vehementemente al individuo y sustenta el optimismo expansionista de su nación como portavoz universal de la democracia posible en su tiempo.

Tanto el nacimiento como la muerte de London (1876-1916) son un enigma para sus biógrafos. Jack London fue el hijo bastardo de un afamado astrólogo, W. H. Chaney y de Flora Wellman,³ mujer cultivada que había emigrado a California en su adolescencia. El amante de Flora la abandona cuando descubre su embarazo y la mujer intenta suicidarse. El escándalo suscitado por semejante arrebató obliga al astrólogo a retirarse del estado. El mismo año del nacimiento de Jack, Flora contrae nupcias con John London, quien era agricultor y ganadero, dueño de varios ranchos en California, hijo de una médium y vidente, y viudo con dos hijas: Ida y Eliza. Desde su nacimiento, Flora Wellman entregó al pequeño Jack a Jenny Prentiss, nodriza negra, hija de esclavos libertos, orgullosa de su raza. Jack descubre a los 17 años que London no es su padre y escribe entonces a Chaney, quien niega también la paternidad.

London cursó sus primeros estudios en Oakland y San Francisco y pronto los abandonó para ejercer los más diversos oficios: repartidor de diarios, obrero, grumete, ballenero, cazador

³ Entre las biografías más interesantes y útiles de London tenemos la de Russ Kingman, *Jack London (1876-1916)*, L'Instant, París, 1987; pronto aparecerá una traducción española. Otra es la Joan London, su hija, *Jack London and his times, An Unconventional Biography*, University of Washington Press, Seattle, 1939. Joan, socialista radical, es implacable con su padre llegado el momento de juzgar sus escritos mexicanos y sus últimos años.

clandestino de focas en el Mar de Japón, gambusino en Alaska. Vagabundeo a bordo de los trenes hasta que fue arrestado en Niágara, por viajar de polizón.

En 1900 reanuda sus estudios en Berkeley, donde cursa sólo dos semestres, se casa, y comienza su espectacular carrera de escritor. También entonces se afilia al Partido Socialista. En 1905 escribe reportajes sobre el gran sismo de San Francisco. La serie de la guerra ruso-japonesa, del año anterior, y la de México en 1914 completan su labor periodística; aunque también publicó artículos sueltos, cartas y entrevistas en los más diversos diarios y revistas, es en estas tres ocasiones cuando se dedicó, como reportero, a escribir artículos seriados en calidad de corresponsal a sueldo.

El éxito de London decayó parcialmente hacia 1910; los relatos y novelas por entregas, en revistas que costaban entre 5 y 10 centavos, competían con los libros, que se cotizaban a más de un dólar. Los derechos de las historias por entregas pertenecían a las revistas y los autores perdían las regalías por libros y por películas sobre sus textos. La lucha por los derechos de los autores y los más complejos juicios por autoría ocuparon gran parte de la energía y el humor de London en sus últimos años. Además, los gustos populares cambiaban, su estilo decaía y sus temas se repetían. Si a esto añadimos la vida espléndida que él, su familia y sus amigos se daban, la destrucción total de su rancho por un incendio y los costos de su barco Snark, uno de los yates más lujosos del Pacífico, entenderemos cómo en 1914, a pesar de ser el escritor mejor pagado de su país, enfrentaba una grave crisis económica. London terminó en 1913 *The Star Rover* (*The Jacket* en Inglaterra), evangelio de la fortaleza y la voluntad, a decir

de John Perry.⁴ Anglosajón, nietzschiano (el término tenía diferentes connotaciones en esos tiempos) y darwinista, las masas americanas leían y admiraban a London. Era blanco de los críticos, sin embargo, los socialistas y liberales, a pesar de múltiples roces con los más radicales, lo seguían considerando su vocero.

Los libros de London siguen una clara línea de desarrollo: desde el lirismo inicial lleno de un optimismo beligerante hasta su pesimismo desesperado, pregonero de un retorno a la barbarie. El viaje a México es un corte en la carrera de London: su prestigio público sufre un descalabro, rompe con cuanto representaba anteriormente. No sólo su persona, también su escritura resiente el viaje.

Enviado por Hearst como corresponsal de guerra a un lugar donde no había guerra (entre Estados Unidos y México), hizo reportajes sin tema. De allí su pobreza y su valor: poco nos dicen sobre un México que no vio sino a través de los ojos de las fuerzas de ocupación y sus conciudadanos refugiados. En cambio, son un claro espejo de quiénes eran los norteamericanos que invadieron el país. Nos hablan también del sustrato de London, de sus ideas preconcebidas, de su crisis política y personal, de su malhumorada estancia en el calor del Golfo. Los escritos poco añaden a lo que en otros lados podemos leer sobre la Intervención; en cambio, son importantes para conocer la mentalidad de quienes desembarcaron en Veracruz y de quienes enviaron a estos hombres a nuestro tres veces heroico puerto.

La política intervencionista de Estados Unidos en asuntos nacionales no se limita a 1914, es una constante en la historia

⁴ John Perry, *Jack London: An American Myth*, Nelson Hall, Chicago, 1981.

diplomática entre nuestro país y el vecino del norte.⁵ Al iniciarse este siglo, la intromisión cambia de carácter y pasa por diversas fases. El fondo del conflicto, sin embargo, es siempre el mismo: la defensa de sus intereses económicos, las garantías a tales intereses y a los residentes en nuestro país. Y en menor medida, la lucha por una hegemonía en el continente para negociar con otras potencias.

En plena expansión capitalista, Estados Unidos da un tinte moral a sus relaciones con el resto de América a principios de este siglo. Se postula como hermano mayor, como paladín de la democracia, como responsable de cuanto acontece en sus esferas de influencia. La Doctrina Monroe es el instrumento de tal política exterior; la recién creada Infantería de Marina, su brazo ejecutor.

Tras la Primera Guerra Estados Unidos tendrá ya, claramente, el carácter de una potencia mundial de primer orden. Para lograr tal lugar, primero debió tener control absoluto sobre su territorio y fronteras, movilidad para sus fuerzas armadas y, sobre todo, abastecimiento garantizado de las materias primas necesarias: el petróleo era, desde entonces, un rubro esencial y posición de ventaja sobre otras potencias imperialistas con intereses en nuestro continente.⁶ Para Estados Unidos era imposible lograr tales propósitos logísticos en un país en absoluto caos. Las luchas internas habían sacudido hasta sus cimientos las instituciones mexicanas. Desde 1910 los

⁵ Véase Gastón García Cantú, *Las invasiones norteamericanas a México*, ERA, Serie Popular, México, 1971.

⁶ Las fuerzas navales de Gran Bretaña, en su totalidad, dependían de este combustible para movilizarse, pues habían cambiado sus maquinarias, antes impulsadas con carbón. De allí el interés de ambos países por asegurar el aprovisionamiento en México, que para 1914 era el tercer productor de petróleo en el mundo. En el libro de Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 2 volúmenes, ERA, México, 1982, aparece importante información sobre las relaciones comerciales y diplomáticas de esta época.

estadunidenses negociaban con las diferentes facciones y gobiernos en contienda; pero la magnitud del movimiento social, los personajes y propósitos en contienda les resultaban incomprensibles y, ciertamente, amenazantes. Estados Unidos no podía esperar a que los acontecimientos siguieran su propio curso.

La defensa de sus intereses y los de los residentes extranjeros en nuestro país, la seguridad de la posición estratégica ante la inminencia de una guerra mundial y el designio mesiánico del nuevo presidente hicieron que la política de intriga palaciega, las misivas y los reclamos en distintos tonos viraran hacia la intervención armada.

Estados Unidos apoyó a Madero contra Díaz, a Huerta contra Madero, a Carranza contra Huerta... y así sucesivamente.

Independientemente de las modificaciones en los tratos, los conflictos siempre fueron los mismos: los mexicanos intentaban poner freno a la interferencia norteamericana haciendo concesiones a los europeos en un afán de equilibrio. Estados Unidos resintió cualquier gravamen al tráfico y al comercio exterior. Los exiliados mexicanos en Estados Unidos fueron otro foco de conflicto.

Pero, sobre todo, fue la defensa de principios y postulados que supusieron que los mexicanos debían acatar lo que marca el periodo que nos ocupa. La Intervención hizo visible la violación a la soberanía: de manera menos evidente la interferencia en nuestra política, antes y después de Veracruz, fueron constantes.

En marzo de 1913 Taft es relevado por Woodrow Wilson en la presidencia de Estados Unidos. Éste procede con mayor cautela que su antecesor. Escucha a los cónsules, manda agentes especiales, envía misiones ante todos los bandos –villistas, carrancistas, huertistas– y presta menos atención a su

embajador. Declara ante el Congreso y el Senado: "[...] el mundo, como los Estados Unidos, desea la paz, que será realizable cuando México acepte honorablemente nuestros servicios. [...] Debemos mantener la neutralidad".⁷ Y asumió la postura de "vigilante espera".

Estados Unidos había apoyado a Madero confiando en su proyecto modernizador y progresista, esperanzado en la pacificación del país. La protección que Madero otorgó a los intereses europeos, su fragilidad y las maquinaciones del embajador Henry Lane Wilson le valieron a Huerta el apoyo norteamericano. Pero no su reconocimiento. El nuevo presidente llama al embajador a Washington y nombra a Nelson O'Shaughnessy como encargado de negocios. A raíz de la intervención en Veracruz se rompen relaciones diplomáticas con Estados Unidos; no se envía un nuevo embajador a México hasta 1917.

Huerta decide suspender el servicio de la deuda exterior en enero de 1914. Aumenta el impuesto al petróleo y otras materias primas de exportación. Contaba con el reconocimiento de Inglaterra y el apoyo financiero de Lord Cowdray, dueño de una gran parte del petróleo de este país: la compañía Pearsons, así como gran parte de las inversiones en trenes, minas, tierras y otros negocios eran manejados por este personaje. También los alemanes habían reconocido a Huerta. Ante la inminencia de la guerra, los americanos negociaban con las otras potencias el paso por el Canal de Panamá, recién abierto. Los ánimos se exacerban. Las negociaciones con ingleses, alemanes, españoles, y de éstos con los estadounidenses, se realizan en un clima de intriga y amenaza, reclamo y denuncia.

⁷ Citado por Martha Strauss, "Woodrow Wilson rechaza a Victoriano Huerta", en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 4, "La Lucha Constitucionalista", pp. 645-652, INAH/CONAFE/DGPM, México, 1985.

Uno de los problemas más apremiantes para un país levantado en armas es el suministro de materiales bélicos —tanto más que lograr el reconocimiento oficial de su legitimidad—. Huerta compraba armas a Japón y Alemania. Wilson decretó un embargo a la venta de armas en agosto de 1913 y los constitucionalistas, que se abastecían desde la frontera norte, debieron aprovisionarse, con dificultad y costosamente, a través de los contrabandistas. En febrero de 1914, y ante la clara ventaja de los rebeldes, los estadounidenses suspenden el embargo y, por primera vez, los constitucionalistas tuvieron ejércitos mejor armados que los federales.

En marzo de 1914 los rebeldes dominaban la mayor parte del país. Villa había tomado Torreón y Ciudad Juárez; Obregón dominaba la costa del Pacífico con el Ejército del Noroeste; Zapata atacaba por el sur.

El primero de mayo, Pablo González, al mando del ejército del Noreste, toma Monterrey. De allí prosigue a Monclova, San Luis Potosí y Tampico. En las proximidades de Tampico vivían 4 mil extranjeros, más de la mitad eran estadounidenses, quienes, alarmados por las acciones de guerra en las cercanías de los pozos e instalaciones, habían solicitado permiso para armarse en abril de 1913, cuando González atacó por primera vez este puerto. Se les negó; y entonces pidieron el auxilio de la flota del Atlántico, que estuvo pendiente de sus compatriotas a partir de tal fecha.

El almirante Henry T. Mayo se ofreció a intervenir y apoyar a los constitucionalistas que se aproximaban a Tampico, temeroso de los daños que pudieran sufrir propiedades y pozos —los residentes habían sido evacuados a partir del desembarco de los yanquis en Veracruz; muchos otros, desde 1912 habían salido, por decretos locales, de varios estados—. Algunos regresaron a sus países y muchos más permanecieron en la ciudad de México y

el puerto de Veracruz en espera de algún cambio de política que les permitiera recuperar sus inversiones y residencias.

Pablo González apenas tocó Tampico. Las lluvias providenciales hicieron retroceder a los federales, comandados por el general Zaragoza. Los constitucionalistas habían tomado El Ébano, la huida federal fue por la sierra de Puebla.

Wilson pretendía apoyar a los constitucionalistas con la Intervención. Su acción fue contraproducente: dio tiempo y consenso a Huerta. Martín Luis Guzmán dice de la intervención: "Incidente militar sin gloria para los vencedores ni honor para los vencidos".⁸ Fue la Batalla de Zacatecas, el 13 de julio de 1914, la que por fin decidió el destino de Huerta, no la intervención ni los nobles propósitos de los vecinos.

En los primeros años del siglo XX, una ola de refugiados mexicanos llegó al sur de Estados Unidos. Bien distinta fue la actitud de los texanos hacia Madero, cuando éste llegó a San Antonio, que la de los californianos ante los magonistas. El primero fue apoyado y provisto de armas, considerado apóstol de la lucha contra la dictadura porfirista, defensor de los valores democráticos y libertarios —semejantes a los postulados por los norteamericanos—. Los Flores Magón, en cambio, siempre fueron considerados subversivos, focos de agitación asociados a

⁸ *La querrela de México*, Asociación Nacional de Libreros A. C, México, 1984.

⁸ Los socialistas norteamericanos se dividían, a principios de siglo XX, en miembros del Partido Socialista de América y de la International Workers of the World (IWW). En 1914 se separaron y formaron varios partidos, por sus diferencias de opinión ante la Primera Guerra Mundial. Antes de la ruptura, tanto socialistas como anarquistas se llaman genéricamente *wobblies*.

los socialistas yanquis, los *wobblies*,⁹ que vivían entonces, a pesar de los pesares, su época de oro.

En 1911 los magonistas, que jamás apoyaron a Madero, pretenden crear una república socialista en Baja California. Anarquistas y socialistas de diversas tendencias y variadas nacionalidades toman Mexicali y Tijuana. Todos acaban en prisiones yanquis. Fue entonces cuando London escribió su famosa carta de apoyo, ampliamente difundida por la prensa izquierdista:

Estimados y valientes camaradas de la Revolución Mexicana: Nosotros, socialistas, anarquistas, vagabundos, roba-gallinas, forajidos, ciudadanos indeseables de Estados Unidos los apoyamos en cuerpo y alma en sus intentos por derrocar la esclavitud y la autocracia en México. Como podrán notar, no somos seres respetables, pues en estas fechas impera la propiedad. Se nos ha calificado con los mismos adjetivos que ahora les adjudican a ustedes. Cuando el latrocinio y la avaricia toman la palabra, los hombres honestos, los hombres valientes, los hombres patriotas y los mártires no pueden esperar sino el apelativo de forajidos y roba-gallinas. Sea. Pero yo, al menos, desearía que hubiera más forajidos y roba-gallinas como los que formaban la osada banda que tomó Mexicali, como quienes cumplen heroicamente condenas en las mazmorras de Díaz, como quiénes luchan y mueren y se sacrifican hoy en México.

Me suscribo, roba-gallinas y revolucionario.

Jack London.¹⁰

¹⁰ Tomada de Phillips Foner, *Jack London. American Rebel*, The Citadel Press, Nueva York, 1963.

En agosto el *Saturday Evening Post* publica su cuento "El Mexicano".¹¹ Ese año, el Partido Socialista pretende postularlo como candidato a la gubernatura de California, London se niega.¹²

En 1913 la *International Socialist Review*, publicó "The Good Soldier", artículo firmado por London. Allí, incitaba a los soldados a la desertión. No fue sino en abril de 1914, a punto de embarcarse en Galveston rumbo a México, que London negó su autoría. El escrito en cuestión rezaba:

Un buen soldado es ciego, sin alma y sin corazón, máquina asesina. No es un hombre; tampoco es un bruto, pues los brutos sólo matan en defensa propia. Cuanto tenían de humano, todo lo que hacía de él un hombre fue denegado cuando se enroló. [...] Nadie puede caer más bajo que un soldado: es la bajeza más honda a la que se puede llegar. Alejen a los muchachos del ejército. Es un infierno. [...] No requerimos de instituciones que maten. Necesitamos instituciones que den vida.¹³

Funston le negaba el salvoconducto como corresponsal de guerra en virtud del antibelicismo del escrito anterior. London alega, y lo sostiene hasta el fin de sus días, que es un plagio. Funston le cree. London parte a México. Y no sólo negó ser el autor sino que escribió una respuesta en *The Army and Navy Journal*. Tan pasional era su defensa de las fuerzas armadas que

¹¹ Existe una excelente versión en español: *Bajando la Frontera*, prólogo, selección y notas de Paco Ignacio Taibo II, Leega/Júcar, México, 1985.

¹² Acepta, en cambio, la postulación como candidato a la presidencia de Estados Unidos por el Partido Prohibicionista. John Barleycorn era su bandera y programa por la causa de la ley seca —de la cual, por cierto, se retiró prontamente.

¹³ Citado por Robert Barltrop, *Jack London, the Man, the Writer, the Rebel*, Pluto Press, Norfolk, 1976. Compárese el estilo de la carta con la de los reportajes que siguen, se comprenderá por qué la hipótesis de plagio es dudosa, aunque ciertamente, como alega London, sus plagiarios llegaron a ser tan buenos como él.

el texto se utilizó para reclutar jóvenes soldados para la guerra europea.

A bordo del Kilpatrick, rumbo a México, escribe una carta a los periódicos de Houston negando ser autor del famoso artículo. Cita a su colega Richard Harding Davis, quien al defenderlo decía: "London no pudo haberlo escrito, es mal inglés".¹⁴ Lo cual era una mala excusa, hacía muchas cuartillas que su inglés era pobre. Sus artículos sobre México, salvo en fragmentos, jamás tuvieron el brío de sus escritos anteriores. "Los justicieros" —parece ser el consenso general— es el único con cierto mérito literario.¹⁵

Si en Tampico no se desagravió a la bandera, como veremos más adelante, London, con creces y para sorpresa de sus lectores de izquierda, escribió siete largos artículos de desagravio al soldado. Cuando la revista de las fuerzas armadas publicó su respuesta, sus primeros reportajes en *Collier's* ya habían sorprendido al público.

Hasta entonces, los socialistas prestaban poca atención a la vida y el visible alejamiento de London de los postulados de su partido —después de todo, había ganado su rancho y su aburguesamiento a pulso, sin explotar a nadie—. Además había apoyado al partido en sus finanzas, dando conferencias, firmando cartas y prestando su prestigio al movimiento con asiduidad decreciente, pero con constancia. Nunca había retirado, explícitamente, su apoyo a la causa. Tras las

¹⁴ *The Letters of Jack London*, vol. III, 1913-1916, edición de Earl Labor, Robert C. Leitz y Milo Shepard, Stanford University, Stanford, 1988. Carta del 17 de abril de 1914.

¹⁵ Tal es la opinión de Drewey Wayne Gunn, *American and British Writers in México, 1556-1973*, University of Texas, Austin, 1969. (Hay edición en español, del FCE). También Irving Stone y Upton Sinclair creen que es el mejor de los siete artículos.

acusaciones de plagio y sus opiniones sobre México las relaciones fueron tan tensas que nunca se recuperaron. Al día siguiente de la Intervención de Estados Unidos en México, mientras London hacía arreglos con Hearst y se aprestaba a viajar, el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista enviaba el siguiente telegrama al presidente y a la prensa: "La clase obrera de Estados Unidos no tiene querella con la clase obrera mexicana". La IWW y su órgano *The Masses* iniciaron una campaña contra la Intervención. La sección del partido en California amenazó con una huelga general en caso de que prosiguieran la hostilidades contra los mexicanos.¹⁶ Los socialistas estadounidenses se escindieron meses más tarde cuando hubo que tomar una postura ante la guerra. Muchos de ellos fueron deportados y encarcelados. Las declaraciones de London sobre los acontecimientos lo apartaron tanto de pacifistas defensores del internacionalismo proletario como de los nacionalistas que pretendían usar la coyuntura de la guerra en provecho de la revolución en Estados Unidos. Ya desde sus artículos mexicanos podía leerse, entre líneas, su texto de renuncia al Partido Socialista, llena de reproches y acusaciones. La carta, enviada en 1916, poco antes de su muerte, pide que también consideren a su camarada esposa fuera de la organización.¹⁷

¹⁶ Foner, *op.cit.*, pp. 112 y ss.

¹⁷ Su renuncia, entre otras cosas, decía: "Mi palabra final es que la libertad, la independencia y la autonomía no son dones ni pueden regalarse ni imponerse a las razas y clases. Si las razas y las clases no se ponen de pie por la fuerza propia de sus mentes y luchan a brazo partido por la libertad, la independencia y la autonomía del mundo, nunca tendrán estos dones, y si individuos superiores les presentan tan preciados dones en bandejas de plata, no sabrán qué hacer con ellos, y seguirán siendo lo que siempre han sido: razas inferiores y clases inferiores".

El viaje de London a México dio lugar a conjeturas románticas: varios periódicos anunciaron que capitaneaba a un grupo de revolucionarios. El recuerdo de Bierce ocupaba aún la mente de los californianos.¹⁸ Otro fantasma acompañaba a London a Veracruz: el de Reed.

John Reed había estado en México desde diciembre de 1913 hasta finales de marzo de 1914, con los villistas. Llegó con los Dorados a Torreón, había entrevistado a Carranza y al Centauro del Norte y participó activamente en las luchas. El joven militante de 26 años era considerado por los socialistas como el mejor reportero de guerra de izquierda de todos los tiempos. En julio de ese año sus siete artículos para el *Metropolitan Magazine* y los dos enviados a *The Masses* aparecieron reunidos en *México Insurgente* y sirvieron para apoyar el repudio a la Intervención. Se le consideraba una autoridad en asuntos mexicanos y se entrevistó con el presidente Wilson para defender la causa de los revolucionarios y pedir el retiro de las tropas invasoras de nuestro país.

London llegó a Veracruz, donde no había guerra, pero no la buscó, como había hecho en Japón, ni como hizo Reed. En cambio, compraba en el mercado negro joyas para su esposa, daba vueltas a la plaza o dormía la siesta en el Hotel Diligencias. Jugaba dados con los cónsules de España y de Francia y aumentaba sus ya abundantes ingresos con lo que ganaba en las apuestas. Bebía. Chismeaba con los refugiados y los otros reporteros.

18 Ambrose Bierce desapareció en México a fines de 1913 o principios de 1914. Nacido en 1842, participó en la Guerra Civil de EEUU; era connotado escritor y corrosivo periodista, vivía en California. En la carta de despedida que envió a su hija dice: "Ser gringo en México, ah, eso sí que es eutanasia". Se unió a las fuerzas de Villa. Tras su desaparición, se hicieron indagaciones sobre su paradero. Nunca se supo qué fue de él; el mito de su vida, pues, se perpetuó con el misterio de su muerte.

Richard Harding Davis recuerda: "pronto padecimos un irremediable hastío; nada qué hacer excepto dar vueltas a la plaza y pasar parte del día con London, que se sentaba largas horas en su mesa favorita del café con la aparente convicción de que la inercia era una de las aliadas del estoicismo."¹⁹

Pronto se fue a Tampico. La ronda por otros bares, la cercanía de tropas rebeldes y la visita a los campos petroleros lo animaron. Además de romper la rutina de Veracruz, contrajo la disentería que casi le cuesta la vida, al complicársele con uremia. Charmam, su mujer, lo alcanza en Tampico, donde afiebrado escribió su último artículo.

London regresa a California. Casi inmediatamente parte a Hawai. La sorpresa que sus artículos causaron fue general. Por ejemplo, el periódico *The Nation*, moderadamente liberal, escribió:

Las cartas, extremadamente legibles de London en *Collier's* no están escritas por el Jack London "suyo por la revolución", sino por Jack London a secas. [...] Es desconcertante que un eminente apóstol de la revolución roja se cebe ostentosamente con los millones en oro arrebatados por los representantes del capitalismo internacional a sus legítimos dueños, los peones mexicanos.²⁰

Su biógrafo y camarada, Upton Sinclair lo justifica diciendo que su espíritu científico había sido "fascinado por la eficacia americana". John Kenneth Turner, autor de *México Bárbaro* y ferviente admirador de London hasta entonces, creía que los petroleros habían sobornado a London. Su hija, más radical, lo contradice:

Turner se equivocó. La camaradería adulatora de los petroleros no sedujo a Jack London, ni lo sobornaron, tampoco. El cohecho era

¹⁹ Citado por Gunn, *op. cit.* p. 65. .

²⁰ En John Perry, *op. cit.*, p. 281; y Fonner, *op. cit.*, p. 118.

más trágico: era sobornado, comprado en cuerpo y alma, por la clase de vida que creyó que quería, y que lo destruía.²¹

A fines de 1914, en una entrevista con *Western Comrade*, London declara:

Estoy harto de todo: ya no pienso en el mundo ni en el movimiento [socialista], ni en la escritura como arte. Soy un gran soñador, pero sueño en mi rancho, en mi mujer. Sueño con hermosos caballos y con la fértil tierra del condado Sonoma. [...] Escribo un cuento sin más propósito que comprar un caballo semental. El ganado me resulta más interesante que mi profesión.²²

London había prometido escribir más sobre México, tras la respuesta a sus reportajes renuncia a sus propósitos. Y durante 60 años no se reeditaron, a pesar de la enorme difusión de sus demás escritos. Todos prefirieron olvidarlos.

El 9 de abril de 1914 fueron arrestados por soldados huertistas nueve tripulantes y el contador del barco americano *Dolphin* en Tampico. Pocas horas después fueron liberados. El almirante Mayo de la Cuarta División de la Flota del Atlántico que resguardaba Tampico y a los petroleros estadounidenses exigió al mexicano Zaragoza disculpas oficiales y un desagravio: izar la bandera de Estados Unidos y saludarla con una salva de 21 cañonazos. Daba un ultimátum de 24 horas para proceder. Los mexicanos, en principio, se negaron a semejante protocolo; más tarde accedieron a llevarlo a cabo siempre y cuando los americanos hicieran otro tanto ante la bandera mexicana.

²¹ Joan London, *op. cit.*, pp. 252-253.

²² Citado por Foner Phillips, *op. cit.*, p. 119.

Mientras, calmadamente, se negociaban la honra y las modalidades del desagravio, el barco alemán Ypiranga se aproximaba a Veracruz, donde entregaría a Huerta un cargamento de armas.²³

Wilson considera imperativo impedir el desembarco de pertrechos de guerra y solicita al Congreso poderes extraordinarios para tomar el puerto de Veracruz; no esperó la aprobación del Senado. Según él, tal acción ayudaría a los constitucionalistas y afianzaría su relación con Carranza, a quien consideraba como el único líder que hablaba a nombre del país, y no de las facciones. La respuesta de Carranza sorprendió a los norteamericanos, pues lejos de considerar la toma de Veracruz una ayuda a su causa, la trató como una ofensa grave a la soberanía. Wilson argüía que, además de impedir que las armas alemanas llegaran a manos de los federales, la toma de Veracruz quitaría a Huerta el apoyo económico de la aduana de este puerto, que a pesar del caos creado por la revolución recaudaba seis millones de pesos anualmente. Ante el Congreso Wilson declaraba que, tras el incidente de Tampico, su país "debía sostener la dignidad y la autoridad de los Estados Unidos y combatir a Huerta, no al pueblo mexicano".²⁴

Ni los constitucionalistas ni el pueblo de México lo consideraron así. Carranza había enviado a Washington a Luis Cabrera, en enero de 1914, para negociar el reconocimiento de los rebeldes, bajo el principio del absoluto respeto a la soberanía nacional. La Intervención interrumpía el avance de dichas negociaciones. Los ánimos del Primer Jefe, de por sí, estaban particularmente exacerbados con los vecinos a partir de

²³ Casualmente llamado como aquel que llevó a Díaz al exilio. No pudo arribar a Veracruz y siguió a Puerto México, hoy Coatzacoalcos.

²⁴ Charles C. Cumberland, *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, FCE, México, 1975, p. 105.

los reclamos de estos respecto al caso del ciudadano británico Benton, asesinado por las fuerzas de Villa.²⁵

La Intervención favoreció a Huerta, quien ganó tiempo y usó en su provecho los agitados sentimientos nacionalistas para recobrar parte del consenso perdido al enarbolar la bandera antiyanqui y romper toda relación con ese país. En la ciudad de México y en todo el territorio nacional, se hicieron manifestaciones de protesta y se unificaron, indignadas, las opiniones divididas. Los residentes norteamericanos en nuestro país, ciertamente, fueron hostigados y muchos se refugiaron en el puerto, para gozar del amparo de sus compatriotas.

Los arreglos acerca de los protocolos y desagravios se habían resuelto el día 20 de abril. El 21, Fletcher atacó Veracruz. En cuatro días llegaron al puerto 65 mil 800 hombres, más de medio centenar de buques de la Escuadra Norteamericana del Atlántico, acorazados e hidroaviones.

El plazo para retirarse de Veracruz era la caída de Huerta. Simultáneamente se movilizaron tropas hacia la frontera y Salina Cruz. "Se pretende presionar a los bandos sin declarar la guerra", declaró el vicealmirante Fletcher.

Los norteamericanos tenían experiencia en semejante tipo de ocupación. Desde 1900 habían intervenido en Panamá, Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, Filipinas y Hawai. Eran dueños, desde entonces, de Pearl Harbor y de Guantánamo. De manera menos ostentosa habían tenido también acciones bélicas en Nicaragua, Haití, Argentina y Chile. Controlaban, absolutamente, el Caribe y el Golfo; y para llevar a cabo todas

²⁵ Benton, ciudadano británico, había sido acribillado por error cuando discutía con Villa. Al intentar sacar su pañuelo del bolsillo, Fierro pensó que sacaba un arma y el inglés ya no pudo enjugarse el sudor. Los americanos, a nombre de los ingleses, reclamaban a los constitucionalistas. Carranza se negó a tratar el caso con ellos, puesto que los británicos tenían representantes oficiales en nuestro país.

estas incursiones habían creado, con las tropas licenciadas tras la Guerra Civil, la Infantería de Marina, los *marines*. En toda América pronto fueron conocidos como tropas de ocupación, responsables de los primeros enfrentamientos con civiles. Los yanquis optaron por Veracruz, y no por Tampico, por varias razones: Veracruz estaba en manos de Huerta. Era la entrada de los pertrechos y la aduana más próspera del país. Tampico, en cambio, estaba a punto de caer en manos de Pablo González y era el puerto por el cual recibían armas, tras la suspensión del embargo, Villa y el Ejército del Noreste. Fletcher alertó a Mass, general huertista que comandaba la plaza de Veracruz, sobre el desembarco un día antes de que se llevara a cabo. Este se retiró sin informar a los veracruzanos del ataque inminente. Sin embargo, el movimiento de barcos y la retirada de Mass provocaron alarma entre los ciudadanos. Cuando desembarcaron los primeros marines, en los muelles sólo encontraron estibadores, algunos curiosos y un providencial fotógrafo local.²⁶

Los veracruzanos, previniendo la muy anunciada acción de los yanquis, habían solicitado entrenamiento militar a los federales y se habían organizado con antelación en Cuerpos de Voluntarios. Estos, los reos liberados y algunos federales rezagados fueron quienes hicieron frente, mientras tuvieron parque, a los invasores. Desde azoteas y fortalezas los francotiradores hostigaron a los hombres de Fletcher. La resistencia más enconada y coordinada se dio en la Escuela Naval, los alumnos y artilleros defendieron con bravura su recinto.

²⁶ P. Flores Pérez, fotógrafo improvisado. Muchas de las fotos que ilustran este volumen son de él. Igualmente las que aparecen en Andrea Martínez, *La intervención norteamericana. Veracruz, 1914*, Martín Casillas/SEP, colección Memoria y Olvido: Imágenes de México, XI, México, 1982.

El día 22 de abril los americanos habían logrado ya un control absoluto sobre Veracruz. Fletcher informa que murieron 19 yanquis y fueron heridos otros 100. El único dato sobre las bajas mexicanas lo da también él: 193. El día 23 se decreta el toque de queda; el 25 se da un ultimátum para entregar armas y comienza la incineración de los cadáveres de mexicanos. El 26, se iza la bandera norteamericana con todos los honores y se promulga la Ley Marcial, que crea un Gobierno Civil de Fuerzas de Ocupación.

El día 27 Fletcher hace entrega de la ciudad al almirante Funston, quien ocupa el cargo de Comandante en Jefe de las Fuerzas de Ocupación; London ya había arribado a Veracruz y relata la partida de los hombres de Fletcher. Quedaron en Veracruz algunos marines, en la estación Los Cocos, y el Cuarto Regimiento de Infantería de la Quinta Brigada, en la ciudad. Y todo volvió a la normalidad. Hasta el humor regresó a los jarochos, que cantaban:

Dicen los americanos
que ya pronto mandarán.
—¿Qué mandarán?
Harina pa'los cubanos
manteca pa'cer el pan.²⁷

Las acciones militares de los constitucionalistas prosiguieron en un clima de división y tensión crecientes. El 8 de julio firmaron, entre ellos, el Pacto de Torreón, que prometía una Convención tras la caída de Huerta. Veracruz quedó en manos de Funston y sus soldados; el fin de la usurpación huertista se retardó por la Intervención y por las pugnas internas de los constitucionalistas.

²⁷ Verso proporcionado por el Programa de Recopilación del Departamento de Medios Educativos de CONAFE.

Wilson, tras la intervención, convocó a una reunión internacional y se iniciaron, en Niagara Falls, las Conferencias de Paz, llamadas ABC porque mediarían entre Estados Unidos y México tres países: Argentina, Brasil y Chile. Tanto Huerta como los carrancistas fueron invitados. En vez de dedicarse a pactar las condiciones del retiro de los invasores, la Plenaria discutió la renuncia del usurpador, las modalidades de una convocatoria para elecciones, las garantías para los residentes extranjeros en México. Y todo ello como condición previa al retiro de las fuerzas invasoras.

Gamboa, representante de Huerta, protesta enérgicamente; el enviado de Carranza se retira tras declarar que tales asuntos eran de la exclusiva competencia de los mexicanos y que el retiro de fuerzas debía ser previo a cualquier negociación. La conferencia se suspendió el 26 de junio, sin lograr ningún acuerdo.

Cuatro meses después de la Intervención, el 15 de julio, Huerta renuncia a la presidencia y sale del país, protegido por los alemanes. A pesar de que el plazo dado por los americanos para retirarse de Veracruz era, precisamente, la caída de Huerta, permanecen en el puerto hasta el 23 de noviembre de 1914. Entregaron la plaza a Cándido Aguilar.

Álvaro Obregón se retiró de la ciudad de México el 24 de octubre. Carranza lo había precedido y se hallaba en Córdoba. El 24 de noviembre establece su gobierno en Veracruz. En febrero de 1915 recibe el reconocimiento oficial de los norteamericanos.

El 6 de diciembre de 1914 Villa y Zapata posan, en la silla presidencial, para la foto más famosa de la época. En 1915 los barcos americanos bloquean el puerto de Progreso; en 1916 la expedición Pershing vuelve a violar el territorio nacional. En 1917 los americanos movilizan tropas hacia la frontera y

amenazan con una nueva intervención, como protesta por la lesión que a sus intereses causa la Constitución.

Como a D. H. Lawrence, el país irritó a London por no coincidir con sus expectativas. En uno de sus artículos nos dice que la falta de entendimiento entre las naciones y las personas se debe a que uno y otro asumen que el contrario debe actuar conforme a la mentalidad del que observa, y no según la propia. London jamás pretende entender México —sólo asienta que quienes apoyan la Revolución se equivocan.

Lo malhumora sobremanera no tener una guerra para sus reportajes, que el país robe lucimiento a su prosa, que haya tal clima de desconfianza respecto a sus escritos —de parte del ejército que conoce sus antecedentes y de parte de su público, que no lo reconoce en esta serie.

Los indios de Lawrence, en los pueblos cercanos a Oaxaca son semejantes a los peones-soldados de London, en Veracruz: seres estúpidos y sanguinarios que gustan de las corridas de toros. Los animales humanizados de ambos los conmueven más que estos hombres-bestias, anonadados por una historia y un territorio incomprensibles e inhóspitos.

London recibió por este trabajo el mejor salario que jamás se haya pagado a reportero alguno: mil 100 dólares por semana, más viáticos para él, su mujer y su valet. Por cierto, a decir de su colegas, era también la primera ocasión en la historia en que un corresponsal de guerra llevaba valet.

En 1914 London tenía severos problemas personales y con sus camaradas. No se resolvieron cuando volvió, gravemente enfermo de uno de los males que suponía, los invasores habían erradicado del país.

Poco le interesaban la revolución o el destino de la humanidad. Hostigado por Hearst y por Funston, bajo la sombra de Reed, criticado por la prensa y el partido; sin haber reivindicado su fracaso anterior como corresponsal de guerra en Japón y asediado por admiradores oportunistas enfrentaba, ante todo, su decadencia como escritor.

Su última novela *The Little Lady of the Big House*, única posterior a 1914, es mal recibida. Se le tacha de dulzona, sentimental y estereotipada. Ni siquiera Irving Stone la defiende.

Su fuerza inicial es ahora darwinismo panfletario. En las cartas de sus últimos años podemos ver cómo su vida se vuelve un reclamo a quienes lo rodean, una histeria paranoica alrededor de la guerra, que consideraba una purga sagrada, un detonante necesario para sacudir a la civilización de su letargo, un "relámpago contra el ánimo".²⁸

Su lucha y su energía se dirigen contra críticos, acreedores y plagiarios. Pelea en tono histérico con sus amigos, sus hijas y su ex-mujer. Su vehemencia hace verosímil la hipótesis de que su muerte haya sido un suicidio.²⁹

El revés que su salud y su prestigio sufrieron en México fueron un golpe del que nunca se repuso.

Sus libros se siguieron editando profusamente, en varias lenguas, hasta mediados del siglo XX. Más de medio centenar de películas y documentales toman sus textos como argumento.

En 1964 se suscitó un nuevo interés por la obra de London, cuando se cumplió el plazo a la clausura de su archivo personal. Se publicaron, sus cartas, en tres tomos. En 1970 se

²⁸ Citado por Carolyn Johnson, *op. cit.*, p. 158.

²⁹ Independientemente de que haya tomado una sobredosis de calmantes, es cierto que bebía en exceso a sabiendas de qué efectos tenía tal hábito sobre su uremia crónica.

reedita su *Reporte*. La traducción al francés, *Le Mexique puní*, es de 1984.³⁰ Hasta donde sabemos, esta es la primera versión en español de sus reportajes en México.

Independientemente de sus méritos literarios o históricos, la deliberada indiferencia de los editores mexicanos hacia los escritos nos parece, ante todo, falta de humor. Y si algo hay que agradecerle a London no son sus indignantes reflexiones raciales, sino su lúcido sentido del humor. Además, no podemos negar a London penetración y, en ocasiones, hasta clarividencia.

En estos reportajes puede leerse la opinión generalizada respecto a México de aquella época; la visión de London acerca de nuestra situación política, además, formaba opinión.

Esta versión es autorizada por el consenso, y aparece en uno de los semanarios de mayor circulación, de la cadena más poderosa de diarios de Estados Unidos. Defiende el punto de vista del americano común.

Las opiniones de London rebasan las circunstancias históricas que las provocan. La política exterior norteamericana confirma, reiteradamente, que además de tener consenso, London tiene vigencia. Y compartimos aún 2 mil 597 kilómetros de frontera con esos vecinos.

³⁰ *Jack London Reports. War Correspondence, Sport Articles and Miscellaneous Writings*, edición de King Henricks y Irving Shepars, Doubleday and Co., Nueva York, 1970; *Le Mexique Puni*, traducción y notas de Charles Noel Martin, Union General d'Editions, París, 1984, Inedit 10/18.

EL JUEGO ROJO DE LA GUERRA

16 de mayo de 1914

Guerra y rumores de guerra. No se hablaba de otra cosa; era lo que se oía bullir, de un extremo a otro, a lo largo de la frontera del sur. No parecían atentos a nada más los conductores, garroteros, cargadores o ganaderos del desierto que, cubiertos de polvo, abordaron el tren en la última estación; guerra y sólo guerra bajo la cúpula del cielo. Y nadie tenía la suficiente humildad para ignorar cómo conducir la inminente guerra en el sur; y ninguno tenía reticencias que le impidieran, a la menor provocación, explicar cómo, precisamente, debía conducirse tal guerra.

Como los pasajeros no tenían nada más qué hacer hablaban, por supuesto y sin cesar, de la guerra. Resultaba difícil imaginarse, al cruzar velozmente un país en paz, cómo estos hombres corteses, bien trajeados y educados —algunos con anteojos— podían olvidarse con tal facilidad de sus ropajes y transformarse en salvajes totales, tan feroces como su plática. Oírlos hablar con desenfado de barcos de guerra, submarinos, bombas aéreas, torpedos y demás artefactos maravillosos y modernas maquinarias construidas para introducir abrupta y violentamente sustancias extrañas en los cuerpos de los congéneres, hubiera sido particularmente edificante, de poder escucharlos, para la mente contemplativa de un filósofo. Pensándolo bien, la guerra no es sino la introducción de sustancias extrañas en los cuerpos de los congéneres, con intenciones violentas y disruptivas.

El animal de caza introduce de igual manera garras y colmillos. El hombre salvaje introduce flechas y lanzas. Nosotros, en la clara luz del amanecer del siglo XX, introducimos piezas de hierro lanzadas a través de distancias enormes por virtud de

métodos de laboratorio que las mezclan químicamente con la pólvora. También introducimos desgarrantes perdigones de plomo a grandes velocidades; y los cubrimos mañosamente con acero para que no se esparzan y resulten demasiado desgarrantes. La refinada influencia de la civilización, después de todo, ha de anotar un punto a su favor. Esencialmente, el juego sigue siendo el mismo: el ancestral juego rojo de introducir en los cuerpos alguna sustancia extraña. Hoy, al menos, las introducimos según un conjunto de reglas, acuerdos y convenciones. La intención, como siempre, es destruir al congénere que obstruye nuestros deseos o forma de vida, pero lo ejecutamos con mayor técnica y consideración.

No argumento lo anterior con el menor ánimo sarcástico. Las cosas son lo que son, a pesar de cualquier conjetura. Y el género *Homo* es, precisamente, lo que es: un animal altamente inteligente con una asombrosa dotación espiritual que, en ocasiones, ya sea individual o colectivamente, funciona de maneras violentas y destructivas. La guerra es, ciertamente, un asunto desconcertantemente humano. Si no, ¿por qué hablaban así en los carros fumadores y panorámicos aquellos hombres cultivados, con elevados principios éticos?

Nuestros soldados, que habían patrullado los dos últimos años la frontera, cabalgaban desde las lejanas dunas del oeste de Texas para encontrar al tren en cada una de las estaciones desiertas, comprar el periódico y leer ávidamente las últimas noticias sobre la guerra. El corazón no tiene secretos, y a juzgar por el deleite reflejado en los rostros de nuestros jóvenes soldados al enterarse de la carnicería legitimada por el ejército, a todas luces empeñaban su corazón en el juego para el cual fueron entrenados y reclutados.

Sí, y podemos apostar sin temor a equivocarnos que en el corazón de cada muchacho agobiado por la espera, nacía la

pregunta: "¿Cuánto tiempo, Dios mío, cuánto tardará esto en explotar, cuándo emprendaremos la marcha?"

Guerra y rumores de guerra, no había escapatoria: se respiraba, se leía, se oía, se soñaba, sí, y se comía, también. A eso se refería el chascarrillo del mesero negro del carro-comedor, que con burdo humor ofrecía: "Buenos días, 'ñor' cómo va a querer sus mexicanos, ¿revueltos o estrellados?"³¹

El conductor del pulman me dijo: "Qué suerte que se baja en Houston. Hay una gran fiesta. Desfilarán nuestros hombres, 12 mil. Día de San Jacinto, ¿sabe?"

Así es, ciertamente. Señalamos días festivos para celebrar viejas guerras y antiguas batallas. Nos emocionamos, sentimos cosquilleos en la piel y los ojos se nos humedecen al recordar los tiempos pasados y las hazañas de nuestros padres. Dejaremos de ir a la guerra sólo cuando seamos lo suficientemente evolucionados como para celebrar días que conmemoren los inventos industriales y los descubrimientos científicos. Mientras tanto, somos lo que somos: y es evidente que todavía somos guerreros.

Pero Houston se decepcionó. Los pasos de la guerra —o más bien, los pasos de nuestros 12 mil jóvenes— no resonaron el día de San Jacinto en las calles de Houston. Los pasos de los jóvenes enfilaron rápidamente hacia el sur. La noche anterior Houston los había arropado en sus camas, en el vasto campamento. A la mañana siguiente, habían partido. Houston se frotó los ojos y miró el gran vacío marcial que había quedado en su paisaje. No puede hacerse mejor alabanza de la evacuación de Houston, tras la llegada del telegrama de Washington, que compararla en celeridad y diligencia, con nuestros circos en sus mejores momentos.

³¹ *Sah* en inglés, pronunciación sureña.

De Houston a Galveston podían verse, a lo lejos, las largas filas de carretas cubiertas y las columnas en marcha sobre la llanura verde, moviéndose rápidas como la electricidad.

En el vagón del tren había tres muchachas, se notaba que habían llorado. Por siempre las muchachas amarán a los soldados y por siempre llorarán cuando se inicia la guerra y los jóvenes parten.

Si bien muchos hombres marchaban, era la Quinta Brigada, elegida como avanzada hacia México, la que se adelantó en tren a Galveston. Alcanzamos uno de los largos trenes y lentamente lo pasamos. En las ventanillas se aglomeraban los rostros expectantes y relucientes. Eran casi niños —una larga, viva, móvil fotografía de caras que reían—. Muchachos solamente, sólo muchachos: todos correctos, fortachones de buen cuerpo, recién rasurados, aniñados, osados, de ojos ávidos, con actitud eficiente, capaces, aventureros, sirviendo al juvenil afán de vagabundeo tan común a esa edad; y sirven a tales anhelos en Tampico o Veracruz, pues prefieren prestar tal servicio en lugares lejanos y en el extranjero.

La mayoría de las caras que nos sonreían desde el tren de la tropa eran netamente americanas.³² Había un gran porcentaje de rubios, muchos de ellos sorprendentemente rubios. Los castaños resaltaban entre los diferentes tipos de rubios: desde los que tenían el pelo clarísimo y los ojos del más pálido azul hasta los de tonos más oscuros, ojos grises y pelo castaño.

Al pasar ante la línea de caras radiantes, primero una muchacha, luego otra y por fin la tercera, reconocieron a sus enamorados y fueron reconocidas por ellos. Saludos y frases de amor iban y venían entre los trenes, hasta que nos alejamos. Y

³² London, como todos sus compatriotas, llama a su país América y a sus habitantes americanos. Hemos conservado tal modalidad, tan acorde lingüísticamente con la política aquí reseñada.

las muchachas volvieron a sus lágrimas. Apostaría, sin embargo, que ningún afortunado cachorro de la afortunada Quinta Brigada, vanguardia de la avanzada hacia el Golfo de México, podría ser persuadido de quedarse ni por la más cariñosa cachorrita de Estados Unidos, aunque pudiera hacerlo honrosamente. ¿Cómo era el lamento femenino contra el soldado-amante escrito por Laurence Hope?: "Deseando en mis brazos el delirio más fiero del combate".

La guerra iba hacia el sur sobre ruedas, mientras los pies de los jóvenes se balanceaban en reposo. Sí, y los pies de hierro de la guerra también reposaban ahora, pues un vagón tras otro recibían las carretas y las mulas del ejército.

Galveston hormigueaba. Los niños voceaban extras y más recientes extras. El Hotel Gálvez hormigueaba. Agitados oficiales iban y venían.

—Bastante trajín de guerra en el lugar, ¿eh? —inquiría el muchacho del elevador.

El peluquero, con impresionante solemnidad, decía al limpiabotas:

—Va'ber algo de qui'acer las siguientes veinticuatro horas, vas a ver.

Las entradas de todas las casas de la ciudad resonaban. Por todas partes los jóvenes se debatían entre los lazos hogareños y el deber que los atraía hacia la oficina de reclutamiento más cercana. Las viejas madres que habían perdido a sus hijos y maridos en la Guerra Civil, lloraban, memoriosas, en sus mecedoras.

Los ansiosos jovencitos querían ser voluntarios; en cambio los viejos, sentados, decían:

—Que vayan los más jovencillos. Cuando la situación apriete, ya nos tocará. ¡Demonios, cómo se vuelve patriótico un tipo cuando otro país se pone bravucón!

Un soldado: -Bueno, ¿qué esperan? Estamos listos, ¿o no
Otro soldado: -Hemos estado listos hace dos años, por lo menos.
Y ambos miran con añoranza las azules aguas del Golfo quieto y
ya se ven sobre ellas, navegando hacia el sur, hacia Tampico o
Veracruz, o hacia cualquier parte, con tal de no quedarse en
este lugar donde la paz quema.

Recuerdo a los jóvenes de Japón cuando partieron a la guerra.
Nunca generación alguna de jóvenes deseó con más locura ir por
la senda roja. Pero partieron casi en santidad a encontrar al
Gigante Blanco del Norte³³ y no tenían ni expectativas ni deseos
de regresar.

Nuestros jóvenes, al tomar el camino del mar hacia el sur,
parten de otra manera. Es, más que nada, una aventura. En
efecto, son patrióticos, pero no tienen la menor seriedad ante
lo que emprenden. No sienten que enfrentan a un enemigo gigante
en el sur. Vuelven sobre el relato de El Álamo y repiten con
júbilo cómo Sam Houston apaleó a Santa Anna en San Jacinto.
Vaya, se creen capaces de cualquier cosa frente a los
mexicanos... Y descubren que las palabras son un medio débil e
inadecuado para exaltar su sangre joven y su espíritu
desenfadado.

Por supuesto, si uno los orilla a ello -nuestros jóvenes de
sangre radiante cuyos pies ansían dar zancadas en espacios más
amplios y lejanos- admiten que algunos, muy pocos, serán
heridos. Pero inmediatamente abandonan la idea, que no es tanto
una idea como una respuesta emocional y añaden: "Ah, ¿pero de
qué sirve la juventud y cuál es su cometido sino correr riesgos
durante su esplendor, en la flor de la vida?"

³³ London fue reportero durante la guerra ruso-japonesa para el mismo
semanario, *Collier's*, durante los primeros meses de 1904. El Gigante
Blanco, en este caso, es Rusia.

Una especie de picnic, eso es, una especie de picnic... Algo distinto, por supuesto, de los picnics organizados por la iglesia, más grande, pero aún así un picnic.

—Una breve campaña en el exterior—dicen los muchachos. Los mayores, en cambio, menean la cabeza y recomiendan: —Acuérdense de la Guerra Civil, llamaron voluntarios por tres meses, y ya ven cuánto duró el zafarrancho. Nunca puede asegurarse qué pasará una vez enlistados. Uno ya no puede salir de allí a las carreras.

Un joven: —Vaya, podríamos pasearnos por todo México, de un lado a otro, con sólo 20 mil hombres.

Un viejo: —Cómo no, sobre todo, si llevas 500 mil para que te guarden las espaldas mientras te paseas.

Un joven texano del Séptimo de Infantería: —Mmm..., no si fueran texanos. Te digo: les vamos a meter tal miedo... bueno, miedo de Texas. No no van a olvidarnos. Mira, he oído a más de un mexicano jurar que si no fuera por Texas se comerían todo Estados Unidos. ¿Y sabes qué?, creo que tienen razón.

—¿Tú crees? —me atreví a dudar.

Sus palabras aún resonaban; vio la trampa en la que había caído por lengua suelta. Rio, se desdijo, añadió:

—Supongo que quise decir que Texas solo, sin Estados Unidos, puede comerse a todo México.

—Seguro —avaló el grupo. Y ganaron el argumento los jóvenes. Minutos más tarde coincidían con los viejos en un detalle respecto al manejo de la guerra: los Guardias Nacionales y los *Rangers* deberían atravesar y posesionarse de cuanto pueblo o pozo de agua hubiera a lo largo de toda la frontera hasta llegar al Pacífico, simultáneamente a la movilización en Tampico y Veracruz.

—La primera línea de defensa es el territorio enemigo —era el juicio unánime.

Qué poco ponderan nuestros muchachitos lo que tienen que enfrentar. Sus pies se apresuran por el viejo camino rojo del hombre. Los potros y los becerros juegan en las praderas; también nuestros jóvenes deben jugar. Deben jugar, deben retozar, deben hacer algo: ya sea segar su propia fogosidad juvenil aquí o, preferentemente, pelear afuera, tomar venganza por sí mismos y a nombre de la máquina de pelear que es el ejército que forman, y más honda, irracional e inconfesadamente, tomar venganza por las instituciones que los han moldeado y han tejido las fibras mismas de las cuales están hechos.

Y siempre, sobre todo, tras esta gloriosa danza de la juventud, uno vislumbra a los viejos de Washington, aquel grupo de sabios con barbas canosas.

Y sobre todo y tras de todo, más significativo y siniestro que todo, se entreteje la trágica figura de un hombre conocido, entre todos los hombres, con el nombre de Huerta.³⁴ Y vaya si es un hombre conocido. Hoy mismo se oye su nombre en los clubes de Londres y en las oficinas de guerra de las grandes potencias mundiales; en los bazares de la India y en los cuartos alfombrados de los templos y las casas de té niponas.

La teoría vigente acerca de la conducta de Huerta, que embrolló a Estados Unidos y México, permite calificar la situación de sorprendente, ya que se trata de un solo hombre. Huerta, de acuerdo a una costumbre mexicana que data de tiempos muy remotos, ha acumulado 10 millones de pesos en Europa para su

³⁴ Nota de la edición en inglés.) Victoriano Huerta (1854-1916), indio azteca puro llegó al poder durante el régimen de Madero (1911-1913). En febrero de 1911, tras un golpe militar en la ciudad de México, ordenó el arresto de Madero y se proclamó presidente provisional de México. Estados Unidos se negó a reconocer su régimen. [N. del E. En realidad, Huerta era descendiente de huicholes.]

vejez, o al menos tal reza el rumor que sirve de base a esta teoría. Huerta, se dice, fue un peón desheredado, sin un centavo ni esperanza de heredarlo. Durante su dictadura, Huerta ha acumulado y ocultado en Europa 10 millones de pesos extraídos a los peones, sus semejantes, por medio de aquellas deshonestas vías, conocidas hace mucho por los dirigentes mexicanos.

Madero³⁵ salvó la vida de Villa³⁶ cuando Huerta quiso ejecutarlo. Huerta logró matar sin testigos a Madero, de acuerdo con otra vieja costumbre, cuando Madero intentaba escapar en la oscuridad de la noche y evadirse de los soldados de Huerta; la otra vieja costumbre es que los prisioneros; intenten escapar a pie de sus custodios; tal costumbre, que yo sepa, nunca la practican mexicanos arrestados por otros mexicanos. Sin embargo, las estadísticas tienden a afirmar que es una práctica común. Sólo que, bueno, a veces las estadísticas deben ponerse en entredicho.

Villa, continúa la teoría, sin olvidar el asesinato de su protector, con el pico y las garras rojas después de sus muchas victorias, avanza hacia el sur sobre el tambaleante Huerta, con la intención jurada de vengar la muerte de Madero. Esto significa matar a Huerta. O, tal vez, no exactamente. Existe la posibilidad de que Villa sólo tome prisionero a Huerta y de que Huerta, alguna noche oscura, en un automóvil y sin testigos, emule involuntariamente la hazaña de Madero y se enfrente a las infortunadas e inesperadas consecuencias con que se topó

³⁵ ((Nota de la edición en inglés.) Francisco Indalecio Madero (1873-1913), electo presidente de México en 1911, tras haber obligado a Porfirio Díaz a renunciar a tal puesto.

³⁶ (Nota de la edición en inglés.) Francisco (Pancho) Villa (c. 1877-1923) cuyo verdadero nombre es Doroteo Arango. Jefe de las fuerzas rebeldes. El episodio, ocurrido en 1912, es verídico. Huerta hace prisionero a Villa por insubordinación. Lo salva de ser fusilado Raúl Madero. Lo llevan preso a la ciudad México; escapa de la cárcel meses después.

Madero. El modo en el que se despachará a Huerta, si cae en manos de Villa es irrelevante. El hecho de que morirá es inevitable.

Así se amplía el panorama y la teoría sobre la tragedia de Huerta, quien alguna vez fue peón y hoy rige México. Sus 10 millones están en Europa. La muerte, con la cara y los rasgos de Villa, se acerca más cada día desde el norte. Problema: ¿cómo puede Huerta, entonces, escapar de Villa y llegar hasta su tesoro ultramarino? Es un problema interesante. Para Huerta, sumamente interesante.

(Seguramente podrá objetarse: ¿no podría haber escapado a la costa y a Europa, antes del agravio a la bandera americana en Tampico? Seguramente no. Antes de haber cubierto la distancia entre el Palacio y la estación del tren, una multitud lo habría acorralado. La posibilidad de que hubiera llegado vivo a la estación es remota; y si hubiera logrado salir vivo de la capital en el tren, la posibilidad de llegar vivo a Veracruz, o mejor aún, de embarcarse vivo en Veracruz, parece tan remota, que ni siquiera puede tomarse en cuenta.

Huerta está, pues, con su problema, en la ciudad de México. Y, de aceptarse tal teoría, el panorama nos muestra a un hombre desesperado en su elevada capital: 10 millones atesorados lo esperan al otro lado del mar salobre. Jefe y prisionero en su gran palacio, jugando el gran juego de la vida y la muerte a una sola carta; Villa, que lo matará ciertamente, acercándose desde el norte, cada día.

Y Huerta juega su carta. El gringo³⁷ es civilizado y humanitario, dentro de los límites que impone la técnica. He allí la única vía de escapatoria para Huerta. El gringo debe venir y llevárselo. El gringo nunca lo entregará a la tierna

³⁷ En español en el original.

misericordia de Villa. El gringo lo sacará sano y salvo del país y lo soltará para que llegue a sus 10 millones.³⁸

Muy bien. ¿Y no es eso lo que está haciendo el gringo? ¿Acaso el gringo no ha abierto el camino para sacarlo? Huerta no fue ningún idiota al ignorar el protocolo del saludo a una bandera. ¡Qué situación! Primitiva, ciertamente, pero espléndidamente pintoresca y dramática.

Y, por cierto, será un rescate personal que costará bastante caro a Estados Unidos. El precio alcanzará cientos de millones de dólares, y nadie se atreve a predecir con cuántas vidas han de pagarlo nuestros jóvenes; todo para salvar la vida miserable de un hombre que, a su vez, es responsable de la muerte miserable de muchos otros.

Pero, cierto o falso, teoría o realidad, ese mestizo³⁹ juega, en el interior de su palacio, un juego sucio; precisamente, en el sitio donde Cortés, hace mucho, jugó tan magníficamente su juego de pillaje. Es extraño, también, contemplar que en las venas de este hombre mestizo corre la sangre mezclada de las razas de Cortés y Moctezuma.

Ah, bien, no hace tanto, cuando de Cortés y sus capitanes no quedaba sino polvo, también nosotros despojamos y quitamos las tierras de casi todo un continente a sus dueños, y lanzamos el axioma funcional de que el único indio bueno era el indio muerto. Sin embargo, hay una diferencia: nos hemos reformado y hemos desarrollado una técnica distinta e irrefutablemente mejor.

Los últimos días en Galveston vieron el resplandor rojo, cada vez más rojo, de la guerra. Las ediciones especiales de

³⁸ De hecho, fueron los alemanes quienes lo salvaron en 1914. Murió en el exilio, dos años después.

³⁹ *Mixed blood* es un término que London usa, con frecuencia, como adjetivo para resaltar el desprecio que le inspiran todas las razas mixtas. Usamos mestizo, aunque el autor nunca habla de ellos.

noticias aparecían con mayor frecuencia en las calles y los voceadores, azuzados por tan repentina riqueza, se aprovechaban de la exaltación para vender cualquier periódico viejo como si fuera el más reciente. Los buitres —pues así se les llama a los corresponsales de guerra— comenzaron a congregarse. Es interesante notar que, diez horas antes de que la Quinta Brigada recibiera de Washington la orden de embarcarse, llegaron hasta Galveston las bandadas de corresponsales desde Nueva York y Chicago.

Habían llegado apenas cuando se dio la orden. Un murmullo corrió por el comedor del Hotel Gálvez, pero la noticia se recibió sin agitación. De aquí o allá algún oficial se levantó de su mesa y salió calladamente para comenzar una noche de vigilia activa. Eso fue todo.

En el salón de baile la banda de la Cuarta de Infantería siguió tocando, y bailaban los oficiales que no tuvieron la suerte de pertenecer a la Quinta Brigada. También en la sala de lectura, durante unos minutos los jóvenes tenientes ocuparon todos los escritorios, despachando cartas a las jóvenes que no pueden remediar amar a los soldados ausentes.

En el gris húmedo de la madrugada, las columnas de soldados en marcha con sus pardos uniformes verde oliva parecían acorazados, largos y lisos. A simple vista no eran individuos, sino proyectiles de guerra. Al acercarse, uno podía ver un conjunto de tipos bonachones, fornidos, bien plantados, limpios y arreglados marchando como si fueran veteranos.

Los 20 mil espectadores que inundaron los muelles de embarque no parecían estorbar en absoluto. No había confusión, no se gritaban órdenes. El embarco de 3 mil individuos, con su inevitable miedo, fue tan silencioso y disciplinado que uno se preguntaba si habían recibido orden alguna.

Carretas militares, carros, autos y necias mulas subían a bordo sin interrupción. Parecía como si la ciudad entera se vertiera hacia el interior de los cuatro navíos de transporte sin hacinarlos.

Los perros de los soldados ponían una nota patética a la escena. Debe quedar sentado aquí que los perros de los soldados son distintos de todos los demás perros: siempre se agrupan alrededor de los campamentos fijos, donde los hombres permanecen durante meses. Son muy sabios. Distinguen inequívocamente a un soldado de un oficial. Saben bien que nunca deben mostrarse insolentes o impertinentes en presencia de un oficial. Nunca caminan por donde pasa un oficial. Reconocen que la tienda de un oficial y sus alrededores les son vedados. Jamás se les verá tomar agua de la cubeta de un oficial. Y también los perros de los soldados de la Quinta Brigada fueron a México, con sus dueños. Trepaban humildemente por la rampa, entre las filas cerradas de soldados que se embarcaban; y si los descubría el oficial de guardia de la rampa, obedecían a una sola mirada reprobatoria, como cuadra a los perros de los soldados, y volvían sobre sus pasos. No buscaban reconocimiento de sus dueños cuando los descubrían, pues ningún soldado reconoce a un perro como propio —tan atroz circunstancia connotaría un polizón en ciernes—. Tampoco gemían ni protestaban ni ladraban. Los perros desaparecían y no hay testimonio posterior de su existencia, salvo que bajaron más tarde por las rampas, en Veracruz.

Debe ser grato ser mujer de un soldado en tiempos de paz, pero no debe serlo tanto en tiempos de guerra. ¿Han aprendido las mujeres de los soldados el importante papel que juega su autocontrol en los quehaceres de sus maridos? Todo transcurría en silencio: no había escenas, ni violentos sollozos, ni

histeria. Había ojos tristes y ojos húmedos, últimas palabras y todavía más últimas palabras, y eso era todo.

En resumen, las mujeres de los soldados eran maravillosas en este acto de decir adiós a sus hombres. Vi a algunas acceder a los deseos de sus maridos: decir un último adiós y retirarse antes del silbatazo final de los barcos. Noté a una en particular, la esposa de un capitán. Éste la condujo por la rampa, hasta el muelle, le dio un largo beso de despedida y regresó a bordo. Ella, con los labios temblorosos, dio media vuelta y caminó por el muelle hasta la playa. No volteó la cabeza ni una vez.

Un sargento de color sostenía un bebé muy pequeño en brazos, mientras su esposa, con los ojos húmedos de llanto, permanecía a su lado. Contempló largo tiempo a este pequeño trozo de su vida sin decir nada. Un joven teniente se demoraba con su madre, posó un beso postrero en los labios y, enlazando sus manos a las de ella, dolíase por la separación. Agachó la cabeza con anticuada galantería y besó la mano materna.

Sobre el Golfo de México, las luces de Galveston al fondo, los cuatro navíos cuajados de luces de proa a popa, formaban un cuadrado: dos al frente, siguiendo los acorazados que brillaban como una larga fila de sombras desde la oscuridad; éste daba órdenes con megáfonos y aquél se deslizaba en la oscuridad, se comunicaban en alta mar mediante destellos —brillantes luces intermitentes rojas y blancas que resplandecían enceguedoras desde los mástiles del semáforo—. En la cabina de transmisión inalámbrica se atrapaban, en el aire, las palabras de los hombres de guerra de Galveston.

¡Es de día en el Golfo de México! Todo es paz bajo un cielo de azur. El mar zafiro se mueve apenas con golpes de viento que sopla levemente y sobre este plácido mar humean los blancos

navíos repletos desoldados, con un enorme acorazado resguardando cada uno de sus flancos, en tanto que un tercero encabeza la flota.

Un trozo de humo se eleva en el horizonte y nos percatamos de que el barco de guerra Louisiana ha llegado desde Veracruz a encontrarnos. Lo sabemos pero sólo es visible su borrón de humo, pues su nombre y misión los han tomado, del aire, los aprendices de magos que trabajan en la cabina de transmisión inalámbrica.

CON LOS HOMBRES DE FUNSTON

23 de mayo de 1914

El alba sobre un mar vidrioso y asustados peces voladores que intentan elevarse sin el auxilio del viento. Mar adentro, los acorazados, como siluetas de cartón, atraviesan la órbita rojo sangre del sol, como vago anuncio en el horizonte.

El Louisiana aún encabeza el convoy. Atrás, enfilados y a media velocidad, navegan nuestros tres buques hermanos. En la costa, el faro parpadea y se ve una larga mancha de tierra que se define al iniciarse de lleno el día y es un rompeolas; una costa baja, una ciudad amurallada, un puerto con muchos barcos de guerra. Tantos barcos de guerra, que han tenido que despejar el aglomerado puerto, y hay varias veces más naves en mar abierto que dentro del puerto mismo. Son barcos de víveres, barcos hospitales, el de transmisiones, los carboneros.

Sobre nuestras cabezas, para dar a la escena un último toque de guerra moderna, un hidroplano naval zumba como gigantesco escarabajo en el día nublado.

Es el mismo sitio donde Cortés quemó sus naves hace siglos y donde Scott ⁴⁰ bombardeó y tomó la ciudad hace décadas; aquí están ahora las embarcaciones del tío Sam y cada uno de los hombres, presto. Sí, cada soldado a bordo de las repletas naves mira la costa con avidez y está presto.

Todo está en paz. Sin embargo, el sentimiento que se percibe al ver los numerosos barcos, los ruidosos aviones y los miles de hombres es, en esencia, que están prestos para comenzar.

⁴⁰ (Nota de la edición en inglés.) General Winfield Scott (1789-1866) quien dirigió la campaña contra México en 1847 y capturó Veracruz el 26 de marzo.

Todo está en paz en la costa y tan presto como en el mar. Por todas partes marines y marineros⁴¹ cocinan el desayuno. Desde el techo del Hotel Terminal saludan con la mano. Ayudantes y oficiales galopan por doquier en caballos mexicanos requisados; los oficiales pasan a bordo de un auto, también requisado, que lleva marineros armados trepados sobre las salpicaderas.

Las mujeres americanas, al modo de las mujeres americanas en nuestro país, sin la menor muestra de su condición de refugiadas recién llegadas del interior, se desayunan bajo las frescas arquerías de la calle, en los hoteles que bordean la plaza. En el techo giran los enormes ventiladores eléctricos entre las mesas alineadas donde nuestras correctas damas desayunan, mientras los marineros de guardia marchan. Por todas partes hay centinelas. También voceadores con sus eternas extras. Entre la confusión de limpiabotas, floristas y vendedores de tarjetas postales, marchan los oficiales de la infantería y la marina vestidos de blanco y caqui; enormes pistolas automáticas con fundas de cuero se balancean en las caderas de cada uno de ellos.

Calle abajo, entre el tumulto de los carros de mulas y de marineros montados, las mujeres mexicanas, con la cabeza descubierta, regresan del mercado con grandes pescados sin envolver que brillan con la luz del sol.

Escribo en un cuarto del Hotel Diligencias; bajo las altas vigas con bordes dorados se ven, descascarados sobre la pared azul, los agujeros recientes de las balas. En mi mosquitero de encaje se ve una línea irregular de agujeros; de doblarse la pieza en la forma original se observaría el paso de una sola

⁴¹ Los *marines*, miembros de los *Marine Corps* son infantes que sirven de avanzada tanto en tierra como en mar. Estas fuerzas de vanguardia se llaman también artilleros navales o infantes de marina. Hemos conservado el nombre en inglés. Los *sailors* son miembros de los *Navy Corps*, cumplen su servicio en mar, sólo extraordinariamente en tierra.

bala. Los vidrios franceses de las ventanas que abren al balcón están agujereados por varios disparos. Las puertas estropeadas muestran cómo entraron nuestros marineros: a culatazos tras la pelea callejera y el allanamiento de las casas. Desde el abigarrado balcón pueden verse sobre la calle del otro lado de la plaza, los despojos de vidrios y espejos rotos las tiendas y hoteles.

Los oficiales mexicanos parecen tener nociones muy distintas a las nuestras acerca de cómo conducir una guerra.

Cuando el desembarco de nuestras tropas era inminente general Maas,⁴² comandante federal a cargo en Veracruz, liberó a los criminales presos en la fortaleza de San Juan de Ulúa. Eran los casos difíciles: asesinos y ladrones, hombres acusados de crímenes violentos y terribles. Buen cuidado puso Maas de no soltar a los presos políticos. Al desembarcar nuestras tropas, el general Maas huyó tierra adentro antes de que comenzara la batalla, tras recomendar a sus soldados que se las arreglaran solos. Si bien los prisioneros liberados tomaron parte en la lucha callejera y el asalto de azoteas, se dedicaron principalmente al pillaje. Iban tras el dinero contante y sonante, como atestiguan los destrozos de las cajas de caudales de las oficinas del señor Tansey, en la Refinería Pierce Oil. En retirada, tras nuestro embate, los convictos aterrorizaron a la población, se dedicaron a la rapiña e incluso atacaron a las mujeres. Fueron tan despiadados que los peones, indignados, ejecutaron a dos rezagados que pudieron capturar.

Sí, indudablemente en las técnicas de guerra practicadas por los soldados modernos han evolucionado. Nuestros barcos de guerra son laboratorios eléctricos, químicos y mecánicos con un

⁴² El general Gustavo A. Maas era sobrino de Victoriano Huerta y comandante militar de la plaza en Veracruz. Fue advertido por Fletcher del desembarco de tropas un día antes de que se llevara a cabo.

costo de 10 y 15 millones de dólares; los manejan técnicos y científicos. Se ordenó que los barrenderos recogieran los cadáveres de las calles. En unas cuantas horas se repararon y echaron a andar las locomotoras estropeadas que los federales habían abandonado por inservibles. Y en tanto se ejecutaba esto, los marineros levantaban antenas en el techo de uno de los vagones y lo equipaban con un aparato de radio completo. La planta de hielo de Veracruz se había estropeado, y Veracruz, sin hielo, es intolerable. Los marineros la repararon y, esa tarde, los enfermos, heridos y población en general tuvieron otra vez hielo. Se descubrieron cuatro automóviles estropeados, se convocó a voluntarios y en menos de tres horas ya se habían reparado y corrían por la ciudad, atendiendo asuntos militares, conducidos por quienes los habían arreglado. Como bien lo hicieron notar los civiles, nuestros marineros practicaban todo oficio y profesión bajo el sol, excepto el de nodrizas. Y, sin embargo, los vi cargar a los bebés de fatigadas madres sobre la vía del ferrocarril destruida por los federales.

Más maravilloso aún que sus otros logros, era ver a nuestros marineros montar y conducir caballos, mulas y burros. Si al salir de nuestros barcos eran marineros, al regresar serían soldados.

Cuentan que un joven marinero, en el fragor de la batalla, montó un caballo decomisado. La batalla lo dejaba impávido; con ese espíritu que le hace a uno apegarse a una remota esperanza, apretó las piernas contra el animal y, al sentarse en la silla, le ordenó: "Avanza".

—¿Qué hago ahora? —preguntó a otro tipo, montado allí mismo, en la plaza.

—Avanza a velocidad media —fue el consejo—, manten tu timón enfilado hacia la esquina, luego detén tu nave y prosigue a toda máquina.

Ciertamente son jinetes contra su voluntad; los muchachos se sostienen sin elegancia y a fuerza de apretar las piernas, pero el caso es que se sostienen. En vano he querido ver a alguno caer de su montura. Solamente presencié un percance: el marinero, a todo galope, golpeó su timón abruptamente contra la saliente de una esquina y rodó con todo y su cuadrúpedo transporte. Cuando la banda de música del almirante Fletcher⁴³ tocó el himno americano mientras se izaba la bandera, un marine, montado sobre un caballo mexicano, tomó la oreja de éste y la volteó hacia adelante recomendándole: "Oye eso, hombre⁴⁴ —le dijo—, eso es música de verdad, música americana". A bordo del Arkansas tuvo lugar un incidente que ilustra hasta qué grado estaban prestos nuestros hombres para la acción antes de su desembarco. El teniente en jefe, Arthur B. Keating, a cargo del batallón del Arkansas, había seleccionado entre sus hombres a los mejores y más fuertes para hacer trabajos en tierra: Los que no fueron seleccionados estaban tristes y resentidos. Quedaba por escoger al último y dos de los más jóvenes se postulaban en igualdad de circunstancias en lo que se refiere a fuerza, salud e historial. El teniente no sabía por cuál decidirse y fueron los muchachos mismos quienes propusieron la manera: se calzaron guantes de box y pelearon por el puesto. Quienes vieron la pelea hacen constar que fue el cómbate amateur más encendido que jamás hubieran presenciado. Cuatro rounds después, el empate sólo ahondó la perplejidad del

⁴³ (Nota de la edición en inglés.) El almirante Flechter (1855-1928) comandaba las divisiones de la flota del Atlántico y las fuerzas navales que tomaron y ocuparon Veracruz.

⁴⁴ En español en el original.

teniente. Solucionó la cuestión de la única manera en que pudo haberlo hecho con justicia: tomó a ambos chicos. El reporte posterior fue que, como en todo, habían desempeñado espléndidamente sus partes en la lucha y el trabajo en tierra. Solamente hombres muy tontos o muy temerarios, carentes por completo de conocimientos sobre los armamentos modernos pudieron haber disparado sobre nuestros marines y marineros desde la Escuela Naval. Allí cerca, estaba el Chester. Cuando dispararon por primera vez contra nuestros hombres, el Chester entró en acción caldeada durante cinco minutos. Ningún contribuyente americano que hubiera visto la manera como los proyectiles del Chester destrozaron las ventanas de los pisos superiores volvería a protestar por el dinero invertido los últimos años en prácticas de tiro. Los testigos dicen que recordaba las exhibiciones de tiro de Buffalo Bill.

El exterior de la Escuela Naval no fue muy dañado. El interior era un desastre total. Prácticamente todos los proyectiles entraron por las ventanas y explotaron dentro. Visité el edificio, que es una gran construcción; muchos zopilotes se posaban en los parapetos rotos. En el interior, casi podía trazarse la trayectoria de los proyectiles, desde los grandes huecos hasta el lugar donde habían explotado: pisos rotos, techos derrumbados y grandes bloques sueltos de mampostería. Todo evidenciaba el fragor de aquellos cinco minutos. En el gran patio se amontonaban las balaustradas de cemento caídas desde el segundo piso. Los proyectiles que atravesaron el edificio y el patio, explotaron en los cuartos traseros. Lo que había tomado años construir, equipar y organizar fue destruido, propositiva y deliberadamente, en cinco minutos. Tal es la eficacia de la maquinaria de guerra del siglo XX. Laboratorios equipados con el material más caro y delicado fueron transformados en ruinas por un solo proyectil.

Había una biblioteca repleta de bellos modelos de barcos a escala. Uno de ellos, un barco completamente guarnecido, de 25 pies de largo y preciso hasta en su más mínimo detalle, estaba intacto: yardas de vela y cuerdas, sólo el mástil principal se había desprendido del casco. Modelos más pequeños, despedazados y sin mástiles, cubrían el piso como una armada destruida. En un pizarrón se leía: "Capturada por los Estados Unidos, New Hampshire, 22 de abril de 1914".

En otro salón, sobre los pizarrones, junto a problemas de guerra resueltos por los cadetes mexicanos, estaban los nombres de nuestros muchachos del Utah, del San Francisco y del Arkansas.

Catres y almohadas manchados de sangre mostraban que se había destruido algo más que las vigas del techo y la mampostería. Entre altas pilas de uniformes arrugados, esquemas, mapas y exámenes, caminaba y escarbaba la única criatura que resistió el asalto: un bello gallo mexicano que tenía toda la apariencia de ser un gallo de pelea.

Sin duda, era en el segundo piso donde ocurrieron los mayores deterioros. Techos, pisos y paredes habían sido perforados y derrumbados por el caos. "Con cuidado", era la advertencia constante, mientras caminábamos con atención entre los escombros y los agujeros abiertos.

No faltaba el toque del eterno femenino: el cuarto de una dama parecía haber sufrido el ataque más severo. Catorce huecos de proyectil perforaban las paredes; el techo estaba parcialmente caído; en el piso se abría un enorme hueco y un proyectil había llegado justamente hasta la cama de bronce. El piso estaba obstruido por pilas de escombros y restos de muebles, y por todos lados se esparcían las preciosidades y veleidades de tal dama: joyeros vacíos, polveras, cepillos con mango de plata. Lo

más notable era un par de zapatillas españolas, rojas, de tacón alto.

En la estación, donde abordé el tren de rescate que llega cada día hasta el puesto de los federales, los soldados y marineros cocinaban, lavaban su ropa, enseñaban a los niños a lanzar una pelota de béisbol. Nuestros hombres acampaban a lo largo de toda la vía, y hasta las afueras de la ciudad, custodiados por centinelas.

Un pelotón de marineros, comandados por el teniente Fletcher del Florida, maniobraba el tren. La máquina era operada por los mismos hombres que la habían reparado; también corría otra, donde habían instalado el telégrafo. Hasta el que atendía el carro pulman era, inequívocamente, un negro americano.

Tres y medio kilómetros más adelante de nuestro último puesto,⁴⁵ estaba el tramo donde los federales habían arrancado tres y medio kilómetros de vías, quemado los durmientes y cargado con los rieles. Aquí estaba, asimismo, la casa de ladrillos que albergaba la última posición de los federales.

Bajo una carpa de tela portada por un marinero, el teniente Fletcher se reunió y conferenció con el teniente mexicano destacado en el lugar. Era un hombre pequeño, idiotizado de cansancio; parecía enormemente mortificado. El contraste entre ambos comandantes era notorio. El teniente mexicano, en su afán por ganar unas pulgadas de estatura, se paró en la vía de acero. En vano. El americano lo sobrepasaba, como torre. El americano era, bueno, americano. Había poco de mexicano o de español en el otro. Era patente que, primordialmente, era un indio. Más indios todavía eran los soldados que lo seguían,

⁴⁵ Los marines permanecieron en Los Cocos, a orillas de Veracruz, durante siete meses.

harapientos y huarachudos.⁴⁶ Chaparros, acucillados, con ojos pacientes, aguantadores, así han sido los peones durante los largos siglos previos a Cortés, cuando aztecas y toltecas los esclavizaron para que llevaran sus cargas.

Uno no podía sino sentir pesar por estos apesadumbrados indios-soldados que andaban torpemente desguanzados por allí mientras nuestro teniente atisbaba la vía, al otro lado de su interrupción, con la esperanza de ver alguna señal de los compatriotas que venían huyendo desde la capital. Realmente eran pesarosos indios-soldados. Al pensar en nuestros muchachos de la flota y en los que permanecían en Veracruz, me pareció que esto no sería una guerra, sino un asesinato. ¿Qué oportunidad tenían estas criaturas bajas y bovinas, sin entrenamiento y sin jefes adiestrados frente a nuestros jóvenes óptimamente equipados y comandados? Estos soldados-peones son dignos descendientes de los millones de estúpidos que no pudieron resistir a unos cuantos pelagatos encabezados por Cortés y que, estúpidamente, cambiaron el yugo de los Moctezumas por el no menos rudo yugo de los españoles y de los mexicanos que siguieron a éstos.

No hay que olvidar, empero, que cada uno de estos tristes soldados tiene un moderno rifle con cartuchos que, cargados con pólvora, pueden disparar una bala que mata a una milla de distancia —o más—y, de cerca, puede perforar los cuerpos de dos o tres hombres. También, cada uno de estos apesadumbrados soldados, cuando se le ordena y con un mero movimiento del dedo índice, puede enviar mensajes mortales a larga distancia. La marca de una cruz, adecuadamente enfocada, enfila las narices de hierro de una bala y puede transformar tal bala en un instrumento que hace un pequeño orificio cuando entra al cuerpo

⁴⁶ London usa como adjetivo y los califica de los "sandalias de cuero"; por eso huarachudos me pareció, en español, igualmente despectivo.

humano y uno tan grande como un plato sopero al abandonarlo. No se requiere inteligencia para incrustar una bala en un cuerpo. Hasta un peón puede hacerlo.

La guerra es un asunto tonto a los ojos de un hombre racional y civilizado. Arreglar asuntos de derecho y de justicia introduciendo sustancias extrañas capaces de despedazar los cuerpos humanos, no es menos tonto que zambullir a las viejas de comportamiento excéntrico para descubrir si son o no brujas.⁴⁷ Pero, ¿qué puede hacer un hombre racional cuando los de junto persisten en arreglar sus querellas con métodos violentos?

Yo soy un hombre racional. Creo firmemente en el arbitraje de magistrados y cortes. Sin embargo, a veces me encuentro en contacto con hombres propensos –por decirlo de algún modo– a robarme mi bolsa, y que deciden hacerlo por medios violentos y disruptivos. Ante tales casos, me veo compelido a cargar un revólver para disputar a tales hombres mi paso por la vida, ya que ellos lo bloquean y me tienden emboscadas. Personalmente considero una enorme molestia, siendo tan flojo, cargar un enorme revólver. Espero que llegue el día en que ningún hombre tenga que cargar un revólver. Mientras tanto, prefiero ser perro vivo que león muerto, mantengo bien aceiteada mi pistola y, de vez en cuando la uso para estar seguro de que funciona. Sucede hoy en día con las naciones lo mismo que con los hombres racionales. El sueño de una fuerza de arbitrio mundial y cortes de arbitraje mundial será realidad algún día. Pero ese día todavía no llega. Lo que es, es. Y para manejar lo que es, se

⁴⁷ En las primitivas colonias inglesas en Estados Unidos fueron famosos los juicios contra las brujas. Una de las maneras de probar su culpa era hundirlas, atadas de pies y manos, en el agua. Aquellas que lograban sobrevivir, demostraban su inocencia, pues Dios las liberaba. La mayoría, puede deducirse, resultaban culpables de los cargos en su contra.

requiere que las naciones tengan bien aceitadas sus máquinas de guerra y las sepan utilizar.

Durante mucho tiempo, Texas fue conocido como un estado de pistoleros. Hoy, es ilegal cargar un revólver en Texas. Los tiempos cambian. Pero existe siempre un lapso entre tiempo y tiempo. Al ver al teniente mexicano y a sus peones-soldados, es patente que aún impera el antiguo orden y que cada peón está equipado con cartuchos suficientes para acabar con la racionalidad de cientos de hombres como yo.

Esperábamos bajo la carpa, rodeados de hombres armados y mirábamos hacia el trecho de vía estropeada, con la esperanza de ver a nuestros hombres, mujeres y niños llegar hasta la costa a través de multitudes que los saqueaban, asaltaban y gritaban "mueras"

—Lo encontré —dijo un amigo, tejano, civil y ex gavillero.

En el tren se había medido con varios marineros fornidos, de anchas espaldas y se lamentaba de que no hubiera ninguno de su talla, al que pudiera darle un tunda. Ahora, observaba satisfecho al pequeño teniente mexicano y me susurró al oído:

—Me gustaría que esta guerra dependiera de nosotros dos. Lo arreglaría en los términos que él quisiera: morder, desgarrar, cualquier cosa, hasta luchar encerrados y desnudos en un cuarto oscuro.

Entre los verdes muros de la selva, apareció el tren a la distancia. Con los catalejos podíamos ver las sombrillas y parasoles que anunciaban a las mujeres de nuestra raza, a salvo ya de las peligrosas chusmas del interior.

Se nos concedió, a regañadientes, permiso de avanzar un kilómetro y medio para recibir a nuestros compatriotas. Nos alegró verlos; la alegría de ellos al encontrar hombres blancos llegados de la costa fue casi patética. No se habían acostado

ni lavado, ni siquiera tuvieron la certeza de mantenerse vivos durante tres días y sus noches.

Parece ser que los oficiales mexicanos tienen una técnica muy simple e ingeniosa de cobrarles la guerra a los civiles americanos. Los oficiales mismos les roban sus revólveres. Esto permite que la siguiente chusma maldiciente de mexicanos lance contra ellos cualquier clase de amenaza sin el menor riesgo de que les respondan. Por supuesto, el ejército mexicano no puede responsabilizarse de las acciones y crímenes cometidos por estas chusmas. Los oficiales, a su vez, se enriquecen con las armas confiscadas a los americanos que huyen.

Los refugiados llegaron a nuestro tren y, al ver uniformes americanos, afirmaron que jamás habían presenciado mejor espectáculo. El paisaje se iba haciendo paulatinamente más hermoso a medida que avanzábamos hacia Veracruz, pues estaba cubierto por los centinelas de guardia de los campamentos de marineros e infantes. La vista del puerto y la bahía repletos de barcos de guerra americanos fue la culminación de su felicidad.

Uno de los refugiados, un doctor, dijo:

—Me gustaría que los tipos de Washington encargados de estos asuntos hubieran pasado por lo que pasamos nosotros. Cambiarían sus nociones de diplomacia y su reconocimiento hacia la armada y el ejército aumentaría. Si los hubieran robado, azuzado y encarcelado junto con sus esposas e hijos, y hubieran oído a su alrededor el clamor de "*mueran los gringos*";⁴⁸ si, por fin, hubieran huido como nosotros, jadeantes, hacia el descampado y hubieran visto a nuestros soldados y barcos, no tardarían en volver a Estados Unidos y reforzar el ejército y la marina.

⁴⁸ "*Muerto los gringos*", en español en el original.

Las opiniones de los americanos residentes en México deben tomarse en cuenta en tiempos como estos, y las transcribo sin comentarios para mostrar qué piensan aquéllos cuyos intereses están en juego.

--No nos complace, para nada, ver a Estados Unidos recurrir al ABC en español y portugués⁴⁹ para sacarnos de este embrollo -- dijo uno.

--Esta espera, esta contemplación --declaró otro--, esta ofensiva fabiana es mucho más fácil en Washington que en Veracruz. No dejo de preocuparme por lo que estarán haciendo los mexicanos con mi perro. Ese perro... bueno, imagínese, parado en cuatro patas se agachaba y alcanzaba cualquier cosa del centro de la mesa del desayunador.

--¿Qué piensan allá de todo esto? Nos metieron en este lío, ¿cómo van a sacarnos?

La opinión generalizada de los residentes americanos es que la crisis actual se debe a la política de nuestro gobierno y que la única salida es llevar tal política a sus últimas consecuencias. La toma de Veracruz por las fuerzas navales americanas precipitó una antipatía contra los americanos que se viene fermentando en los últimos años; y si Estados Unidos da marcha atrás ahora, será imposible que los americanos vuelvan a vivir, nunca, en México.

Como dijo un hombre que vive aquí hace 20 años:

--Vivo aquí desde que alcancé la edad adulta. Sé de qué estoy hablando. Humpty Dumpty⁵⁰ tuvo una gran caída y Chile, Brasil y

⁴⁹ La ABC era la Fuerza Internacional de Arbitrio formada por Argentina, Brasil y Chile; aquí se juega con las siglas, que en inglés connotan también el abecedario, que de ninguna manera habría de deletrearse sino en inglés. Cfr. prólogo.

⁵⁰ *Humpty Dumpty* es un personaje de la lírica infantil inglesa: es un huevo que sufre una estrepitosa caída, y al que no pueden reparar el cascarrón ni los-hombres ni la caballería del rey. Aquí se parodia la canción.

Argentina no podrán juntar de nuevo sus trozos. Sólo nuestra marina y armada pueden reinstalarnos y garantizar un trato justo. Y al hablar en plural me refiero a la gente que ha hecho de México lo que es hoy, o mejor dicho, lo que era un día antes del incidente de la bandera en Tampico. Hemos invertido más que ningún otro país, más que todos los demás países juntos: capital, cerebros y habilidades técnicas. Hemos mandado ingenieros mecánicos y de minas, químicos, agrónomos, granjeros, científicos. Tenemos derechos en México por lo que hemos hecho y debemos protegerlo; sobre todo ahora, que nuestro gobierno ha puesto en peligro tal derecho.

Otro hombre de acción, cuyo estado nativo es obvio en su comentario, dijo:

—Qué importa Estados Unidos, sólo suelten a Texas y los derrotaremos rotundamente.

—Ja —dijo otro hombre de acción—, manden a un solo hombre, tierra adentro, con una gran bolsa de dinero y el asunto se resolverá fácilmente.

Otro antiguo residente dijo:

—He vivido en Oaxaca quince años y digo lo que digo porque sé, por experiencia propia, que 80 por ciento de la clase media de mexicanos educados de Oaxaca, aplaudiría la intervención americana. Están fastidiados de esta revolución continua.⁵¹

Un ingeniero de minas:

⁵¹ La opinión no era inusitada. El 7 de mayo de 1914, el periódico *The Mexican Herald*, vocero de los americanos residentes en México publicaba: "Ningún mexicano o grupo de mexicanos es capaz de volver el país al orden... Estamos absolutamente convencidos de que la mayoría de los mexicanos inteligentes y de las clases propietarias de México, preferirían a ojos cerrados ver la intervención americana y no que su país caiga en manos de las devastadoras tropas revolucionarias". Citado por Martínez, *op. cit.*, p. 13.

-Mi país representa millones de dólares invertidos en el desarrollo. No tenemos miedo del siguiente paso que dé Estados Unidos. Lo que tenemos es que no dé ese siguiente paso.

Un ingeniero de locomotoras:

-Bueno, nuestra nación nos ha dejado en mal. Ahora le toca reivindicarnos.

Un marine que custodiaba una duna:

-Esta es una guerra endemoniadamente buena.⁵²

Un hombre de negocios de la ciudad de México:

-Me insultaron, rompieron las ventanas de mi casa, saquearon mi negocio. También me robaron mi automóvil. Rumbo a Veracruz, un oficial mexicano me robó la pistola. En este momento tengo 200 pesos y lo puesto. Y mi país, hablando de compromisos.

Otro negociante:

-Durante años Estados Unidos ha observado y esperado. Ahora ha dado un paso y ha puesto en peligro nuestras vidas, nos ha causado pérdidas incalculables de propiedades y bienes. Y aún duda si debe retroceder.

Un universitario:

-Creí que entendía inglés. Ahora creo que no. Mi cerebro está ofuscado, a fuerza de intentar descifrar la lógica de nuestra necesidad diplomática.

Un oficial de marina:

-Hemos perdido muchos más soldados que en la guerra contra España; y se supone que esto no es una guerra. Simplemente hemos ocupado una aduana y tomado, cortésmente, el gobierno de Veracruz de manos de los oficiales mexicanos.

Un oficinista de la Segunda División:

-Para mí el asunto no tiene que ver con los méritos o la falta de méritos. Yo soy un servidor de mi país. Gastó mucho dinero

⁵² *Hell of a war* puede ser tanto una guerra muy buena como una guerra de los mil demonios.

entrenándome. Cuando me ordenan avanzar, avanzo; cuando me ordenan retroceder, retrocedo. No olvido, sin embargo, a mi padre, a quien le gustaba citar a David Crockett: "Asegúrate de tener la razón y luego prosigue". Bien, salimos de Galveston a Veracruz. Aquí nos detenemos. ¿Qué pasa? ¿Acaso Estados Unidos avanzó y descubrió después que no tenía razón?

Otro oficial:

—No fue el incidente de la bandera en Tampico, sino la suma de incidentes diversos que precedieron al incidente de la bandera.

Un abogado:

—Pero, tal y como lo decidió, hace mucho, un jurado en Inglaterra: 200 tordos no son un caballo negro.

—Y 20 mil refugiados americanos saqueados más mil insultos a nuestra nación no tienen más peso que uno solo, por lo tanto, no hay *casus belli* —respondió otro abogado.

—Hablen en voz baja —recomendó un granjero americano de Córdoba—. Una semana más y veremos a Huerta en Veracruz, rumbo a Europa, abordando a salvo un buque de guerra extranjero. De nuevo se perfila la lóbrega imagen del dictador indio en su alta ciudad —Villa amenazándolo desde el norte, Zapata⁵³ agobiándolo desde el sur, su gran fortuna en Europa— tratando de resolver la desesperada situación: cómo salir de su alta ciudad hacia la costa y Europa.

Habla un refugiado:

—Hace dos días salí de la ciudad de México. Huerta estaba atrincherado en su Palacio.

—¿Contra los proyectiles americanos? —preguntó un reportero de Estados Unidos.

⁵³ (Nota de la edición en inglés.) Emiliano Zapata (1883-1919) primero peleó con Madero contra Díaz, más tarde se unió a Villa y entró a la ciudad de México en 1914, obligando a Carranza a salir a Veracruz.

-No -contestó el refugiado-, ni contra Villa. Está atrincherado en Palacio para resistir los ataques del populacho.

EL EJÉRCITO DE MÉXICO Y EL NUESTRO

30 de mayo de 1914

He estrechado la mano de muchos oficiales y hombres durante los pocos días que le tomó a esta oleada de guerra abatirse hacia el sur y romper en las playas mexicanas; y ningún oficial ni hombre era inmune a una infección: infección que podría calificarse, en la jerga médica, de benéfica. Cada uno de ellos, honestamente, me ha dicho algo que no puede ser cierto. Solamente uno de ellos decía la verdad, y saber cuál es ese hombre rebasa el límite de mi discernimiento. Todavía no he encontrado a un oficial, infante o marinero, que no asegurara, y no jurara solemnemente y con ojos brillantes de entusiasmo, que su regimiento o batallón —oficiales y hombres, disciplina y eficacia— era el mejor de cuantas fuerzas sirven a Estados Unidos. Más aún, todos aseguran carecer de los prejuicios usuales en los círculos militares, donde todos creen que su batallón o regimiento son los mejores. Me pregunto si este *espirit de corps* existe en el ejército mexicano. Qué son nuestro ejército y nuestra marina, quedó espléndidamente demostrado cuando nuestros marineros se embarcaron, dejando tras ellos a nuestros soldados, y el almirante Fletcher transfirió el mando de Veracruz al general Funston. Muchachos, muchachos todos, la flor de la juventud de nuestra nación marcando con rítmico claqueo el paso de la marcha "Botas, botas" sobre el pavimento, en una vía bordeada por soldados regulares presentando armas en uno de sus flancos, y civiles americanos, vitoreándolos en el otro. Era un placer ver sus caras, luchando por no sonreír de placer ante el reconocimiento de un trabajo bien hecho, o no sorprender miradas involuntarias en los aññados ojos aún no disciplinados, sin ese toque de impasibilidad que da la guerra.

Miles de marineros marcharon hasta el extremo del muelle y desaparecieron. Columnas de humo escapaban de un par de remolcadores visibles al final del muelle, fue todo. El efecto era misterioso. ¿Qué sería de ellos? Y sin embargo, el río de gente fluía como el fluir incesante de un río: marineros y marines, oficiales, bandas, cuadrillas militares y banderas ondeando; hombres bronceados, el Arkansas, el Florida, el Utah, el San Francisco, el New Hampshire, el South Carolina, el Vermont, el Chester y el New Jersey, todos, sin tacha o mella, desaparecían. Recordé uno de los tanques del hipódromo de Nueva York, donde actores-soldados marchan hacia el agua, se hunden hasta las rodillas, hasta las caderas, hasta los hombros y por fin hunden las cabezas y desaparecen del todo.

Al final del muelle, junto a los transbordadores, una flotilla de lanchas y embarcaciones recibía a los miles de hombres; tan pronto subían, los llevaban a los barcos de guerra que esperaban en la bahía y mar adentro.

Nuestros soldados y marineros son notablemente diferentes. Es curioso. ¿Acaso la vida, en el mar o en la tierra, provoca esta diferencia o bien, cierto tipo de hombre opta por el mar y otro por la tierra? Los marineros son más bajos, de espaldas más anchas, más robustos. Los soldados son más altos y espigados, de piernas más largas. Sus caras son más afiladas y sus labios menos carnosos. A simple vista, parecen más rudos, templados y severos. Las caras de los marineros son de pómulos más anchos; sus labios son más carnosos y sus cuerpos más redondeados.

La diferencia es más notable cuando marchan en grupo. Los marineros tienen un paso balanceado, elástico, saltarín. Los soldados mueven las piernas de manera más mecánica, como engranajes de reloj, con un desperdicio mínimo de movimientos. Es más grato ver marchar a los marineros, con la elástica

cadencia de sus cuerpos, pero tengo la impresión de que en las largas marchas hacia la muerte, los soldados aventajan fácilmente a sus colegas del mar. Una gran multitud de mexicanos —muchos de los cuales sin duda despreciaron a nuestros hombres los primeros días— tenían ante sí la prueba de qué clase de hombres enviamos al frente. La prisa y el entusiasmo con que lanzaban al aire sus sombreros ante las barras y estrellas resultan absurdos y risibles.

No puedo sino imaginar cómo sería el reverso de la medalla, si Veracruz estuviese poblada por americanos y tomada por mexicanos. Antes que nada, hubieran sacado a nuestro jefe político o alcalde de su casa, para fusilarlo ante un muro. También hubieran alineado a nuestros soldados y civiles ante los muros para fusilarlos. Nuestras cárceles hubieran quedado sin criminales, pues los hubieran convertido en soldados y saqueadores. Ningún americano hubiera estado a salvo, especialmente aquellos que supusieran adinerados. Cesaría toda ley, salvo la más ruda ley militar que los conquistadores imponen, desde el principio de los tiempos. También cesaría todo comercio. Quienes tuvieran comida la esconderían, habría mujeres y niños hambrientos.

Nuestra ocupación de Veracruz fue completamente distinta. Para sorpresa de los mexicanos, no hubo carnicería generalizada ante los muros. En vez de liberar a los presos, aumentó su número. Todo ciudadano revoltoso o desordenado, todo robo menor y ofensa pequeña se castigó, en el momento mismo de la transgresión, con cárcel. Los conquistadores americanos optaron por un tradicional orden, que lograron en la ciudad. Y comenzaron los castigos obligando a los transgresores menores a barrer las calles. Ninguna propiedad fue confiscada. Todo lo requisado para el uso de nuestras fuerzas se pagó, y bien pagado. Quienes poseían caballos, mulas, carretas o automóviles

competían entre sí para que sus propiedades fueran requisadas. Cesó de inmediato la malversación que sufrían todos los hombres de negocios, víctimas de los compatriotas con cargos oficiales. Nunca había sido la propiedad tan productiva ni estuvo tan segura. Por cierto, las enfermedades que acechan tras los pasos de la guerra no aparecieron. Al contrario, nunca en su historia Veracruz estuvo tan limpio ni tan desinfectado.

En resumen, la ocupación americana dio a Veracruz el máximo de salud, orden y ganancia. El dinero se revaluó, subieron los precios, abundaron las ganancias. Ciertamente, los veracruzanos recordarán largamente haber sido conquistados por los americanos y añorarán el bendito día en que los americanos los conquisten nuevamente. No pondrían objeción a ser conquistados hasta el fin

de los tiempos, si es de esta manera.

La limpieza de la Escuela Naval fue una escena emocionante, tan desordenada había quedado el primer día, tras los cinco minutos de fuego del Chester. Inmediatamente después de que la marina entregara la ciudad al ejército, el Primer Batallón de la Cuarta Infantería y la Cuarta Artillería de Campo fueron a la Escuela Naval. En un santiamén las ventanas vomitaron los desperdicios apiñados en el interior. Y fue entonces cuando se libró la segunda batalla de la Escuela Naval. Miles de mexicanos pobres —hombres, mujeres y niños— rodearon el edificio y lucharon por zapatos viejos, muebles rotos y ropas deshilachadas. Las mujeres eran quienes más fiera y vociferantemente luchaban; varios pantalones de lino quedaron con una sola pierna al sufrir jalones, que no sólo fueron de tela, sino también de pelos. Peleaban y jaloneaban, corriendo de un lado a otro como hormigas ante un tarro de miel. Por una vez, la guerra se portaba piadosa con ellos, pues en vez de ser robados, gozaban de las dichas de la rapiña. Y, ¡Dios mío!, vi

llover las preciosidades arruinadas del cuarto de la dama; entre el polvo de los escombros aparecieron las zapatillas españolas rojas de tacón por distintos rumbos, rescatadas por dos jubilosas indias.

Mientras escribo, desfila bajo mi ventana una larga columna de pertrechos de montaña sobre los lomos de las altas mulas de nuestro gobierno, con un gran ruido de cascos en el asfalto. Veo nuestras tropas bronceadas, uniformadas de olivo y mi mente vuelve a la revista que pasé hace días a soldados y marineros. Ciertamente, si hubiésemos traído a todos los peones-soldados mexicanos a ver qué clase de soldados y equipo teníamos, habría ocurrido tal desbandada que ni diez años hubieran bastado para sacarlos de sus escondites.

Lo anterior, de cierta forma, no es justo pues el peón-soldado no es un cobarde. Estúpido sí, al igual que mal entrenado y absurdamente comandado; pero es demasiado fatalista y salvaje para tener un temor digno de tomarse en consideración ante la muerte. El peón se doblega ante el puño cerrado del poder que lo golpea, pero nunca se quiebra. Como los cautivos de Egipto, aguanta los siglos con paciencia y mira llegar e irse a los dirigentes.

Para el peón los cambios de gobierno son sólo cambios de un patrón eterno. El trato brusco y el trabajo mal pagado son siempre iguales, inalterables como el sol y las estaciones. Tiene poco qué perder y menos qué ganar. Nace en un sitio inhóspito de la vida. Es un mandato de Dios, la ley de la existencia.

No sueña, excepto en raras ocasiones, que pueda haber un orden social sin tales patrones. Siempre ha sido un esclavo. Fue esclavo de toltecas y aztecas, de españoles y de mexicanos descendientes de aztecas y de españoles. No por eso debemos concluir que no tiene esperanza. El peón es lo que es hoy, y lo

que ha sido durante tanto tiempo porque en eso lo ha convertido una selección cruel e inexorable.

Si un criador de caballos llenara sus cuadras con las razas más veloces que le fuera dado conseguir y empleara un método que le permitiera engendrar una raza más lenta y más torpe, no tardaría mucho para obtener una raza de caballos muy lentos y muy torpes. La vida es plástica y varía en todas las direcciones. Eventualmente este criador de caballos se toparía con un potro hermoso y ágil en su rancho. Dado que una raza engendra individuos a su semejanza, debería eliminar este potro para perpetuar a los lentos y torpes. Es esta, precisamente, la selección que han sufrido los peones durante siglos. Toda vez que nacía un peón con sueños y pasión, visión y voluntad, era eliminado. Los patrones querían esclavos sobajados, dóciles, estúpidos y desconfiaban de estas variantes. Tarde o temprano el espíritu de tal peón se manifestaba y entonces lo fusilaban o mataban a latigazos. No persistió su desviación, terminaba con él, cuanta vez que aparecía.

Pero la vida es plástica y, por selección, puede moldearse en sentidos diversos. El criador de caballos puede invertir sus métodos de selección y obtener de yeguas y machos lentos y torpes una raza de caballos hermosos y ágiles. Igual con los peones. Hay poca esperanza para esta generación. Pero para las futuras generaciones, la selección social puede poner énfasis en el sueño y la pasión la visión y la voluntad y se desarrollará una clase totalmente diferente de peón.

Pero no debemos cometer el error de aspirar a metas lejana: El presente ocurre ahora. Vivimos ahora. Nuestro problema, el problema del mundo, el problema del peón, son ahora. El peón que debemos considerar es el peón tal y como es ahora, con un peso de siglos de selección sobre él. Jamás ha oído hablar de

principios en la economía ni de un trato justo. No se ha emocionado, sino vagamente, con el llamado de la libertad —en cuyo caso, se entiende por libertad, licencia y, como ladrón o bandido, da a los débiles e indefensos precisamente el mismo trato que está acostumbrado a recibir.

Fui a las barracas mexicanas. Parecían prisiones. Todas las ventanas tenían barrotes. Eran necesarios para que los peones-soldados ahí reclutas no escaparan. La mayoría abomina ser soldado, son obligados a serlo. En todo México, meten a los peones a la cárcel y los forzan a ser soldados. A veces son arrestados por infracciones mínimas. Un peón busca alegrar su triste existencia tomándose unos cuantos centavos de pulque pasado. Los fantasmas de la intoxicación suben a su cabeza y es feliz en ese espacio donde es capaz de olvidarse de sí y hundirse en sabrá Dios qué ebrias imaginaciones. Entonces, el largo brazo del patrón cruza sobre tales sutilezas y el peón, sobrio y con dolor de cabeza, se encuentra en la cárcel en espera de ser reclutado. Muchas veces ni siquiera necesita cometer tal infracción mínima. Igual lo embarcan en un tren y lo llevan al frente.

No sabe para quién lucha, ni por qué, ni para qué. Lo acepta como parte de la vida. Es un mundo muy triste, pero es el único que conoce. Es por esta razón que no es del todo cobarde en las batallas. Y también por esta razón cambia de bando con tal frecuencia en el fragor de una batalla o tras una batalla. No pelea por ningún principio o recompensa. Es un triste mundo donde hombres humildes y simples son obligados a luchar, a matar, a morir. Los méritos de cualquier facción son iguales o más bien, le dan lo mismo, carecen de méritos por igual.

Ruega a Dios de una manera débil y atontada e imagina vagamente que, al separarlo de este triste mundo un machetazo, un golpe de bayoneta o una bala de acero de alta velocidad todo le será

retribuido en el otro mundo, donde Dios manda y ya no hay capataces.

Y sin embargo, en el interior del peón, hay una vena de salvajismo puro. Desde la antigüedad le deleitaba el sacrificio humano. Hoy, se deleita con la no tan sofisticada carnicería de las corridas de toros, introducida por los patrones españoles. Y le gustan las peleas de gallos, donde las navajas curvas hieren la esencia misma de la vida y salpican de colorado el opaco gris de la vida.

Más aún, el peón tiene otra faceta: no es timorato. Es de nacimiento tan jugador como fatalista, y no teme arriesgarse; y a pesar de que su vida esté en juego, apuesta contra otra vida. ¿De qué otra manera puede explicarse la audaz conducta de defender Veracruz contra nuestros hombres, abandonados por sus oficiales?

Yo no soy del todo cobarde. A veces he pecado de temerario. Y sin embargo, debo confesar que ni en sueños hubiera arriesgado la vida desde las azoteas de Veracruz, contra miles de soldados y una flota de barcos de guerra con una artillería cuyo alcance es de 5 mil metros.

Y en contra de esto apostaron muchos peones-soldados. Atacaban a nuestros hombres con la cara esperanza de matar a alguno y escapar de la muerte. También fueron suficientemente estúpidos como para no darse cuenta de las pocas oportunidades que tenían.

Y no tenían miedo, a pesar de todo.

Cuentan que los peones se aventuraron, además, a mezclarse con los heridos en las tiendas de la Cruz Roja y cubriéndose —ellos y sus máuseres— con cobijas robadas, volvían a trepar a las azoteas para esperar a los marineros con otro balazo. Cuando la cosa se ponía demasiado caldeada, volvían con los heridos. Tal

hazaña resulta demasiado riesgosa para mi valor, o para el valor de cualquier hombre en sus cabales. Pero insisto, estos mexicanos eran lo suficientemente estúpidos para apostarle voluntariamente a esta jugada. De lo anterior puede concluirse otra cosa: el apesadumbrado soldado mexicano tampoco es muy amistoso, y tiende a ser malévolo y peligroso para los muchachos que cruzan el mar para posesionarse "pacíficamente" de una aduana.

Vi cómo le amputaban la pierna a un peón-soldado. Era una pierna en perfectas condiciones, a excepción de unas pulgadas del hueso del muslo que habían sido astilladas por la hiriente velocidad de una bala americana. Vi cómo sacaban la pierna del cuarto de operaciones, tullida y aún con vida, me di cuenta de qué hacían los hombres, tras veinte siglos de cristiandad y coincidí con el peón ¡éste es un mundo triste, un mundo triste! Es un mundo triste donde millones de estúpidos sobajados son obligados a sudar produciendo cuantos bienes pueden y que, llegado el caso, son destruidos en un instante por el fragor de la guerra. Acabo de regresar del cuartel o barracas de Veracruz. ¡Tal destrucción del trabajo humano! Fardo sobre fardo, montañas de fardos de tela, de uniformes de lana, de lino, de algodón destrozados, despedazados, regados, infectados, que tendrán que ser arrasados por el fuego. Grandes cuartos de despojos, donde se apiñaban, hasta alcanzar la altura de la rodilla, cosas hechas por el esfuerzo humano: sombreros, gorras, camisas, modernos zapatos de cuero y rudos huaraches —de los que usaban en el norte del Mediterráneo medio millar de años antes del reinado de Julio César—; sillas de montar, alforjas, espuelas, riendas y frenos; herramientas de trinchera, cajas de soldado con su contenido regado, baúles,

cajas de metal, *sarapes*⁵⁴ del norte, petates de tierra caliente, comidas a medio comer, comidas a medio hacer en los cacharros de cocina, máuseres aplastados; tubas y címbalos, tambores y cornetas de banda —abandonados tras la desbandada.

En cuestión de minutos los pies de la guerra habían pasado por encima de todo. Los federales huyeron de prisa, dejando atrás la comida recién hecha. Los de adelante se detenían solamente para disparar unos cuantos tiros y proseguir. Los casquillos vacíos señalaban la ruta de los soldados y marineros americanos. En los establos estaban los autos y carromotos de los oficiales, con un sitio atrás para sus ayudantes. Pero no había caballos y los autos habían sido destruidos. Miles de horas de trabajo humano aniquiladas.

En las calles de Veracruz abundan los pordioseros. Nuestros soldados son importunados por los pobres, hambreados y harapientos. Había mil raciones amontonadas en el cuartel, descompuestas y merodeadas por cucarachas y gatos callejeros; ropas y zapatos suficientes para 10 mil personas se quemarían. Coincido con el peón: este es un mundo triste. Y también un mundo raro.

Surge inmediatamente el problema: ¿cómo puede el peón obtener un trato justo? ¿Quién le dará un trato justo? Por trato justo no quiero dar a entender un ideal utópico o un sueño futuro, sino el trato justo que es posible aquí y ahora, el que dan las naciones civilizadas. Los hombres de las naciones civilizadas son frágiles, falibles, humanos, tienen las debilidades comunes a todos los hombres que apenas están en vías de abandonar la barbarie. Y sin embargo, entre dichos hombres hay un trato más justo que el que había en el salvajismo. Y no podemos llamar ni remotamente civilizados a los descendientes mezclados de

⁵⁴ *Serapes*, en español, en el original.

españoles y aztecas. Han regido a lo largo de cuatro siglos en México y no han hecho nada por construir una civilización. La civilización escasa que tienen es exótica, pues ha sido introducida por los noreuropeos y americanos, y es sostenida por los noreuropeos y los americanos. El peón de hoy, bajo el dominio mexicano, no se encuentra en mejores condiciones que cuando estuvo bajo el dominio de los aztecas. Y es de dudarse que tales condiciones fueran buenas. Ante esto, los dirigentes de tan mezclada raza no pueden ofrecer el trato justo que podrían ofrecerles dirigentes más inteligentes y humanos: el que dan, hoy en día, dirigentes de otras partes del mundo. Es este el problema actual del hermano mayor de los países del Nuevo Mundo. ¡Ah, pero no confundamos las cosas! Las manos del hermano mayor no están limpias, ni su historia es inmaculada. Pero sus manos están tan limpias y su historia es tan inmaculada como las de cualquier otra nación en plena transición del salvajismo a la barbarie. Tiene, además, sociedades para prevenir la crueldad contra los animales y sus socios, con mucha frecuencia, interfieren entre un caballo y su dueño y llevan al dueño ante una corte para que se le castigue. Los dirigentes mestizos en México parecen incapaces de tratar a un peón con la medida de justicia existente y tal como se le practica en el mundo actual. Los peones mexicanos que viven hoy en Estados Unidos —y hay miles— reciben mejor trato que al sur de nuestra frontera.⁵⁵

Cuál sea o pueda ser su estatus legal es indiferente. El hecho es que, el peón mexicano, en lo que se toca a su libertad y participación en la felicidad que deriva de su trabajo, es

⁵⁵ London parece olvidar el cuento "El mexicano" donde denuncia las condiciones de vida de los mexicanos en Estados Unidos, así como las luchas que establecen en el exilio que hacía tres años solamente, tan vehementemente apoyaba.

igual de esclavo que siempre. Es propiedad de su patrón, quien no le concede siquiera el trato que le concede a su caballo, pues con el

peón es mucho más rudo y menos considerado.

El dueño de un caballo, al ser arrestado por un agente de la sociedad humanitaria, alega indignado por supuesto, que el caballo es su propiedad. Pero hay una corriente de opinión social más amplia, en desarrollo, en las mejores naciones: los derechos de propiedad son responsabilidad social, y la sociedad puede y debe interferir entre un propietario y su mal administrada propiedad. El viejo orden, en cierto modo, es difícil de cambiar. Hay una magia narcótica en las frases y los procedimientos. La posibilidad de interferir entre un hombre y su caballo es un derecho reconocido por la sociedad, pero se considera todavía una aberración el que una nación interceda entre unos cuantos dirigentes y sus millones de súbditos mal administrados y maltratados. Tal interferencia es, sin embargo, el deber lógico de Estados Unidos en su calidad de hermano mayor de los países del Nuevo Mundo. Estados Unidos interfirió al pelear contra el maltrato que los españoles daban a los cubanos. Pero para precipitar tal acción se requirió que hundieran el Maine.

En México, Estados Unidos interfirió, dominado aún por los procedimientos narcóticos, bajo el pretexto inmediato de una falla en la cortesía formal frente a una bandera. ¿Por qué no terminar de una vez con estas tonterías? ¿Por qué no abandonar esas viejas drogas narcóticas y ver frontalmente el problema? La civilización exótica traída por americanos y europeos se destruye por la locura de unos cuantos dirigentes que no saben regir, que nunca han regido con éxito y cuyas orgías con el poder son parecidas a las de los mineros borrachos que

esparcían su afortunado polvo de oro por los pisos de las cantinas.

El hermano mayor puede vigilar, organizar y arreglárselas en México. Los llamados líderes de México no. Las vidas y la felicidad de varios millones de peones, y de muchos más en el futuro, están en juego.

Un policía impide que un hombre golpee a su mujer. Un oficial humanitario impide que un hombre azote a su caballo. ¿Por qué una nación poderosa y que se considera ilustrada no ha de impedir que un puñado de dirigentes ineficaces e incapaces hagan de un buen país, con recursos suficientes para tener una civilización feliz y elevada, un matadero y un desierto?

AL ACECHO DE LA PESTILENCIA

6 de junio de 1914

La enfermedad acecha tras los pasos de los ejércitos, a través de la larga y roja historia de la guerra. Las actuales generaciones consideran adecuado terminar con tal acecho; que al menos no siga los pasos de ejércitos maniobrados de forma científica y moderna. Estudié las estadísticas de mortandad de los últimos 16 meses en Veracruz. Hay un hueco significativo bajo la columna que encabeza el título "Meningitis Cerebroespinal". Durante los seis primeros meses de 1913 no hubo ni una muerte por meningitis. Hubo tres decesos en julio. Sólo durante el mes de diciembre, el mal causó 20 muertes. La abrupta aparición de esta enfermedad me llevó a hacer indagaciones con el mayor R M. Hartsock.

La aparición de la meningitis en Veracruz se debe a la forma mexicana habitual de manejar los asuntos. Desde el lejano norte, fue enviada al sur una cuadrilla de prisioneros constitucionalistas infectados de meningitis. Se les envió sin considerar su estado. Nadie se preocupó por segregados ni por señalar su enfermedad. La infeliz cuadrilla se convirtió en un foco epidémico ambulante. En lenguaje de tahúr, a esta maniobra se le llama "pasar el comodín".

Llegaron a la ciudad de México, donde de inmediato infectaron la prisión. De allí volvieron a pasar el comodín; se les envió a Veracruz. Desconozco la fecha exacta de su llegada a esta ciudad, pero es evidente que fue en algún momento de julio de 1913, cuando aparecen repentinamente cifras de defunciones en la columna correspondiente a meningitis.

Como no había otro lugar a donde pudieran pasarlos, se les segregó dentro de la prisión. Del primero al 20 de abril seis personas murieron de meningitis. Por esa fecha, más o menos, desembarcaron las fuerzas americanas y se posesionaron de

Veracruz; antes, el general Maas y sus soldados se dieron a la fuga, al igual que los presos liberados. Y con ellos, desapareció la meningitis, pues no se ha presentado ningún otro caso desde entonces en Veracruz.

Podrán imaginarse las aventuras que correrá la meningitis ahora que vagabundea nuevamente. Estos hombres y su ropa van saturados de meningitis. Seguramente la enfermedad se propagará. Los tiempos cambian, indudablemente, pues con la enfermedad, también abandonaron la ciudad los viejos métodos de guerra, y entró la guerra moderna.

En Veracruz, la viruela parece ser más bien endémica que epidémica; la tuberculosis —por más extraño que parezca— cosecha más víctimas que todas las demás enfermedades juntas. En *tierras calientes*,⁵⁶ donde el calor es tal que, de noche, hasta una sábana resulta sofocante en un cuarto abierto donde sopla la brisa, los nativos se amontonan en cuartos chicos y sin ventilación, debilitan sus pulmones y son víctimas de la Peste Blanca. La malaria es otra de las enfermedades que nunca se ausenta; su curva de mortalidad se eleva periódicamente en épocas de lluvia y desciende en la de secas. Causa también, en sus víctimas, propensión a adquirir otras enfermedades mortales por sus efectos debilitantes; la tuberculosis es, por supuesto, la principal.

Los médicos de nuestras fuerzas no temen a ningún mal contagioso grave de México —conocen las enfermedades tropicales por sus servicios en Cuba, Puerto Rico, Panamá y Filipinas—. Han aprendido mucho, y rápido, en los últimos diez años; cuánto han aprendido lo demuestran las estadísticas.

La tifoidea ha sido siempre un azote terrible para los ejércitos europeos y americanos. Los latinos y los asiáticos

⁵⁶ En español en el original.

son más inmunes a este mal debido a una rígida selección de siglos; ha matado a cuantos tenían propensión a sufrirla. Así pues, cuando los hombres se agrupan en ejércitos, encontramos una proporción mucho mayor de no inmunes entre los ejércitos noreuropeos y los americanos que entre los latinos o los asiáticos.⁵⁷

En 1898, Estados Unidos movilizó hacia Florida a 12 mil hombres durante cuatro meses. Se presentaron 2 mil 600 casos y 480 muertes por tifoidea en este periodo. Y la historia no termina allí. Los soldados llevaron la enfermedad a Cuba, donde muchos otros murieron como consecuencia de su estancia de cuatro meses en Florida.

En 1911, se movilizó a 12 mil hombres a San Antonio, Texas, también por espacio de cuatro meses. Durante este lapso 'se presentaron dos casos de tifoidea y nadie murió víctima de ese mal.

Muchos soldados estuvieron acuartelados durante cuatro meses en Texas City y Galveston en los años .de 1913 y 1914. Durante este tiempo no hubo ni una muerte causada por la tifoidea ni se presentó un solo caso de tifoidea. También se olvidaron otras enfermedades infecciosas. En el año de 1913 no hubo sino seis casos de tifoidea en todas las fuerzas armadas de Estados Unidos, independientemente de que las tropas estuvieran en nuestro territorio, en Panamá, Hawai o Filipinas. Este notable récord, en tan corto plazo, obedece a dos razones: primera, la educación de los soldados en el terreno de la sanidad e higiene personal; y, segunda, la inoculación o vacunación, de todos los soldados, contra la tifoidea.

Estados Unidos es el primer país que inoculara a sus fuerzas contra la tifoidea y es posible suponer que, independientemente

⁵⁷ Según periódicos de la época, a la Intervención siguió una epidemia de viruela.

de que en México pierdan la vida por otras causas, ninguno morirá de tifoidea. La vacunación es un asunto bastante simple. El *serum* se inyecta hipodérmicamente en el brazo; se aplican tres inoculaciones seriadas, con intervalos de diez días entre una inyección y la siguiente. En cierta medida, el sujeto vacunado se transforma en una suerte de peripatético cementerio. La primera inyección introduce a la sangre los cadáveres de cerca de 500 millones de organismos y la virtud de su mortandad: llevan a cabo un cambio en la constitución de la sangre que la hace resistente a futuras invasiones, poderosas y malignas, de microorganismos transmisores de tifoidea. Con la primera inyección, teóricamente, un hombre reduce su no-inmunidad ante la tifoidea del 100% al 32 por ciento. La segunda inyección, diez días después, consta de miles de millones de seres muertos de la misma enfermedad y reduce la no-inmunidad hasta el 8 por ciento. La tercera inyección introduce un billón de cadáveres adicionales que, siempre eficientes, reducen a cero la no-inmunidad. En suma, cuando el cuerpo se vuelve el cementerio de medio billón más de cuerpos muertos que el total de seres humanos que habitan la tierra, se vuelve nocivo para la tifoidea, particularmente nociva e infecciosa; tanto, que puede clasificarse al sujeto como absolutamente inmune. El procedimiento de la inoculación en sí es muy fácil. Tengo el placer de haber reducido mi no-inmunidad de 100% a cero. La primera inoculación se perpetró en un carro hospital; la segunda en un hospital militar capturado y la tercera en un hospital de campaña. El piquete de la jeringa hipodérmica, distinta de la subcutánea utilizada en la aplicación de morfina, llega directa y derechamente a media pulgada bajo la carne del brazo; pero el dolor del piquete no pasa de ser eso, desaparece en el momento en que se perfora la piel. Solamente los nervios de la piel, cada vez, protestan.

No hay molestia alguna después del piquete. El brazo se hincha apenas durante unos días, es todo. Algunos inoculados afirman que despiertan tras la primera noche con un sabor pastoso en la boca. En muy raros casos se nota un leve ascenso de la temperatura que llega a su máximo seis horas después de la inoculación y desaparece rápidamente. Hablé con un osado que se puso la dosis total de una vez y decía que el impacto era el equivalente a un puñetazo entre los ojos y que no volvió a ser el mismo sino 24 horas después.

En este caso son las estadísticas y no los individuos lo que cuenta. Lo que cuenta son los resultados obtenidos de la inoculación de miles de hombres. Lo que cuenta es la reducción a cero de los casos de tifoidea en los hospitales militares. Lo que cuenta es la reducción a cero de los sepelios militares debidos a este mal. La guerra moderna del hombre contra el hombre en el campo de batalla es precedida por una guerra de microorganismos batida por nuestros médicos antes de que los hombres partan al frente. Y, ¡santísimo cielo, las guerras que libran los médicos! La mortandad sorprende cuando nos vemos obligados a contemplarla en su totalidad: dos billones y medio de organismos son asesinados para que un solo soldado sea inmune a una sola enfermedad; la suma total de microorganismos asesinados en aras de la inmunidad de todas las fuerzas armadas queda fuera de las posibilidades de cómputo humano, al igual que el vasto sistema sideral y sus confines invisibles. Y no hay discusión posible acerca de la eficacia de la inoculación contra la tifoidea. Las tablas de morbilidad y mortalidad en el ejército demuestran que el éxito de este experimento a gran escala es incontrovertible.

Ningún recluta sano, tras aprobar los rígidos exámenes médicos a los cuales se le somete, puede ingresar inmediatamente al cuerpo al cual se le destaca. Los reclutas sanos, tan pronto

como cambian de entorno, resultan afectados por toda clase de enfermedades: varicela, paperas, difteria, tosferina y escarlatina sobre todo. En tiempos pasados —tan recientes nos parecen— no se tomaban en consideración estas enfermedades y los reclutas contagiaban a los regimientos que los recibían. Hoy en día, tan pronto son aceptados en las filas de su compañía y regimiento, sin importar qué tan sanos estén, son sometidos, antes que nada, a doce días de aislamiento. El inventario limpio de la movilización de Texas City y Galveston supera ampliamente al de la movilización previa en San Antonio. Si bien esta práctica es reciente en el ejército, es la más generalizada. Ningún porquerizo científico, hoy en día, es tan apresurado como para meter a un cerdo a su pira inmediatamente. Sin importar que el cerdo sea premiado, venga de otro estado, otro país o de otra granja, debe pasar antes por un periodo de cuarentena en una parte aislada de la granja.

Los médicos del ejército son nuestros premonitores y pioneros. No solamente se quedan en nuestro país con el ejército para ponerlo en forma, sino que se adelantan al ejército para que siga en forma en otras tierras y lugares. Colectan datos acerca de las enfermedades de todos los países, y sus batallas y campañas son planeadas y mapeadas, listas para emprenderse al primer aviso, sin importar en qué cruce de latitudes y longitudes sean libradas.

Como puede verse, cada uno de los soldados que ha desembarcado hasta ahora en México Viene, en primer lugar, libre de toda enfermedad e inmune a enfermedades como la viruela y la tifoidea. Y, en segundo lugar, nuestros médicos han recabado información más exacta y completa sobre las enfermedades de México que el gobierno mexicano mismo. Nuestros hombres comienzan sin infecciones y con una posibilidad real de evadir la infección al andar por tierras mexicanas.

Veracruz se limpió de fiebre amarilla gracias a nuestros conocimientos sobre la enfermedad obtenidos hace años en Cuba. Había sido uno de los tres puertos infectados del Nuevo Mundo, con Guayaquil y Panamá, que también limpiamos nosotros.

Solamente Guayaquil —que espera aún una revolución para que podamos limpiarla— sigue siendo un enorme hoyo pestilente de fiebre amarilla. Hemos acabado con la fiebre amarilla en Panamá y es dudoso que aparezca siquiera un caso de fiebre amarilla entre nuestras tropas en Veracruz.

La fiebre amarilla es algo muy simple de controlar. No fue sino hasta hace poco que pagamos un alto precio en vidas por nuestra ignorancia de siglos. Hoy sabemos que cierta raza de mosquitos es la portadora única de la enfermedad. Sabemos que tal mosquito se infecta picando a un ser humano atacado por la fiebre amarilla. Sabemos que ese ser humano puede infectar a un mosquito no infectado solamente durante los tres primeros días de su mal.

El remedio, o más bien la prevención, es tan simple como la explicación. Primero: aislar con redes al paciente para que no infecte a ningún mosquito. Segundo: fumigar la casa donde está postrado para que no haya presuntos mosquitos infectados que infecten a otros humanos. Tercero, y como simple previsión: destruir todos los mosquitos de los alrededores.

En tiempos de la Comuna de París floreció el *petroeur*. Hoy, con el ejército americano de servicio en los trópicos, florece el *petrolero*. Es el hombre que esparce petróleo sobre las aguas estancadas. Las larvas de los mosquitos no pueden incubarse en aguas corrientes, ni donde viven peces. Pero sí en una lata de sardinas o en el hueco que deja la pezuña de una vaca en la tierra blanda cuando tal receptáculo se llena de agua de lluvia.

No conformes con su experiencia tropical, nuestros médicos cuentan con el refuerzo de expertos del servicio hospitalario militar —como G. M. Guiteras y Rudolf von Ezdorf— que se han ocupado de la salud pública del otrora mortífero agujero que fue Veracruz. Matar dos pájaros de un tiro —o cubrir dos acciones con un mismo movimiento— es siempre un placer y abate los costos. Y resulta que la medida preventiva contra la fiebre amarilla, también previene la malaria. Todo mosquitero alrededor de un paciente, cada gota de aceite vertida sobre el agua estancada, cumplen una doble función. Más aún, y meramente como medida profiláctica, cada soldado recibe diariamente una cierta cantidad de granos de quinina, mientras Veracruz no sea tan sano como un balneario de salud.

Las autoridades de Veracruz nunca supieron acerca de sus fuentes de aprovisionamiento de agua, lo que nuestros médicos sabían aun antes de iniciarse la expedición. Sabían que los recursos procedían del río Jamapa, arroyo de agua corriente y sin contaminar. Se tenían también análisis del agua para estar doblemente seguros.

La disentería amibeana ocurre con poca frecuencia en Veracruz.

⁵⁸ La viruela ya no debe temerse; parece haber desertado de Veracruz al igual que el general Maas y sus soldados.

Estados Unidos es un país grande. El ejército de Estados Unidos es pequeño, desperdigado en diversos puestos militares. Un ciudadano común sabe menos de su propio ejército que de las expediciones al Polo Norte o al Polo Sur. No se imagina las obligaciones y actividades que tiene un médico militar, salvo que se ocupa de mantener sanos a los soldados en tiempos de paz y de curar heridas y amputar extremidades en tiempos de guerra.

⁵⁸ London sufrió tal ataque de disentería que tuvo que abandonar su trabajo como reportero, regresar a su país y permanecer encamado durante largas semanas.

Si pudiera ver qué complejas y variadas son sus actividades en Veracruz, repararía en ello, prestaría atención.

Para empezar, no se ocupan solamente del ejército. Para que el ejército se conserve bien la ciudad debe conservarse bien. No sólo debe atender a nuestros enfermos y heridos sino también a los enfermos y heridos mexicanos, hospitales militares, hospitales públicos, hospitales de beneficencia, hospitales de mujeres y asilos de huérfanos. Pero el tío Sam es parco en estos asuntos. "Si los habitantes de Veracruz mantenían estas instituciones antes de nuestra llegada, deben mantenerlas otra vez", dice. "¿O creen que gastaré mi dinero como marinero borracho?", concluye indignado el tío Sam.

Nuestros médicos van y lo hacen, así tengan que recurrir a la ayuda del resto del ejército. Veracruz debe mantener sus instituciones, pero tales instituciones tienen un atraso en el pago de sus cuentas y salarios y no hay dinero en las arcas de la ciudad. Lo que quedaba fue saqueado por los oficiales al mando. Se les pide a los oficiales que se encarguen de los impuestos de los contribuyentes veracruzanos, que son los mismos de siempre. Y, por primera vez en Veracruz, los impuestos se utilizan sin corrupción para el servicio público. Se pagan cuentas y salarios atrasados y se garantizan los pagos futuros.

Hoteles y cantinas se llenan de sedientos refugiados, soldados, marineros y huéspedes extranjeros con apremiantes deseos, todos ellos, de bebidas frescas. Se consume más hielo que de costumbre. La planta de hielo es una empresa privada. Su producción es limitada. No hay suficiente para todos. Hoteles y cantinas compran al contado y pagan mejor precio por el hielo. Resultados: a) en los hospitales escasea el hielo; b) los médicos hacen la sugerencia al ejército y el ejército requisita la planta de hielo, surtiendo primero a los hospitales y

dejando para hoteles y cantinas el hielo que sobra. Las autoridades navales han tomado posesión de la isla y *lazaretto* de Sacrificios, fuera del puerto de Veracruz. No hay, por ahora, fiebre amarilla; pero si se presentara algún caso, Sacrificios sería el lugar para mantenerlo aislado.

Estuve en un hospital de campaña donde acababan de operar a uno de nuestros oficiales con apendicitis. En el viejo hospital de San Sebastián había muchos enfermos y muchos soldados, de los que el general Maas había dejado a luchar sobre las azoteas. Se habían practicado muchas amputaciones y aún había que hacer otras.

Vi también curar las heridas de esos pobres federales y, aquí mismo, quiero protestar contra la guerra moderna, ya que el herido de bala de hoy no es tan romántico como el herido de bala de las antiguas guerras. Las balas modernas, a pesar del recubrimiento de acero que impide su dispersión, no dejan de ser algo aterradoramente disruptivo cuando se introducen en un cuerpo. Preferiría, mil veces, ser alcanzado por una bala antigua que por una moderna.

Parece ser que el vuelo de nuestras modernas balas —alargadas, de nariz aguzada, lisas, cilíndricas— consta de tres fases, como el movimiento de un trompo se divide en tres giros. Cuando un trompo empieza a girar, brinca y rebota, y se bambolea de manera errática. Tras cierto lapso, adquiere equilibrio. Este es el giro medio. No hace movimientos perceptibles y a simple vista parece fijo y muerto. Un niño llama a esta etapa “dormir el trompo”. Viene por último la etapa final. Se ladea y se balancea al perder impulso—para caer, por fin, y morir.

Casi lo mismo sucede con nuestras balas modernas. Su primer vuelo es de casi 650 metros. En este caso, como en el de los trompos, es errática. Se bambolea. Si se topa con algo en su bamboleo es inevitable una terrible desgarradura.

En su vuelo medio, entre los 650 y los mil metros, "duerme". Si toca algo durante su sueño, taladra limpiamente un agujero. De mil metros en adelante, al perder impulso y equilibrio, de nuevo se bambolea; y no es el mejor tiempo para ser alcanzado por alguna de ellas.

En el hospital de San Sebastián examiné la herida de un muchacho musculoso y bien formado. Entre su rodilla y su muslo una bala bamboleante había abierto un surco de dos pulgadas de ancho, y tres de profundidad. Era un surco limpio. No quedaba ni un átomo de la carne que antes ocupó este hueco. Cuando lean esto, hagan con un lápiz un hueco de dos pulgadas de ancho y tres de hondo y comprenderán mejor lo que sucede cuando una bala de alta potencia, en su giro, entra en la carne y la desgarrar.

Puede imaginarse fácilmente el efecto de tales balas en los huesos humanos. No habría razón alguna, con la antiséptica cirugía moderna, para que el hueco taladrado limpiamente en la carne o en el hueso no sanara. Desgraciadamente, el terrible impacto y bamboleo de las balas de alta velocidad actuales es tal que el hueso se quiebra a distancias demasiado grandes y en fragmentos demasiado pequeños. Y lo único que puede nacerse es amputar la extremidad.

Al salir de la sala de amputación de los pabellones de San Sebastián, entré por azar a la capilla del hospital. En un tiempo se le llamó Capilla de Belén. Era muy antigua, tendría dos siglos y era un magnífico ejemplo de las proezas arquitectónicas levantadas en ladrillo y estuco por los españoles, cuando no se conocía aún el cemento reforzado. Bajo los lugares donde el aplanado había caído, podía verse que los anchos arcos que soportan tan grandes pesos, de una lisura increíble, son de ladrillo. Los altos arcos se extienden hasta las ventanas hondamente empotradas, donde aún pueden admirarse

algunos bastidores labrados a mano. Las altas paredes suben hasta las vigas de las partes superiores y han acumulado polvo de años en el aplanado disparejo: la superficie tiene la insondable hondura del terciopelo. El piso está cubierto de grandes bloques cuadrados de mármol.

Las imágenes de Cristo, la Virgen y los santos que alguna vez ornaron el altar, desaparecieron tiempo atrás. También el altar había desaparecido. Nada queda que recuerde que aquello fue una capilla sino las altas paredes y la fresca profundidad de la sombra. Y parado en este sitio, donde había desaparecido ya el culto al gentil nazareno volvían a mi mente las violentas imágenes de miembros amputados, heridas abiertas y cuerpos estropeados por nuestras bamboleantes balas.

Tuve otra visión: me pareció entrever un escenario lleno de aparatos mecánicos y eléctricos, de astrónomos absortos atisbando el firmamento, de químicos y físicos haciendo disecciones de un átomo, de predicadores y maestros y de enormes bibliotecas. Y ante tal telón de fondo había dos grupos de hombres cuyas frentes eran aquellas de pensadores, trabajando incesantemente, haciendo instrumentos. Un grupo se afanaba mezclando sustancias químicas y armando mecanismos con el propósito de hacer estallar, cada vez más lejos y con mayor eficacia, la carne humana. El otro grupo manipulaba también sustancias químicas e instrumentos, en busca de mejores métodos o mayores conocimientos sobre la constitución humana para lograr reparar la carne y los huesos rotos por los artefactos ideados por el primer grupo.

En un futuro lejano se pintarán escenas semejantes y nuestros descendientes las verán, menearán la cabeza y reirán de sus tontos ancestros, tal como hacemos nosotros al ver pinturas de las quemadas de brujas: meneamos la cabeza y nos reímos de la

tontería de nuestros muy recientes antecesores. El hombre ha llegado a las cimas.

Parece que el ascenso apenas comienza.

Allá, en los muelles y puertos, entre una flota de monstruos de su misma especie, el Arkansas era un ejemplo descarnado de los artefactos producidos por los hacedores de guerra. Costó 12 millones de dólares. Sus enormes cañones, enfilados sobre Veracruz, podrían arrasar hasta sus cimientos la ciudad en cosa de una hora, tal y como un torrente podría barrer una casa de arena. Magníficas universidades se han fundado con menos dinero del que costó armar y equipar a este barco. El dinero que se gastó en este navío, salvaría de la Peste Blanca 100 mil veces más vidas de las que nunca podrá destruir.

Se necesitan mil hombres adiestrados para manejarlo —hombres adiestrados, como quienes construyeron el Canal de Panamá y cuyas destrezas podrían encaminarse a prevenir, para siempre, las inundaciones provocadas por el río Mississippi—. En las entrañas mismas del Arkansas, en la estación de control de batallas, un simple marinero describiendo una nueva brújula giratoria me dio una lección que un profesor universitario no podría aventajar y que un lego en tales asuntos no podría comprender. Si Colón y el capitán Cook hubieran estado conmigo y hubieran escuchado la lección e intentado entender los detalles de la complicada brújula, les juro que les hubiera estallado el cerebro, hubieran enloquecido, habrían aullado. En contraste con lo anterior, y a poca distancia, estaba el solitario buque hospital Solace. Era dulce, apacible y muy antiséptico, estaba bien equipado. Dos jóvenes que acababan de traer hasta la playa subían por la rampa, detrás de mí. Yo trepaba por la pasarela inclinada sobre mis dos piernas sanas. Ellos subían tendidos sobre camillas desplegadas. En unos cuantos días los había precedido una larga fila de jóvenes con

los cuerpos mellados. Diecisiete de estos jóvenes yacen embalsamados en ataúdes cubiertos con barras y estrellas, y esperan ser transportados a sus hogares en Estados Unidos. Dos más yacían moribundos. Tres veintenas y algunos más, con los cuerpos deshechos y en etapas varias de recuperación ocupaban pabellones brillantes y ventilados, entre los dos puentes. Se les había practicado alguna amputación. Los cuidadosos y pacientes doctores sabían que les esperaban más amputaciones, para salvar la vida de algunos de estos jóvenes.

La preponderancia de la juventud volvió a sorprenderme al visitar los pabellones. ¡Dios mío, eran muchachos de cuerpos sanos y vivos hacía tan poco tiempo! Ahora yacían con músculos laxos y caras largas que eran el vivo relato de lo que habían sufrido sus cuerpos desgarrados. Uno de ellos, tan vital y vivaz unos días antes, hoy con una sola pierna, buscaba en mis ojos simpatía o comprensión hacia su terrible muñón, que era la mejor propaganda a favor del proyectil que lo había alcanzado —disparado desde atrás de la vida, hacia la invalidez que lo acompañaría el resto de sus días—. Otro, casi un niño, con los labios enrojecidos y los ojos abrillantados por la fiebre, sonreía ansioso. Le quedaba poca esperanza. Estaba consciente y tal vez, como los hombres en tan penosa circunstancia, se daba cuenta de que pronto llegaría su hora.

¡Ah, pero no había lloriqueos entre los muchachos! Cuentan de uno que recibió dos balazos y protestaba amarga e indignadamente cuando lo levantaron. Su queja era que los mexicanos lo habían atacado desprevenido, antes de que pudiera darle a ninguno. Decía que poco le hubiera importado su propia catástrofe si le hubiera dado a uno —cuando menos a uno.

La bella sala de operaciones estaba bien dotada. Había pabellones de convalecientes, pabellones separados para enfermos infecciosos y, por aquí y por allá, oficinas y áreas de

trabajo presididas por expertos: especialistas en garganta y oído, en ojos, en estómago. Había también un dentista y un consultorio dental completamente equipado.

En el puente, bajo los toldos, tomamos largos y frescos tragos y contemplamos los enormes barcos de guerra aletargados sobre las acrestadas crestas de las olas verde chícharo; tras los pequeños atolladeros, casi sumergidos en las lagunas iluminadas y el rompeolas bajo, estaban los faros delgados y blancos como veladoras y las viejas fortalezas de Santiago y San Juan de Ulúa. De pronto, sobre este, panorama de fondo, se posó una pequeña paloma en el barandal, a poca distancia, batió las alas y comenzó a hurgarse las plumas.

La palomita me recordó que, a pesar de estar rodeados de barcos de guerra, el Solace era el único barco hospital de toda la armada americana. Más aún, recordé que ni siquiera había sido armado con tal propósito, sino como buque mercante; el gobierno lo compró y rehízo. Recuerdo, también, haber viajado en los barcos de vapor de los trópicos, hace años; barcos mercantes armados solamente para hacer dinero y que estaban mejor equipados para los trópicos que el Solace.

Si Estados Unidos paga de 12 a 15 millones de dólares por barcos como el Arkansas, el Texas y el New York, seguramente debería estar en posición de hacer un gasto modesto en un verdadero buque hospital, diseñado no para ganar dólares, sino para aliviar a nuestros hombres de las enfermedades y heridas que los aquejan.

Existe, empero, una justificación para la existencia de este hato de monstruos de guerra, entre los cuales me encuentro. Mientras individuos de países salvajes —digamos, cazadores de cabezas y caníbales de las Islas Salomón— porten armas mortíferas, quienes los visiten —aun si son filósofos— harán

bien en ir armados. Ni las ecuaciones algebraicas ni las elevadas argumentaciones éticas disuaden eficientemente a un caníbal de pelo crespo con apetito. En las Islas Salomón más de un científico, por carecer de rifle, terminó con la cabeza como decoración de una choza de paja mientras su cuerpo era servido como succulento platillo, recién salido del horno caliente.

Hay un monumento a la memoria de la Expedición Austríaca en la Playa de Coral, en la costa de Guadalcanal. Era una partida de profesores. Iban equipados para conseguir aquello que requerían para su alta civilización. Portaban sextantes, barómetros, termómetros, niveles, cámaras y plumas fuentes. Llevaban rifles de naturistas, de un calibre mínimo, redes para mariposas, martillos de geólogos y cuadernos para toda clase de anotaciones; también ciertos instrumentos con los cuales pretendían medir los cráneos de los nativos que encontraran. No llevaban máuseres ni revólveres de cañón largo. No iban equipados para enfrentar a los antropófagos que encontraron. Sólo un hombre regresó del viaje para relatarlo todo, y no era sino empleado de los profesores. Se levantó esta columna en la playa, para mostrar que alguna vez estuvieron allí. Sus cabezas, aún hoy, están perdidas entre la maleza de Guadalcanal.

Entre las naciones sucede lo mismo que entre los individuos. En tanto ciertas naciones del mundo primitivo y salvaje estén armadas, estarán armadas las naciones esclarecidas. El mundo primitivo y salvaje con sus insensatos artefactos para matar hombres está destinado a desaparecer. Pero, en tanto desaparece, sería una tontería que las naciones esclarecidas renunciaran a sus propias armas.

Una fuerza de vigilancia internacional y una corte internacional marcarán el principio del fin de la guerra. Pero ninguna de ambas instituciones se ha creado. Por tanto, Estados

Unidos se ve obligado a seguir armando barcos de guerra de 15 millones de dólares y entrenando a sus jóvenes en la vieja profesión roja.

El punto es: cuando condiciones salvajes y primitivas hacen imperativo que un hombre o una nación se armen, es igualmente imperativo que se armen bien. La espada en manos de razas fuertes ha llevado paz a regiones más vastas y por periodos más largos. Finalmente, será esta la espada que consiga una paz duradera y universal. Cuando por fin se obligue a la última nación salvaje a deponer las armas, cesará la guerra. La guerra misma, la guerra superior, si así se prefiere, acabará por destruirse a sí misma.

En tanto, ¿cuál sería la situación actual de Estados Unidos si se hubiera desarmado hace tiempo? De cierta manera —yo, cuando menos— no puede uno imaginar a Huerta escuchando ni aceptando los elevados consejos éticos de Estados Unidos.

LOS BUSCABULLAS DE MÉXICO

13 de junio de 1914

El error más común y el más grave en las relaciones humanas, es la muy humana debilidad de crear a todos los otros individuos de acuerdo a la propia imagen. No veo razón alguna para que lo que me gusta no le guste a todos los demás. Lo que es bueno para mí ha de ser bueno para ti. Si un libro en especial me fascina, me sorprende saber que no te gusta. Si encuentro que el vegetarianismo me mantiene saludable, *ergo*, debería mantenerte saludable a ti también. Si el café negro me produce insomnio, me azora verte tomar dos tazas de café negro por la noche.

Cuando yo y mi esposa peleamos, es porque ignoro el hecho de que siente, razona y actúa de manera diferente a la mía. Ella incurre en el mismo error respecto a mí. Su familia y la mía fracasan en su intento de reconciliarnos y al fin un juez, dotado de esa sabiduría que nuestra raza plasmó en leyes, nos divorcia porque somos diferentes el uno del otro:

incompatibles, concretamente. Conocí una vez a la mujer más adorable, dulce y complaciente; era incapaz de entender, si no tenía apetito, que uno pudiera tener hambre.

De igual manera, grupos diferentes de personas de la misma raza y país fracasan en su intento de comprenderse. Los vaqueros de extensiones abiertas nunca entenderán a los granjeros con sus alambres de púas. El Este no entiende a la California actual, ni su actitud hacia los japoneses. El Este cree que California es como el Este y los californianos como los habitantes del Este. En resumen, el Este recrea a California a su imagen y semejanza.

Si tales fallas de entendimiento se dan entre grupos de la misma raza y el mismo país, es claro que errores más hondos y

más desastrosos puedan darse entre gentes de razas diferentes que habitan en países diferentes.⁵⁹

La principal causa de los malentendidos actuales con los mexicanos proceden de que los hemos creado de acuerdo a nuestra imagen americana. Nos hemos enfrentado a los mexicanos con nuestro sentido de equidad, con nuestra moralidad, nuestra democracia y el resto de puntos de vista propios y hemos aceptado, de antemano, que los mexicanos deben pensar, sentir y actuar como lo haríamos nosotros en circunstancias similares. Y nos sorprende que no lo hagan, para nada. En vez de abrir los ojos ante el garrafal error, procedemos a pensar que su conducta debe transformarse hasta parecerse a la nuestra y que debemos tratarlos y negociar con ellos como si fueran exactamente iguales a nosotros, con una historia similar a la nuestra, con instituciones similares a las nuestras y con una ética similar a la nuestra.

La plática sobre México y los mexicanos zumba todo el día y hasta bien entrada la noche en los portales de Veracruz. Nunca sociedad alguna debatió tan animada e infatigablemente. Oigo la charla y me pregunto de qué se trata o qué relación tiene con la situación actual. Por lo pronto, no puedo comprender por qué es esencial definir si Madero fue un patriota o un malversador; si Huerta es la heroica figura de un indio o un Nerón lunático y negro; si Huerta mató a Madero o si Madero se suicidó; si el gobierno de Huerta debió haberse reconocido hace mucho o si la intervención americana debió haberse dado mucho antes.

Lo que veo, mientras toda esta charla sobre minucias llena mis oídos, es un México devastado y roto, donde 12 millones de

⁵⁹ En el Oeste de Estados Unidos, la xenofobia contra los orientales, refugiados de guerra, era bastante violenta: anuncia la campaña que se orquestará aquí contra chinos y japoneses, durante la Primera Guerra Mundial.

peones y todos los hombres de negocios —nativos y forasteros— son heridos y destruidos por la conducta estúpida y egoísta de unos cuantos mestizos.⁶⁰ Veo un país grande y rico, capaz de mantener felizmente a 100 millones de almas, despeñado hacia el caos por un puñado de hombres con mentes infantiles que juegan con las herramientas trágicas de la muerte, posibles gracias a los mecanismos y la química modernos.

Éstos hombres de mentes infantiles juegan con las herramientas de un gigante. Son como una familia de niñitos jugando con cartuchos de dinamita en el vestíbulo, el sótano y el desván de la casa que habitan. La voz de alarma dada por un buen ciudadano del vecindario llega a la estación de policía más cercana para que les quiten los cartuchos a los niños.

Desde la buhardilla hasta el sótano, la vivienda de México se desgarrar en pedazos, las facciones en contienda tienen dinamita en las manos. Los americanos que escuchan las consignas lanzadas por los diversos líderes de esta anarquía desde nuestro país, cometen el error de considerar a tales líderes de acuerdo a su imagen, y de pensar que "libertad", "justicia" y "trato justo" significan lo mismo para unos y otros.

Nada de eso. En los cuatro siglos de regímenes españoles y mexicanos no ha existido ni libertad ni justicia ni trato justo. México es una república donde nadie vota. Su libertad ha sido siempre traducida en licencia. Su justicia ha consistido en un esfuerzo de división equitativa de las ganancias arrebatadas a la gente explotada. Las numerosas revoluciones y dictaduras muestran que ni siquiera existe honra de ladrones entre estos ladrones. En un país donde un hombre es considerado legalmente culpable de un crimen hasta que demuestra su inocencia, la justicia debe significar algo completamente

⁶⁰ Castas-mezcladas, literalmente. Nuevamente traducimos el término por mestizos sin entrar en argumentaciones raciales.

diferente de lo que significa para un americano. Y lo mismo vale para las demás frases exaltadas y rimbombantes del vocabulario de los mexicanos.

Lo anterior no debe tomarse como la negación del derecho o la bondad de la gente de México. Al contrario, la gran masa de mexicanos no tiene nada que ver en el asunto; pero, como a diferencia de los americanos son ignorantes o indiferentes respecto a los asuntos públicos, se sientan supinamente y dejan que unos cuantos líderes los despojen, a ellos y al país. También hay casos aislados de líderes, como Juárez, para no ir más lejos, animados por ideas parecidas vagamente a las nuestras. En la revolución de Madero había hombres semejantes. Pero la prueba de un asunto en su totalidad es el asunto en su totalidad, y el asunto en su totalidad es que en los últimos 400 años no se ha llegado a ninguna medida de libertad, justicia y trato justo en México.

Hay una gran distancia entre luchar y gobernar. Cualquiera, cualquier cosa, puede pelear. Perros y gatos, ciempiés y alacranes pelean. Pelear es una forma muy primitiva de ejercicio. Gobernar es un alto logro; especialmente si se ha de gobernar con paz, honestidad y trato justo. Es algo que los mexicanos no han logrado desde el día en que se libraron del férreo dominio español.

La república constitucionalista se proclamó en 1824, tras la caída de Iturbide. En 47 años, entre 1821 y 1868, se cambió diez veces la forma de gobierno y se alternaron la república federal, la república central y la dictadura. Más de 50 personas se sucedieron como presidentes, dictadores y emperadores en estos 47 años. Una persona informada sobre este asunto asegura que hubo 300 intentos de revolución de cierta importancia en este periodo. Los mexicanos han mostrado alguna

preferencia por el pleito ciertamente, pero no han demostrado la habilidad superior que requiere gobernarse.

Un americano más informado, o que haya viajado más y que en cierta forma se refrene del impulso de ver a México bajo su propia imagen y la imagen de su país, cae en el error de ver a México con la imagen de un país latino. Debe entenderse, para empezar, que México no es un país latino. México es un país indio. La gente de México no es latina. Son indios. Y son indios que se parecen a los indios de Estados Unidos apenas remotamente. No se trata solamente de que sean de una tribu distinta: son una raza diferente de indios.

Son indios puros 65% de los habitantes del país; 15% son españoles, americanos ingleses o forasteros puros. El 20% restante es una mezcla de indios y españoles. Es este 20% mezclado el que representa al mexicano o al total de la población de México ante los americanos de nuestro país.

Y es precisamente este 20% de clase mestiza la que fomenta todos los disturbios, juega infantilmente con las herramientas de los gigantes y es causante de la carnicería y el caos del país. Estos mestizos no representan ni a la clase obrera, ni a la clase propietaria, ni a los hombres escogidos de Estados Unidos y Europa que le han dado cuanta civilización —exótica— poseen. Aquí los mestizos son la clase predatoria. No producen nada. No crean nada. Aspiran a tener una camisa, montar un caballo y sobajar a quienes trabajan y a quienes progresan. Estas razas hacen la política, lanzan los pronunciamientos, promueven las revoluciones o se pronuncian contra otros iguales a ellos, escriben esa falsedad rimbombante que pasa por periodismo en esta tierra rica y triste, roban las nóminas de las compañías y se comen hacienda tras hacienda en este festival que se complacen en llamar guerra por la libertad, la justicia y el trato justo.

Estos caballeros con camisas, que montan sobre los lomos de caballos robados, alegan que el gobierno de México es suyo. Y gobierno, para ellos, significa precisamente la licencia para cebarse del trabajo y la industriosisidad del país. El problema es que carecen a tal grado de habilidad para gobernar que no pueden mantener este gobierno cebado de sus sueños sino brevemente. Continuamente pelean por el reparto de los botines y, entre ellos, pelean por el monopolio de privilegios del botín gubernamental.

Como dije antes, carecen también del honor que impera entre ladrones. No pueden confiar uno en el otro. No pueden creerse uno al otro. Por una vez, cada cual imagina al otro, correctamente, a su imagen y semejanza. Consciente, en el fondo de su corazón, de que él no se conformaría con menos del 100% del botín sólo incurre, por accidente, en el error de decir la verdad a algún compañero de robo; y como continuamente se inclina a pasar por encima de sus compañeros y camaradas saqueadores, no puede sino esperar lo mismo de dichos compañeros.

Para parafrasear a Kipling, la consistencia de estos mestizos es no tener ni un ápice de consistencia. Es por esto que ni siquiera como ladrones tienen éxito. Cualquiera puede darles cartas falsas y ganar fácilmente el juego.⁶¹

En ocasiones, son valientes, pero no son valerosos. Su honor y su valentía residen en sus lenguas. Se vuelven traidores de un momento a otro. Cenar en las casas de sus amigos gringos una noche y, antes del alba, se lanzan armados contra ellos, sus

⁶¹ (Nota de la traducción al francés.) Jack London escribió *Tammany could give them cards and spades in the game...*, que resulta intraducible. Tammany Hall era organizador del Partido Demócrata norteamericano en Nueva York; su nombre era sinónimo, en la época, de corrupción y venalidad política.

amigos gringos y las nóminas y relojes de oro de sus amigos gringos.

Son lo que las razas mixtas son siempre: ni una cosa ni la otra. No son ni blancos ni indios. Como los euroasiáticos, poseen todos los vicios de las varias sangres ayuntadas y ninguna de sus virtudes.

Es imposible, para un americano medio, entenderlos. El honor es una cosa para ellos y otra para los americanos, lo mismo la verdad, la probidad, la sinceridad. No hay modo de que entiendan las normas de conducta ni de razonamiento habitual de los americanos. Como ejemplo de lo anterior, relataré cómo explicaron los federales la muerte de seis americanos en San Pedro, estado de Chiapas.

Las autoridades mexicanas explicaron el percance de esta manera: cuando los americanos tomaron Veracruz, las autoridades de Chiapas, temerosas por la seguridad de unos cuantos granjeros americanos dado el ánimo agitado de la población, enviaron un destacamento de rurales para rescatarlos. Los americanos, al ver acercarse el cuerpo armado de rurales, creyeron que los atacaban y se parapetaron en una de las casas. Tan celosa de su misión de salvamento era la cuadrilla de rescate, que atacaron violentamente la casa. Durante tres horas, los rurales lucharon heroicamente por rescatarlos, atacándolos por los cuatro flancos. Pasado este lapso, cuando habían muerto los seis hombres americanos, los rurales entraron intempestivamente a la casa para salvar la vida de una muchacha americana de 18 años y un niño de 14. Se los llevaron a Tuxtla Gutiérrez donde fueron abucheados por la calles y los encarcelaron para mantenerlos a salvo.

No me interesa tanto resaltar la matanza como la explicación de los mexicanos: el terrible error cometido por los americanos fue no entender que los rurales iban a rescatarlos. Ninguna

mente americana, ninguna mente noreuropea podría concebir semejante explicación. Nuestros mecanismos de razonamiento son otros. No podemos imaginar siquiera tal explicación; tampoco podríamos atacar durante tres horas a personas que intentamos rescatar.

Me atrevería a dudar de mi burda generalización sobre esta clase mestiza si la opinión fuera solamente mía. Por eso reproduzco el siguiente texto de la *Enciclopedia Británica*, que epitomiza las condiciones imperantes en México desde la independencia hasta principios del despotismo racional de Díaz.

En México ambos bandos tenían ciertos elementos doctrinarios honestos, pero los líderes militares enfrentados explotaban las luchas en provecho propio, a veces tomando uno y otro lado sucesivamente; y la inestabilidad era intensificada por la pobreza extrema de los campesinos, lo cual provocaba la reticencia de los soldados a volver a la vida civil; la ausencia de una clase media estable, y la concentración de la riqueza en unas cuantas manos hacían que el jefe revolucionario tuviera asegurados tanto los fondos como los hombres.

Esta clase mestiza representa únicamente a la quinta parte de la población total de México; más aún, sólo una porción muy pequeña de esta clase mestiza se dedica activamente a fomentar la anarquía que destroza al país y merece las duras críticas que le hago. Los mexicanos educados afirman que Huerta, Carranza,⁶² Villa y Zapata no representan a más de 100 mil personas. No existe lo que podría llamarse un movimiento nacional o movimiento popular.

⁶² (Nota de la edición en inglés.) Venustiano Carranza (1859-1920) se unió en 1910 a las fuerzas revolucionarias de Madero. Fue electo presidente de México en 1917. Alvaro Obregón se levantó contra él y lo venció. En 1920 fue emboscado y muerto.

Lo que sí existe es el espectáculo de 15 millones de habitantes sin equipo ni habilidades para gobernar, asolados y destruidos por un grupo de 100 mil que también carecen de equipo y de habilidades para gobernar. Ciertamente, esto no admite discusión. La realidad es, además, incontrovertible. La infeliz situación del desgobierno en el México actual es un hecho y es incontrovertible.

Hay tres millones de mestizos. Cuando permiten —y lo hace a través de su pasividad— la actividad perniciosa y anárquica de un pequeño grupo de 100 mil, son también responsables, por omisión, del actual estado de cosas. El asunto es que, al igual que los otros, carecen de habilidades para gobernar.

¡Dios mío! Si vamos al fondo del asunto y analizamos sus habilidades para organizar disturbios, encontramos que también en esto los mestizos dependen de los peones. Hoy en día, los dos hombres fuertes de México son el peón, ex bandido e indio, Villa, en el norte y Huerta, el indio tlaxcalteca en el sur.⁶³ Estos 100 mil descastados activos consideran que el gobierno les pertenece a ellos, y no a los 15 millones. Es su gobierno y, por Dios Eterno, harán de él lo que les plazca.

¿Civilización? No les interesa la civilización. La civilización puede estallar en pedazos; y, por cierto, si se lo proponen, la harán estallar ellos mismos.

Estos hombres hablan de república desde 1824 y, sin embargo, México todavía no ha visto una república. No era república, ciertamente, bajo la dictadura capitalista de Porfirio Díaz. Las elecciones, aquí, son una farsa impuesta por los dictadores y sus secuaces, o de plano son revoluciones. En cualquiera de ambos casos el objetivo es la estafa sin mermas. Pero no es esto lo que dicen los hombres infantiles. Nos espetan su

⁶³ Ver nota anteriores sobre Huerta.

patriotismo y valor, libertad, justicia y trato justo —frases gloriosas todas ellas que no significan nada y que no son más que sinónimos de rapiña.

Estos mestizos buscabullas no son hombres en un mundo de hombres. Son infantiles y tienen propósitos poco nobles. No tienen la recia materia de la hombría, tal y como nosotros la entendemos. La recia materia está en los indios puros; empero, no se manifiesta sino rara vez. De otra manera, hubiera sido imposible soportar cuatro siglos de esclavitud impuesta por un pequeño grupo de patrones sobre tantos millones de habitantes. Huerta es la flor misma de los indios mexicanos. Tales indios han aparecido, en ocasiones, en Estados Unidos. Huerta es valiente. Huerta es poderoso. Pero Huerta tampoco ha dado muestras de tener elevados ideales ni una visión social amplia. Además, Huerta ha cometido errores. Mencionaré dos de tales errores sólo de pasada, pues considero que vienen al caso para entender lo que quiero decir: 1) no haber matado a Zapata cuando tuvo la oportunidad; 2) su muy grave error de no haber matado a Villa cuando lo tuvo de espaldas a una pared, ante un pelotón de fusilamiento. Fue en esa ocasión cuando obligó a Villa, de rodillas y con los brazos abrazándole las piernas, a pedirle que le perdonara la vida. Villa no ha olvidado este pequeño incidente. Y es justo suponer que el recuerdo de estos dos errores acude a la mente de Huerta y lo llena de arrepentimiento mientras bebe un trago en el Country Club y ve a Villa avanzar implacable desde el norte sobre él, ambas costas bloqueadas por barcos de guerra americanos, a Zapata a sus espaldas, por el sur y el occidente, como un tigre hambriento; su crédito agotado, sólo una porción del territorio en sus manos y su propia gente —la de la capital— lista para despedazarlo al menor tropiezo. No me gustaría ser Villa o Zapata, ni cinco minutos, dado el caso de que Huerta los

apresara. Tampoco me gustaría ser Huerta, ni cinco minutos, llegado el caso de que Villa o Zapata lo apresaran.

Ni siquiera los jeroglíficos egipcios o mayas ofuscan la mente de los americanos tanto como las frases y las consignas de los mestizos mexicanos. Un jeroglífico no significa nada. Las frases y las consignas de los mexicanos no significan lo que parecen significar. Incontables americanos creen que la actual revolución se debe al hambre de tierra de los peones. Madero levantó tal grito. Zapata levanta el mismo grito. Orozco⁶⁴ promete regalar granjas a los peones en su Plan de Tacubaya — cuando ya no era sino una herramienta comprada por los grandes hacendados, que lo contrataron para causarle conflictos a Madero—. Carranza, mediante palabras veladas y promesas vagas clama por la división de las grandes haciendas. Villa grita incluso: "*tierra libre*".⁶⁵

¿Pero qué pasa con los peones? Hay 12 millones de peones. Han ponderado el tema durante cuatro siglos. Considerando el escaso número de patrones, es evidente que no lo han ponderado en absoluto. Dudo, tras hacer una rápida cuenta, que siquiera la cuarta parte del 1% de los peones mexicanos haya tomado las armas con el propósito de obtener tierra libre o de ganar algo más que lo que sus líderes deseaban.

Villa confiscó las grandes propiedades de Chihuahua y le dio a cada hombre adulto del estado 60 hectáreas de tierra. Pero era un regalo con restricciones. La tierra era inalienable los siguientes 10 años. La explicación de tal restricción era que el peón ha perdido su antigua hambre de tierra y que, si se les daba la tierra sin más, la vendería inmediatamente y derrocharían la ganancia.

⁶⁴ (Nota de la edición en inglés.) Pascual Orozco se levantó en armas contra Madero en marzo de 1912. Fue expulsado de México por Huerta.

⁶⁵ En español en el original.

Por supuesto, los peones deben poseer la tierra. Algún día lo harán. Pero si solamente la cuarta parte del 1% de los peones se ha alzado para tener tierra, queda explicada la escasa hambre de tierra que muestran. Otra frase mágica que significa una cosa en la mentalidad mexicana y otra, totalmente distinta, en la mentalidad americana. Es inconcebible pensar en 12 millones de americanos hambrientos de tierra, armando y enviando al frente a la cuarta parte del 1% de los interesados a pelear por ella. O bien el peón es diferente a los agricultores americanos, o el hambre de tierra es una cosa para éstos y otra para aquéllos. Aparentemente, ambas afirmaciones son ciertas. El americano es anglosajón. El peón es indio; y peor aún, indio mexicano. Para no ir más lejos, los indios mexicanos no tenían propiedad individual sobre la tierra, la poseían colectivamente.

Dos cosas más deben considerarse para aumentar el desprestigio de esa cuarta parte del 1% de peones levantados en armas. Gran parte de ellos son sencillamente inquietos y rudos; no actúan guiados por la convicción de la bondad de la guerra que emprenden. Gran parte de ellos son criminales y revoltosos. Gran parte de ellos lucha con ambos bandos, de acuerdo a la fortuna de la batalla. Gran parte de ellos son aventureros que prefieren la diversión y la emoción de la guerrilla a quedarse en sus casas, atascados en su vida de labriegos.

Esto último no carece de importancia. Les gusta su trabajo. Tienen el hábito de la revolución. ¿Qué peón, con cierta rebeldía, prefiere ser esclavo de una hacienda, con pago de esclavo, que enrolarse con las huestes de Zapata, Carranza o Villa, con las que puede viajar, conocer el país, montar a caballo, llevar un rifle, ganar un peso o más al día, robar cuando lo favorece la fortuna y —con suerte— hasta matar a un congénere? Y este es un hecho particularmente delectable para

personas que se deleitan con el sangriento espectáculo de las corridas de toros.

Los mexicanos, en su totalidad, son tan incapaces de gobernarse que un puñado de mestizos desordenados e incapaces pueden jugarse a los dados el país entero. El pobre México está hoy en tal situación que, sin ayuda externa, la jugada puede resultar interminable. No hay ningún Porfirio Díaz a la vista. No hay un mestizo fuerte, capaz de latiguar a los demás mestizos desordenados y al país, para meter orden. No hay ningún movimiento popular en el cual pudiera apoyarse tal hombre fuerte. Ni hay una causa nacional. Los mexicanos educados, los mexicanos ricos, los comerciantes y tenderos mexicanos aclaman con deleite la intervención americana. La mayoría de los peones sólo piden que los dejen en paz, que no se los lleven al frente por la fuerza para luchar por éste o aquél o los muchos líderes que continúan levantándose en armas. Las victorias, presidenciales o de dictaduras, no pueden ser sino temporales. Este puñado de anarcos no puede pacificar a México porque México no necesita pacificarse. No se pueden pacificar ellos mismos, que es lo que México necesita en realidad, porque son muy débiles, muy ineficaces, muy turbulentos y muy desordenados.

Los españoles, a pesar de la grandeza de su imperio —que obtuvieron por un golpe de suerte, como los hotentotes que recogieron el Koh-i-noor⁶⁶—, nunca tuvieron talento para gobernar. Los descendientes de los españoles en México, mezclados con los indios nativos, han mostrado que carecen de talento para gobernar. Los hechos son los hechos. Lo que ni los españoles ni sus descendientes han logrado hacer, en los últimos 400 años en México, es una historia harto elocuente.

⁶⁶ El diamante más grande conocido en esos tiempos, parte del tesoro real británico.

México debe ser salvado de sí mismo. Lo que México realmente necesita es que se le salve de una porción insignificante de mestizos que causa todos los problemas. No deben, en absoluto, formar un gobierno. Y, sin embargo, son quienes insisten en formarlo y no pueden ser eliminados por quienes deberían formarlo: los 12 millones de peones y los casi 3 millones de mestizos con inclinaciones pacíficas.

LOS JUSTICIEROS

20 de junio de 1914

El tañido de bronce de las campanas de la catedral marca las horas. Desprendido de la noche, el día estalla con luz abrupta y cantos de pájaros. Los gritos de los voceadores anuncian la primera edición de los diarios matutinos mexicanos y la caída de Tampico. Se oyen aullidos de perros, el traqueteo y rodar de las grandes carretas de mulas, el ruido de los cascos de la caballería sobre el asfalto, llamadas de corneta. Otro día comienza en Veracruz.

Rumbo al mercado, pasan mujeres sin sombrero, con poco de español y mucho de indio en las caras. Los cargadores se deslizan sobre sus huaraches y los vendedores llevan sus mercancías sobre la cabeza. Los policías nativos,⁶⁷ con uniformes de lino arrugados, balancean intrépidamente sus cachiporras y, junto a nuestros fornidos centinelas, se ven patéticamente chaparros, hundidos de pecho, angostos de espaldas. Y en la catedral, indios y mestizos rezan a los dioses y a los santos de su devoción, perplejos ante la incomprensible situación de su amada ciudad, tomada por hombres blancos y armados venidos de allende el mar.

Los nativos de México no han tenido sino bosquejos de leyes. Dos periodos étnicos completos habían transcurrido cuando los españoles de Cortés y sus aventureros en cotas de malla desembarcaron en sus playas. Cortés y sus ávidos sucesores aventureros, sin el menor genio para gobernar, casaron con la población indígena sin mejorar el gobierno.

⁶⁷ Los invasores dejaron en sus puestos a los policías municipales; sólo los usaban para traer testigos y encargarse de disturbios locales.

El gobierno primitivo es simple, religioso, rígido. Cuando se desarmó la maquinaria del gobierno indígena, con algunos engranajes ya estropeados, sin plasticidad, millones de indios fueron fácil presa de los conquistadores españoles. El resultado derivado de la mezcla de gente atrasada en el desarrollo del gobierno y gente que carecía de genio para el gobierno dio como resultado el gobierno débil e ineficiente que ha tenido México durante los últimos cuatro siglos.

De Estados Unidos llega, en el año de 1914, un ejército de hombres blancos con genio hereditario para el gobierno. Tenemos a Veracruz con una población de 30 mil almas; además, hay miles de soldados americanos y miles de refugiados americanos y mexicanos del interior del país. Problema: cómo levantar a estos miles de sus camas por las mañanas para que trabajen o jueguen, cómo regresarlos a sus casas y camas por la noche y, además, lograrlo de manera ordenada.

Debe haber seguridad para todos. No deben pelear unos con otros. Deben mantenerse limpios y mantener limpia la ciudad. Deben desempeñar las múltiples actividades indispensables para que la ciudad exista. No deben lastimarse los unos a los otros mediante el robo, la violencia o el miserable cultivo de enfermedades. Y no deben lastimar ni siquiera a los deplorables cuadrúpedos que les sirven de animales de tiro.

Y se hace: reinan la decencia y el orden. Y lo hacen los hombres blancos, guerreros que, además de pelear, saben gobernar. Nunca, en la larga historia de Veracruz estuvo la ciudad tan decente, tan ordenada, tan segura, tan limpia. Y lo logran no los civiles de Estados Unidos sino los soldados de Estados Unidos; y lo hacen sin recibir recompensa.

El capitán Turner de la Séptima de Infantería pone este interesante anuncio en los periódicos mexicanos:

Como actual encargado de la administración de los impuestos estatales de este Cantón, por órdenes del Mariscal en Jefe, me permito advertir al público que a partir del séptimo día del mes en curso esta oficina procederá, bajo mis órdenes, con los asuntos que le competen.

Se advierte por este conducto a las personas que no hayan pagado los impuestos municipales que vencían el día 30 de abril de 1914 que podrán hacerlo hasta el 25 del presente mes; pero de no hacerlo o hacerlo de manera parcial antes del plazo mencionado, se procederá sobre sus propiedades con las medidas legales acostumbradas.

El mayor Miller, a su vez, tras haber relegado su espada para servir como jefe del Departamento de Educación, anuncia:

Los profesores y maestros anteriormente empleados en las escuelas de Veracruz que no han dado muestras de su intención de reanudar sus labores, pero que deseen hacerlo, así como otros con calificación o deseos de hacerlo deben acudir a este departamento. Los candidatos pertenecientes a la segunda categoría deberán presentar las credenciales y pruebas necesarias que los acrediten.⁶⁸

El mayor Miller anuncia también que la Biblioteca Pública⁶⁹ volverá a abrir el 20 de mayo.

El coronel Plummer del Vigésimo Octavo de Infantería advierte que se prohíbe la venta de cocaína y marihuana sin receta médica y se castigará severamente cualquier desacato a esta orden. Como el coronel Plummer es el Comandante en Jefe su decreto incluye toda suerte de prohibiciones: desde no escupir en las calles y sitios públicos hasta una advertencia a los

⁶⁸ Sólo algunos de los civiles y maestros atendieron esta proclama. La educación siguió impartándose en parques y casas particulares. Quienes completaron su curso, recibieron diplomas por su patriotismo, de parte de la Junta Privada de Beneficencia.

⁶⁹ En el original dice, en español, Biblioteca del Público

tenderos para que no vendan a crédito a los soldados, y a los prestamistas de no recibir en empeño propiedades del gobierno. El general Funston anuncia que todo habitante de Veracruz debe vacunarse.

No se abandonan los trabajos de guerra. Rodean la ciudad líneas de avanzada y trincheras, está protegido el suministro de agua, los hidroaviones exploran y, día y noche, hay centinelas regulares en los puestos de avanzada y las trincheras.

Oficiales y soldados hacen guardias regulares. Pero, dentro de estas líneas, coroneles y mayores, capitanes y tenientes primeros se ocupan de operar los departamentos de Justicia, Obras Públicas, Seguridad Pública, Finanzas y Educación. Hay también una Comisión Militar —con poderes sobre la vida y la muerte— que atiende los casos de personas acusadas de infracciones a las Leyes de Ocupación Hostil y a las Leyes Marciales. Más aún, hay cuatro Cortes Inferiores y un Tribunal Superior⁷⁰ que trabajan diariamente y con regularidad. La jurisdicción de estas cortes se limita a casos criminales y trabajan sin descanso.

Un ciudadano ordinario en cualquier ciudad americana puede llevar a cabo su rutina cotidiana durante días, semanas o meses sin notar disturbio o desorden alguno. Y sin embargo, se dan actos de desorden de día y de noche. Y todos los días y todas las noches los múltiples ofensores han de ser rastreados por la policía, de entre la canalla de la ciudad, para presentarlos ante las cortes.

Veracruz, a pesar de la ocupación militar, presenta hoy en día toda la apariencia de ser una ciudad semejante. Todo está tranquilo y pacificado en las calles donde hace algunos días solamente las gentes se mataban unas a otras en las banquetas y

⁷⁰ Según Andrea Martínez, los tribunales fueron dos, cada cual con su respectivo preboste.

desde las azoteas. Nuestra administración militar ha puesto a trabajar nuevamente a la muy nativa policía —algunos de sus miembros, se sabe, atacaron a nuestros hombres—. Y en una ciudad de este tamaño, se requiere un rastreo más severo de la canalla. El gobierno militar tiene el deseo, entre otros, de deshacerse sin impedimentos de los haraganes, ya sean mexicanos o extranjeros. Si son mexicanos, se les expulsa fuera de los límites de la ciudad; si extranjeros, se les deporta a sus respectivos países de origen. Pero, por otra parte, no se procede de prisa en la aplicación de este trato entre caballeros. Las ofensas menores son continuamente condonadas, o se suspenden las sentencias si es la primera vez que se comete la ofensa. Tampoco se niega a nadie el derecho de un abogado defensor.

Fue muy ilustrativa una visita a la Corte Menor del Palacio Municipal. Un justiciero rubio estaba tras un escritorio sobre el cual corría un continuo flujo de documentos; con su parda camisa oliva y sus pantalones de montar, con su 45 automática en la cintura, tras haber abandonado el comando del Décimo Noveno de Infantería se encargaba de administrar la ley mexicana y las órdenes del Comandante en Jefe, que tenían primacía sobre las leyes mexicanas.

Junto al escritorio de este capitán-juez, un recluta uniformado golpeteaba la máquina de escribir y tomaba nota de decisiones, multas, encarcelamientos y pruebas; cubría todas las demás tareas de cualquier secretario de una corte. Los soldados marchaban sobre los bloques cuadrados de mármol de la sala, aparecían y desaparecían a través de los altos umbrales y bajo los amplios arcos. En un rincón, un soldado telegrafista operaba un telégrafo militar.

Robustos soldados con bayonetas custodiaban las puertas que conducían bien a la libertad, bien a prisión. Entre estos

guardias, gentecillas furtivas o furiosas iban y venían: si como testigos, custodiados desde el exterior por un alerta y pequeño guardia nativo; si como prisioneros, lo escoltaban soldados armados.

Tal y como sucede en nuestras cortes, no uno sino varios casos se ventilan simultáneamente. Un nuevo testigo en un caso de robo por el cual enviaron hace media hora llega y atestigua en los intervalos entre el pago de una fianza y las protestas ebrias de una india que asegura que es mentira que la víspera estuviera borracha. Mientras, el intérprete de la Corte suspende el testimonio de un presunto comprador de mercancías robadas para buscar en el diccionario el equivalente en inglés de una frase en español, el capitán-juez amonesta a un hotelero por el mal manejo de su negocio, despacha a un policía para que traiga a la Corte dos pares de pantalones robados, al parecer pertinentes para otro caso en vías de juicio y oye los comentarios de un abogado español a favor de un preso que todavía no comparece.

El flujo de todos estos casos se detiene por un momento y el capitán-juez, que tiene los ojos más azules de entre los ojos azules y el pelo más rubio de entre los pelos rubios, dice un nombre: "Francisco Ibáñez de Peralta".

Un peón, por cuyos harapos nadie daría tres centavos, se acerca y se inclina humildemente.

—Dile que anoche estaba borracho y alborotaba en la calle —pide el juez al intérprete.

Tras comunicar esto, responde parcamente el acusado y el intérprete traduce:

—Así es. Dice que ciertamente estaba borracho y que se arrepiente.

—¿Tiene trabajo fijo? —pregunta el juez.

—No. Dice que es cargador y que trabaja cuando puede.

—Dile que si lo traen de nuevo lo sentenciaré a dieciséis días, y suéltelo —es el veredicto.

Después aparece Serafina Cruz. Tiene la mirada borrosa y perdida.

—Dile a la dama que ayer se emborrachó otra vez —dice la Corte al traductor.

Serafina accede a la leve imputación con un “sí”, un cabeceo y un bostezo.

—Segunda ofensa, dieciséis días para que se ponga sobria, le hace falta —es el juicio de la Corte. Y Serafina es escoltada a la celda por un alto soldado americano.

María de la Concepción de Henríquez, mujer de cara y voz dulces, cuyos ancestros, a juzgar por su cara, pronunciaban su nombre con las muchas zetas y equis aztecas, niega rotundamente haberse emborrachado el día anterior. El oficial nativo que la arrestó, tras prestar juramento afirma que estaba tan borracha que tuvo que llevarla a prisión en una carretilla de mano.

María de la Concepción asegura que el oficial que la arrestó es un perro, peor que un perro; vale menos que el bigote ralo de un gato de albañal; es un zopilote hambreado, un pelícano desplumado; que miente y que no, no estaba borracha.

El capitán Callahan, un verdadero celta en uniforme americano, tras jurar, afirma que vio a la dama llegar a bordo de una carreta de mano, empujada por el antedicho policía nativo, borracha perdida.

María de la Concepción mira hacia el techo con expresión sorprendida ante tamaña mentira, venida de la boca de un soldado americano, con tal aspecto de caballero, y asegura a la Corte que distaba de estar borracha; distaba mucho, además, pues no había tomado ni siquiera una gota.

El paciente juez arregla de otra manera el asunto.

—Dile —ordena al traductor— que yo mismo la vi cuando la trajeron en la carreta. Pregúntale dónde vive.

Responde, por vía del traductor, que no tiene casa.

—Primera ofensa, cinco días, ¿qué le pasa a ese hombre? —dice el juez en una sola frase.

“Ese hombre”, con cara inteligente, aguda y vieja, evidentemente no está borracho. Como tampoco en su cara se ven rasgos de maldad, uno se pregunta qué habrá hecho.

Su nombre es José de Garro, dice el traductor. Durante los días de lucha callejera, mientras estaba escondido, los marineros de Estados Unidos usaron su carreta, que es su único medio de subsistencia. Ha localizado la carreta. La usa uno de los sirvientes del dueño del Hotel Diligencias y el presunto dueño se niega a devolverla.

Toma poco tiempo a la Corte ponderar la cuestión. Rápido, como el chasquido de un látigo, ordena:

—Manden un policía al Hotel Diligencias y traigan la carreta y al propietario. Pídanle al quejoso los datos de dos hombres que atestigüen sobre su identidad y su propiedad sobre la carreta. Manden a un policía a traer los dos testigos. Mercedes de Villagrán.

Mientras traen a Mercedes de Villagrán desde las celdas, dos ladrones, los señores Bravo de Saravio y Pedro Sorez⁷¹ de Ulloa, por quienes ya habían mandado a las celdas y que acaban de llegar, son juzgados. Desde afuera, la Corte pregunta algo al capitán Callahan, a través de una ventana y la información que da hace que la Corte ordene que vuelvan a ser encarcelados, pues el caso es grave y deben quedar incomunicados mientras se recaba la evidencia para el juicio.

⁷¹ Suárez, seguramente.

Mercedes de Villagrán resulta ser una viejita seca, muy ajada, muy pobre y muy asustada a quien se acusa de tener municiones en su poder. Peor aún, se muestran como evidencia dos puñados de cartuchos de máuser. Con una débil voz de falsete quebrado explica que, tras las luchas callejeras y ejerciendo su oficio de pepenadora, encontró y guardó las municiones, creyéndolas sin valor y sin saber que su posesión era una ofensa grave o, siquiera una ofensa.

—Caso retirado, suéltenla —y el juez la olvida en ese instante para siempre dado el apretado ritmo de su oficio; ella, en cambio, lo recordará siempre, hasta su último suspiro, al chismear entre sus compañeras de basurero en Veracruz.

Se llama a un prisionero que, al entrar al cajón, hace subir las cejas a los miembros de la Corte, pues el hombre no tiene nombre y se le llama "P", con una nota explicativa del capitán Callahan.

No puede hallarse al capitán Callahan en ese momento pues posiblemente estaba recibiendo a otra dama que llega en carreta. La Corte, mientras tanto, juzga otros dos casos de borrachera: una segunda ofensa que recibió dieciséis días de pena y la advertencia de que la tercera ofensa significaría el destierro de la ciudad.

Llega el capitán Callahan, alza la manga del hombre "P", muestra una letra "P" trazada con tinta en su brazo. Explica que el acusado estaba tan borracho cuando llegó que no podía hablar; como nadie debe internarse sin identificación lo habían marcado, y ésa era la prueba. El señor "P", algo recuperado tras una noche de sueño, pudo decir su nombre: Alonso de Córdova y Figueroa. El soldado secretario, al recordar su cara va a buscar su expediente y anuncia que Alonso de Córdova y Figueroa está allí por segunda vez; y Alonso de Córdova y

Figuerola, que adeuda a Estados Unidos sus próximos dieciséis días, es sacado de la sala.

El carro de mano, el propietario del Hotel Diligencias y el policía llegan vociferando. El propietario es un cubano rechoncho, con hombros redondos, pelo blanco y marcas de viruela; se muestra sorprendido de que la carreta, que nunca había visto, se encontrara en su propiedad.

El hombre de la carreta mira con júbilo su propiedad y no entiende por qué el juez no le permite llevársela de inmediato, mientras éste escucha detalles de un cateo realizado la noche previa en una casa, donde se encontraron cuatro máuseres y un millar de rollos de municiones.

Aparece Tomás Martín de Poveda, acusado del terrible crimen de tener su propiedad sucia. Tras un breve discurso acerca de la higiene y la sanidad la Corte le concede 24 horas para limpiar la propiedad y Tomás Martín de Poveda se retira, meneando la cabeza ante este trío de gringos lunáticos y su manera de administrar justicia.

Llegan un tendero y un cigarrero que atestiguan que José de Garro es en verdad José de Garro y que el carro de mano es realmente de su propiedad, y José de Garro sale feliz de que haya un Dios en las alturas y justicia en Veracruz.

Se interroga y se continúa sobre el caso de tres ladrones, acusados de robar la aduana y del mercader que les compró la mercancía robada. Luego sigue un cocinero negro jamaquino y un grumete *cockney*⁷² de un buque inglés, acusados ambos de haberle robado un reloj de oro a un refugiado español.

La Corte interroga a los tres, deja ir al negro, detiene al *cockney* para juzgarlo y manda un citatorio al capitán del barco para que venga a la mañana siguiente; se acompaña el citatorio

⁷² Londinense de los barrios bajos.

con una amable petición para que busque a bordo entre las pertenencias del acusado.

Se hacen reconvenciones a más hombres por tener sus propiedades sucias; un hombre recibe 10 días y una gran sorpresa ante los malos manejos a los que puede llegar la justicia, por haber golpeado a su mujer, madona india y morena, con ojos de borrego, que atestigua contra su voluntad.

Una viuda de cara delgada, con un estropicio de ropa negra, paga la multa de su pendenciero primogénito, quien enloquecido por unos cuantos centavos de *aguardiente*⁷³ del 96, rompió una ventana y partes de la anatomía de un policía nativo. El capitán-juez ha servido en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y su "español carabao", tan educado, lo coloca en una prestigiosa posición. No una vez, sino muchas, corrige y aconseja al traductor, cuando ese valiente falla en la interpretación adecuada de los matices de algún sentido o se trenza en animadas discusiones con los acusados o testigos sobre asuntos irrelevantes al caso. Otra de las características de la eficacia de este justiciero rubio, cuyos ancestros deben haber estado emparentados con Hengist y Horsa,⁷⁴ es su combinación de paciencia, rapidez y certeza. Su justicia es dura y rápida, pero siempre legal, inalterable ante la seriedad o ligereza del caso. Opone franqueza y simplicidad a la alharaca y palabrería de los veracruzanos. Sus pacientes preguntas van al grano, llega a su veredicto a la mitad de una dilatada explicación de detalles que se refieren a otros asuntos —no el que se discute— y de pronto, como un disparo, anuncia: "Culpable, cuarenta días", o: "Inocente, el que sigue".

⁷³ En español en el original.

⁷⁴ Hengist y Horsa fueron guerrero sajón del siglo V que emprendieron la primera colonización germánica en la isla de Gran Bretaña.

Declara culpable a Martín Oñez de Loyola, español de sangre pura, de un crimen particularmente grave y lo sentencia a seis meses, sólo para tenerlo preso en espera de ser deportado a España, su tierra natal. Pero el capitán-juez es obstinado. Da instrucciones para que cuando sea condenado el jefe de policía de La Habana no lo deje bajar del barco, y al jefe de la policía de Barcelona para que lo aprese al llegar a su terruño. El caso de Martín Oñez de Loyola amerita el rigor de su sentencia. Una mexicana de la capital, pudiente pero ignorante, se había casado con el hermano de su difunto esposo, igualmente pudiente e ignorante. Loyola se enteró de la boda y los convenció de que se trataba de un horrible crimen y les había estafado, en varias ocasiones, más de 10 mil pesos. Habían intentado escapar pero Loyola, como sanguijuela, los siguió entre las líneas de los dos ejércitos hostiles de Veracruz. Y ahora, gracias al capitán, podrían regresar a la capital, mientras que el perseguidor, a regañadientes, viajaría a España.

Francisco Hernández, estúpido y con mirada preocupada, es acusado de haberse robado un barril de vino. Se declara absolutamente inocente y la Corte, pacientemente, debe deshacer un nudo. Pedro de Valdivia, dueño de una cantina y García de Mendoza, su cantinero, atestiguan haber sorprendido y aprehendido al ladrón cuando rodaba el barril por la banqueta; y alegremente hubiera continuado rodándolo, de no haber sido sorprendido.

Dos peones atestiguan haber visto a Francisco Hernández cuando fue detenido, mientras rodaba el barril y el caso comienza aponerse difícil para Francisco Hernández, quien había jurado ser inocente. Y entonces, la inspiración lo ayuda. Acepta cuanto se ha atestiguado. Él no era el dueño de ese barril. Efectivamente, entró a la cantina y sacó el barril rodando. Lo

sorprendieron al dueño y al cantinero en la forma descrita, pero —la excusa que da es tan vieja como la primera propiedad portátil— sucede que, mientras andaba por la calle en busca de trabajo—ya que él es cargador por profesión— dos desconocidos se le acercaron y lo contrataron para que les llevara hasta su casa un barril de vino que acababan de comprar. Eso era todo. Era tan inocente como un recién nacido. ¿Para qué quería él un barril entero de vino? ¿Que haría él con un barril de vino, siendo tan honesto como temperado?

—¿A dónde llevaba a entregar el barril?— pregunta la Corte. Francisco Hernández no puede acordarse de la dirección.

—¿Quiénes eran los hombres?

Francisco Hernández dice que no los conocía.

—Describelos.

Uno casi puede ver funcionar la imaginación de Francisco Hernández ante la presión, nos pinta a dos míticos desconocidos.

La Corte hace otra serie de preguntas irrelevantes acerca de sus quehaceres anteriores en ese día, de su trabajo y Francisco Hernández, creyendo que le han creído, gana confianza.

—Describe a los dos hombres— le dice abruptamente la Corte.

El pobre hombre es tomado por sorpresa. Se embrolla, se detiene, trata de recordar la descripción descabellada de dos individuos inexistentes y divaga, se equivoca, se hunde, y entre tartamudeos y titubeos oye con sorpresa las tres palabras que el capitán acaba de proferir: "Culpable, seis meses". Y mientras el traductor da las malas noticias en términos comprensibles del español, ya el juez está de lleno en el siguiente caso.

Y este caso hará que toda la población de Veracruz tome nota de que nunca antes se había administrado justicia de esta manera aunque para ello fueran menester cuatro mil soldados, 20 mil

marines y marineros, naves militares con un costo de cien millones de dólares, para instalar al capitán-juez en el Palacio Municipal.

Es un caso sórdido y mezquino: Rosalía de Xara Quemada y Cristóbal de la Cerda son los inculpados. Alonso de Xara Quemada es el marido de Rosalía y el quejoso. Es un individuo de ojos saltones, mejillas cadavéricas y rostro de lobo; sonríe vengativo y triunfante al hacer sus cargos.

Rosalía está asustada y vagamente desafiante. Tiene la cara llena, ovalada, pelo rizado partido al centro y bien amarrado con una cinta azul celeste, lleva aretes en las orejas. Tiene en su sangre india lo suficiente de española para justificar su temperamento y para explicar, también, la inimitable manera de envolverse en el rebozo desde los hombros hasta las caderas. Cristóbal, el amante, es un joven deprimido y melancólico que hace contabilidad para ganarse la vida.

Rosalía y Cristóbal se declaran culpables y se preparan para el juicio despiadado del juez que imparte justicia con un revólver en la cadera y tiene dos soldados armados por amanuenses. Pero el juez no está satisfecho. Hace a Rosalía y a su marido muchas preguntas agudas. Tienen cinco hijos. En cuatro años Alonso no ha contribuido con un solo centavo a su manutención. Rosalía, fregando, acarreando, cocinando y de otras maneras ha dado sustento a sus cinco vástagos.

Rosalía parece envalentonarse y acalorarse al relatar esto, mientras Alonso le echa una mirada que se traduciría en golpiza si no hubiera allí quien interfiriera. El motivo por el cual la hizo arrestar, continúa Rosalía, es que, antes del arresto, se negó a prestarle cinco pesos. Ya le ha prestado dinero en otras ocasiones. Nunca le ha pagado.

El capitán ordena a los inculpados dar un paso al frente para escuchar la sentencia y procede:

—Cristóbal de la Cerda. Te has declarado culpable del grave delito de adulterio. De acuerdo a las leyes mexicanas podría sentenciarte a dos años. No seré estricto. Te sentenciaré a seis meses. Empero, la sentencia se suspende, aquí y ahora. Tendrás libertad condicional. Te reportarás cada sábado a las nueve de la mañana ante esta Corte con una carta de tu patrón atestiguando tu buena conducta.

La cara del marido es un mosaico cuando oye al traductor decir esto en español. Cuando se habla de dos años se le ve feliz. Aún se le ve feliz —aunque no tanto— cuando se habla de seis meses; se ve correr la sangre furiosa en su rostro ante la suspensión de la sentencia, que verdaderamente lo indigna. A Rosalía se le sentencia de manera semejante: libertad condicional, debe reportarse cada sábado en la mañana, se le amonesta. Pero el caso no termina allí. Se le ordena a Alonso de Xara Quemada, desconsolado por la mala manera en que se administra la justicia, que se adelante:

—Alonso de Xara Quemada, tu conducta es de lo más reprehensible. En tanto el traductor se afana en el diccionario para encontrar el equivalente para esta frase introductoria, Alonso pone tal cara que se diría que, en los siguientes minutos, espera ser fusilado.

—Los cinco niños son tan tuyos como de ella. De ahora en adelante cumplirás con la parte que te corresponde en su manutención. Cada semana pagarás a Rosalía la cantidad de cinco pesos. Cada sábado, a las nueve, te presentarás ante mí con un recibo que ampare cinco pesos. Si no lo haces, te sentenciaré a seis meses.

Para Alonso el asunto es inconcebiblemente horrible. Grita, amenaza en forma apasionada, desconoce para siempre a Rosalía, a sus cinco hijos, su recuerdo y su responsabilidad. Es más, no pagará los cinco pesos. ¿A quién se le puede ocurrir tal idea?

Niega al juez su potestad para enjuiciar y, en medio del alegato, anuncia que apelará a las cortes mexicanas para que tomen las medidas pertinentes ante tamaña injusticia. El puño del capitán-juez cae sobre la mesa al oír esto y, como rayo, sentencia:

—Aquí no hay ley mexicana. Yo soy la ley. Pagarás los cinco pesos. Hoy es jueves. Vienes el próximo sábado con el primer recibo por cinco pesos. ¡Vámonos!.⁷⁵

Alonso de Xara Quemada grita y protesta, pero dos soldados con amenazadoras bayonetas en el extremo de sus rifles se adelantan y Alonso se aquieta.

Salí tras él, gozando con glotonería de las maldiciones que lanzaba calle abajo. Y me hice el propósito de estar en la Corte el sábado a las nueve de la mañana. Y, ese día, allí estaba Alonso de Xara Quemada mostrando, malhumorado, un recibo por cinco pesos con la firma de Rosalía de Xara Quemada.

Todas las transacciones y asuntos que he descrito son solamente parte del trabajo de una mañana en una de las cinco Cortes que funcionan en Veracruz.

No puedo terminar sin describir la escena que presencié justamente cuando las quejas de Alonso se empezaban a hacer inaudibles, calle abajo. El capitán Callahan se encargaba de recibir a una dama aún más difícil que la de la carreta. La conducía un policía nativo, sudoroso y desarreglado. Ella se había defendido en el camino con tal brío que el pobre se quedó parado junto a las celdas, extenuado, sin poder dar un paso más. En vano ordenó el capitán Callahan que la hiciera entrar. Era más fuerte que él y había tomado un segundo aire. Cuando se lanzó, en salvaje golpiza contra el policía, un alto soldado avanzó hacia ella y le tocó el hombro. Volteó y lo miró. Sin

⁷⁵ En español en el original.

decirle ni una palabra, le indicó, con un gesto del pulgar, el camino hacia las celdas. Se detuvo con humildad y obediencia y, con humildad y obediencia, entró a la celda sin que nadie posara ni un dedo sobre su persona.

NUESTROS AVENTUREROS EN TAMPICO

27 de junio de 1914

Uno debe ir y ver para conocer. Mi impresión, antes de llegar a Tampico era que encontraría un típico puerto mexicano infestado de viruela, fiebre amarilla y unos cuantos aventureros mexicanos, de dudosos antecedentes y perniciosas actividades. Había también oído que en Tampico y sus alrededores había pozos petroleros operados por los antedichos aventureros. Y era casi lo único que sabía, hasta que fui y vi.

Viajaban conmigo, en el mismo barco de vapor, los petroleros que regresaban; los mexicanos los habían llevado hasta nuestros barcos de guerra el día que nuestras fuerzas desembarcaron en Veracruz y nuestro Departamento de Estado los deportó a Estados Unidos. Un gran lanchón de hierro encallado, barrido por cada ola, mostraba la destrucción ocurrida en el rompeolas que se adentraba sobre el Golfo.

—Ese lanchón es nuestro —me dijo uno de los petroleros—. Cuando los federales dispararon sobre nuestro muelle, se quemaron sus amarras y se fue a la deriva por el río.

Me vio con mirada torva cuando comenté que habían corrido con buena fortuna.

—Espérate y verás —fue cuanto dijo.

En la boca del río Pánuco ambas vertientes están cubiertas con los tanques petroleros, que parecen enormes hongos en el paisaje.

Quedé impresionado, no había soñado siquiera que nuestros aventureros trabajaran tanto. Era una muestra verosímil, una muestra muy verosímil. Continuamos río arriba y, a orillas del cauce, se alineaban cada vez más terminales y tanques: la terminal de La Corona, la de El Águila, sobre ambas riberas del cauce; junto, los grandes y macizos edificios de la Standard Oil. Y ante mí desfilaban los nombres de las compañías:

National Petroleum, Waters-Pierce, Gulf Coast, La Huasteca, Combustibles Mexicanos, Magnolia Petroleum, International Oil, East Coast Oil... dejé de enlistar las compañías y noté que en Tampico había más de lo que había previsto.

—Ah, por fin llegamos a la ciudad —dije señalando una gran cantidad de edificios sobre la ribera norte. Se me informó que faltaban aún varios kilómetros para llegar, que lo que confundía con Tampico eran las instalaciones para almacenar y refinar, las plantas de parafina y los agitadores de las refinerías.

Me señalaron las paredes en ruinas de un edificio muy grande. —Allí se perdieron 600 mil dólares. Destrozaron 250 furgones; fueron las bombas de los barcos federales.

Sacamos la bandera sanitaria y echamos anclas a quinientos metros de distancia de un embarcadero quemado.

—Mira—me explicaron—, los rebeldes tenían aquí dos ametralladoras y varios tiradores; los federales del Zaragoza⁷⁶ nos dieron, duro y bonito. El embarcadero estaba recién construido; es más, ni siquiera estaba terminado. Las bombas hundieron tres de nuestras embarcaciones. Allí, en el fondo del mar, están el Topila y el Spindletop; más allá, el Santa Fe. Mira lo que quedó del tanque que estaba en ese cerro. El fuego nos dio mucho qué hacer, mientras ardía; intentamos que no saliera de un cerco y el Zaragoza no dejaba de disparar. ¡A mí que no me hablen mal de los peones! Yo estuve allí, con una cuadrilla. Trabajaban por el salario usual y ni siquiera soldados bien entrenados lo hubieran hecho mejor. Tan pronto como entramos a apagar el fuego el Zaragoza arreció su ataque. Tuvimos que cubrirnos durante diez minutos, hasta que las

⁷⁶ Zaragoza: nombre de un barco federal; no confundirlo con el general huertista, Ignacio Morelos Zaragoza, quien lucha contra Pablo González por la plaza de Tampico y a quien se menciona más adelante.

bombas y ametralladoras amainaron; entonces subimos otra vez. Ninguno de los peones tuvo miedo, logramos contener el petróleo sin que se derramara, hasta que se quemó. ¡Vaya peones, *hombre*, vaya peones!

Mientras esperábamos al médico del puerto, los grandes buque-tanques se alineaban uno tras otro, como una enorme procesión llegada del mar, echaban anclas y agitaban la bandera sanitaria.

—Llegan, cargan y se van el mismo día —me dijeron—. La Huasteca puede cargar nueve mil barriles por hora. En los buques hay tripulantes que vienen hace un año y que nunca han puesto un pie en tierra.

Comencé a indagar sobre las cifras de las actividades perniciosas de nuestros aventureros: una sola compañía tenía 200 tanques de concreto techados con capacidad para un millón 250 mil barriles y 120 tanques de acero, con capacidad para 55 mil barriles cada uno. Si un tanque de acero cuesta 30 mil pesos, el costo de 120 tanques de acero es de 3 millones 600 mil pesos. Tomando como referente el tipo de cambio vigente en México antes de los conflictos recientes, la inversión —tan sólo en los tanques de acero— es de un millón 800 mil dólares americanos de oro. Si se considera que esto no es sino parte de uno de los rubros dentro del equipo para almacenamiento de una sola compañía, y que hay otros rubros de equipo igualmente costosos, el total invertido en equipo por las diversas compañías podría calcularse vagamente.

Por fin subió a bordo el doctor del puerto y pudimos continuar por el río hacia Tampico. El Pánuco es un río noble, hondo, de corriente rápida y ancho. Al doblar un recodo, entre interminables campos de tanques, apareció la flota completa de barcos mercantes y militares con banderas de diversos países. El Des Moins ondeaba la única bandera americana.

Pasamos por la aduana y, al salir, una hilera de constitucionalistas a caballo me hizo olvidar, por un momento, el petróleo y los tanques petroleros. Antes de enterarme de lo que pasaba, me encontré acompañado por 500 constitucionalistas, enviados a reforzar a los que perseguían al general Zaragoza y sus cuatro mil federales.

Jamás, en ningún campo de batalla, me había topado con un grupo de guerreros tan despreocupado, tan confiado a su suerte, tan rozagante de bien comer, de tan excelente humor. Todos montaban. Todos y cada uno de los caballos eran robados: mostraban las marcas de cada uno de los ranchos existentes entre el río Grande y el Pánuco. De vez en vez se veía algún vejancón canoso, pero la gran mayoría eran jóvenes. Había niños de 10, 11 y 12 años magnífica y monstruosamente calzados con espuelas, sobre broncos confiscados, con imágenes de santos en los sombreros y dagas robadas y cuchillos de caza en las chaparreras, pistolas automáticas y revólveres en las caderas, las cinturas y los hombros cuajados de cinturones y bandoleras cargadas de cartuchos y el indispensable rifle; atravesado sobre el pomo de la silla. Y había mujeres, jóvenes todas: soldaderas, simplemente, o Amazonas —las primeras con falda y montando de lado y las segundas con pantalones y montadas como hombres—, todas ellas tan perversamente armadas como sus camaradas masculinos, ninguna casada. No me gustaría estar en la línea de fuego ni herido en un campo de batalla ante una de estas mujeres.

Cruzamos en una panga a la orilla sur del Pánuco y traté de tomarle una fotografía a una tímida soldadera con falda. En vano, hasta que logré el favor del coronel al mando tomándole una a él y a sus oficiales. Estaban tan complacidos que me dieron cuanto poseían y ordenaron a la soldadera que enfrentara la cámara. El orgulloso coronel hasta interrumpió sus

actividades para decorar a la soldadera con su propio cuchillo, pistola y cartuchera. Ella era joven, fuerte, sin corsé, vestida de algodón, india pura; según me enteré, llevaba dos años cabalgando con los revolucionarios. Venía de muy al norte y su destino final era la ciudad de México.

Al desembarcar en la ribera sur, deseoso de tomar la fotografía de dos o tres rebeldes, sufrí el peso de la abundancia. Todos los soldados se apiñaron en el encuadre inmediato —eran medio millar— y yo no tenía un gran angular. En grupos de dos o tres posaban, en las actitudes que suponían más sangrientas; sólo pude escapar fingiendo apretar el obturador y correr la película pacientemente. Estaban orgullosos como pavorreales y emocionados como niños ingenuos. Apreté el obturador ante una larga fila de hombres montados; uno de ellos, fuera de sí y con valor desbordante, disparó accidentalmente su rifle. Sus compañeros rieron. Sus jefes ni siquiera protestaron. Es una ocurrencia muy común. No son sino niños que cacarean, presumiendo; rebeldes que cambian el tedio del trabajo diario por este festival permanente. Y es un festival tener un caballo qué montar, un peso y medio diarios, buena comida, la posibilidad de saquear y, sobre todo, gozar de la oportunidad de disparar sobre sus congéneres, que es el juego más grande de cacería al que pueda apostarle un hombre. Ante el fuego del crepúsculo, hombres, mujeres y niños cabalgaban en una fila sinuosa y desaparecían hacia el sur, rumbo a México, con el corazón esperanzado en poder salvar la vida y acabar con la de algunos de los pobres e infelices federales que, cojeando, se hubieran rezagado y separado de las filas derrotadas de Zaragoza.

Regresamos en lancha y vimos Tampico, rodeada de agua por completo como una Venecia. Los patios traseros de las viviendas de la bahía colgaban sobre el canal y se confundían con las

canoas ahuecadas y *chalanas* (barcas abiertas nativas)⁷⁷ donde vivían muchas familias. Además de todo esto, había señales evidentes de las actividades de nuestros aventureros americanos. Por todas partes se construían y reparaban barcos. Había talleres de pintura, de máquinas, oficinas; había barcos de vapor para el río, barcas, y lanchas; no docenas, cientos. Una carreta tirada por los dos caballos más flacos, huesudos y sarnosos que nunca se hayan visto me llevó al hotel. Es obvia la razón que explica el estado de estos caballos: sólo pencos; en tales condiciones pudieron escapar de las requisas de medio año, ya fueran éstas perpetradas por los federales o por los rebeldes.

El hotel era moderno, de cinco pisos, con elevadores: era la copia, en todos sus detalles —desde las mesas de la cafetería estilo Sherry's hasta los vasos de Tom Collins, al estilo de Martin's— de un hotel de Nueva York. El mío tenía también cerveza helada, adquirida de los oficiales constitucionalistas de una carga confiscada en Monterrey que hicieron llegar a Tampico por el Ferrocarril Central Mexicano, también confiscado.

Lo interesante no era tanto el hotel como los hombres que estaban allí, americanos todos, reunidos nuevamente tras su viaje forzoso a Estados Unidos. La atmósfera era parecida a la del Oeste, de frontera, de campamento minero. Me recordaba, más que nada, a los hombres de Klondike.⁷⁸ Y, por cierto, en menos de una hora me encontré a una docena de gambusinos. Conocía a dos de ellos de tiempo atrás, en Alaska. Uno de ellos, de quien me había separado hacía 17 años en Dawson City, me dijo:

⁷⁷ En español en el original, así como su explicación.

⁷⁸ A fines del siglo, London estuvo en Klondike, Alaska, de gambusino con los buscadores de oro. Ese año sirve de escenario a varios cuentos, relatos y artículos. El tema es obvio para sus lectores, no tanto para nosotros.

—Jack, esto no es Klondike. Sobrepasa con creces Klondike y cualquier otra mina que hayas visto. Tú me oíste hablar con frecuencia de El Dorado, 500 metros de altura de roca a roca, en la bajada de un río —bueno, eso era una mina chica y saqué medio millón—. Diablos, aquello no era nada comparado con esto. Mira, el viejo pozo de El Ébano es el primero del país; ya fluía cuando lo abrieron, hace 12 años, y sigue brotando. No lo han tenido que bombear todavía. Fluye naturalmente. Los holandeses, Pánuco arriba, tienen otro agujero de 80 pulgadas que si bien no es el gran espectáculo, arroja 185 mil barriles al día, y sin haberlo perforado. Calcula de qué te estoy hablando. Suponte que un barril de petróleo cueste 50 centavos, son 90 mil de oro al día; en diez días, 900 mil; en cien días, 9 millones; en un año, descontando 65 días por retrasos o accidentes, 27 millones monedas de oro de Estados Unidos, con un águila y un indio. El Dorado y Bonanza ⁷⁹ juntos, en sus mejores vetas, con ganancias y todo no dieron eso en los primeros dos años, y eso que recogimos la pura crema de la leche.

Me enteré que el campo Pánuco, solamente, contenía por lo menos 2 mil millones de dólares en petróleo, según estimaciones de un petrolero experto. Un conocedor más conservador de la compañía estimaba que eran 2 mil 500 millones y tras dudarlo y sin que se le presionara rectificó el cálculo y lo revaluó en 2 mil millones de dólares. Y el Pánuco no era sino uno de los tres grandes depósitos —los otros eran El Ébano y Huasteca—. Había dos depósitos menores, el Chila y el Topila, cada uno con sus notables pozos en producción. Y en los cinco sitios se había perforado poco.

⁷⁹ Nombres de vetas de oro en Alaska.

Del petróleo y los petroleros me desviaron hacia la guerra y los soldados un par de oficiales rebeldes. Uno de ellos era un coronel que no hablaba inglés. Me dio un puñado de billetes federales que había confiscado en Monterrey y que los constitucionalistas habían declarado sin valor. Por eso me lo dio. Rápida y distraídamente compré cervezas para todos y pagué con ese dinero. Recibí cambio de uno de los billetes más altos, en dinero del bueno, constitucionalista. El otro oficial, un mayor, tenía una voz suave y una cara tan gentil como de mujer; y era, al mismo tiempo, tan sanguinario como cualquier héroe de la plaza de toros. Había pasado cuatro años en campaña. Había peleado por Madero; peleaba ahora por Villa y por Carranza. Dos de sus hermanos habían muerto. Todas sus propiedades habían sido arrasadas. Recientemente acababa de recuperarse de una herida de bala que lo había traspasado de derecha a izquierda y luego había salido por abajo del corazón.

—Matamos a los hombres que saquean— me dijo suavemente, sin más énfasis que si se les hubiera dado un manazo a los saqueadores—. Matamos a cuatro de nuestros hombres, en Tampico. Somos realmente civilizados. En Monterrey ajusticiamos a un coronel y un capitán porque saqueaban. No lo toleramos, no somos salvajes.

Sí, era un veterano, llevaba cuatro años en la lucha. Había sido una larga lucha, días y semanas de hambre, tiempos en que sólo pensar en una tortilla los hacía languidecer de añoranza. Un simple trozo de carne, sin condimento, cocinado directamente sobre el fuego puede hastiar después de un mes. ¿Cómo se rasuraba Huerta? Bueno, Huerta se paraba frente al barbero que lo rasuraba pistola en mano, para dispararle si lo cortaba. Las atrocidades que se contaban de los constitucionalistas eran mentira; los federales sí las cometían. Arrastraban a los enemigos heridos con cuerdas hasta que morían; los

carrancistas, en cambio, llevaban a los contrarios hasta los hospitales y los curaban. Es verdad que en ocasiones ejecutaban a los oficiales federales que capturaban, pero solamente cuando eran reconocidamente traidores y asesinos.

—¿Zaragoza? —contestó a mi pregunta, antes de irse. Asomaron sus dientes blancos y parejos y con su voz suave me dijo, de manera muy dulce:— Está metido en una trampa. No tiene escapatoria.

—¿Y cuando lo agarren? —inquirí.

—Es un asesino —fue la respuesta, indirecta es cierto, pero fulminante.

Por la mañana, en una lancha rápida, acompañé al superintendente general de una de las compañías; remontamos el río Pánuco. La rica tierra aluvial es cultivada por los indios hasta las orillas mismas del agua, excepto donde hay muelles para cargar petróleo o donde las riberas se cortan abruptamente sobre el cauce. Constaté, entre cocoteros, plataneros y huertas de mangos, que ciertamente el lugar y el clima permiten tres cosechas al año, como se afirma.

Una tras otra veía milpas con el maíz apenas brotando, otras con mazorcas y las terceras, listas para la cosecha.

Era extraño ver al ganado beber en el río, hundido hasta las rodillas y a las mulas y los caballos en los márgenes. No todos los animales habían sido arrasados por los soldados. De vez en cuando, nuestro ligero transporte se orillaba para que el superintendente identificara animales que le parecían conocidos. A veces, lograba localizar bestias que habían escapado de los soldados que huían en desbandada y regresaban a sus propias pasturas.

Al llegar a la embocadura del río Tamesí, pasamos el puente levadizo que los federales habían destruido junto con un barco de guerra, el Veracruz, que había sido abandonado con las

escotillas abiertas cuando los constitucionalistas tomaron el pueblo.

Seguimos por el Pánuco, junto a los techos de teja de las casas de los americanos que cultivaban la tierra, junto a las chozas de pasto de nativos morenos que se bañaban en las partes poco hondas del río. Las granjas de los americanos estaban abandonadas, pues los dueños aún no regresaban del viaje forzoso que emprendieron a Estados Unidos. Una de estas propiedades tenía mil 300 hectáreas, de las cuales 100 eran platanares. Otros americanos se dedicaban a la toronja y todos tenían grandes reservas de pastura. En este lugar no hay paja seca y los nativos no dan a sus animales de trabajo ni un grano siquiera. Caballos y mulas comen pasto y mascan hojas, y hay pasto y hojas a lo largo de todo el año. Llueve siempre, y la "temporada de lluvias" es sólo una época más excesiva de precipitaciones.

El río Pánuco hervía de tráfico. Habían regresado los primeros aventureros y trabajaban ya en su petróleo. Los barcos estibadores y las pipas se movían de arriba a abajo entre las altas estacas de las barcas tanques; de aquí y de allá, por las orillas, los barcos cargaban petróleo de los conductos que conectaban con los pozos cercanos.

Pasamos también sitios donde hubo, en la antigüedad, pueblos de entre cinco y cincuenta mil habitantes ya completamente despoblados, masacrados por los aztecas o sacrificados en la ciudad lacustre de los Moctezumas.

Sobre el río había varios cientos de chalanas, barcos largos indios impulsados con palos, que iban río arriba a traer mercancía del pueblo y bajaban cargados de pollos, verdura, carbón, maíz, panela, plátanos, pinas, cañas y toda suerte de productos agrícolas que se venden en Tampico.

La inquebrantable integridad de los indios es conocida por todos los forasteros. Los mestizos son los mentirosos, deshonestos y traidores. Eran mestizas también las masas que gritaban muertas a los gringos en Tampico. Y muchos de estos mestizos vociferantes eran empleados de los mismos gringos a quienes querían matar y cuyas propiedades querían destruir. Y era el peón, el indio, quien permanecía leal a sus compromisos. Narraré lo siguiente, como ejemplo de lo antes dicho: a mitad del viaje a Topila, el superintendente paró el barco en un pequeño muelle donde un indio cargaba petróleo. Cuando expulsaron a los americanos, este indio, sin instrucciones de nadie, enfrentó a los soldados, se mantuvo en su puesto y pasó el petróleo que fluía de los pozos hacia los tanques y almacenes de emergencia. No se perdió ni un solo barril. Los federales le pusieron tres veces un lazo en el cuello, para obligarlo a enrolarse. Les dijo, y ya es leyenda:

—No quiero pelear, no busco líos con nadie. No quiero problemas. Cuando llegué a trabajar por primera vez con los gringos no tenía nada. Estaba descalzo. Ahora, uso zapatos. Antes ganaba sesenta centavos diarios y ahora gano cuatro pesos. Tengo una buena casa. Tengo sillas en mi casa. Tengo una máquina que habla. Antes, vivía como un perro. No, no voy a ser soldado ni a pelear. Lo único que quiero es que me dejen tranquilo.

Llegamos, río arriba, hasta los pozos del superintendente en el campamento Pánuco, a 64 kilómetros de Tampico. Dos días antes muchos americanos habían regresado al campo saqueado y habían comenzado a mover el petróleo y a construir nuevos tanques de emergencia, por si tuvieran que salir otra vez. El encargado, un texano flaco y de voz baja respondió a la pregunta del superintendente:

—Ah, todo va despacio. El problema es que nuestros peones escaparon y tardarán en recobrar la confianza y volver. ¿Conoce a fulano de tal? El tipo vino esta mañana, algo tomado y amedrentó a los pocos peones que habíamos reunido, diciéndoles que pronto nos sacarían de aquí y que todos los que hubieran trabajado para nosotros serían pasados por las armas. Y también a nosotros nos bravuconeó y amenazó, cara a cara, diciéndonos que lo que iban a hacerle a los peones no era nada, comparado con lo que preparaban para nosotros. El superintendente volteó a verme con una sonrisa preocupada.

—Ese hombre —me explicó— es el mexicano típico, el viejo mestizo, sin virtudes y con todos los vicios. Es dueño de una de las tiendas más grandes de Tampico. Nuestros libros de contabilidad muestran que hemos gastado en su tienda más de cien mil dólares de oro en los últimos meses. Había sido invariablemente cortés y amistoso con nosotros. Y ahora, escoge nuestro campo para venir a proferir sus amenazas.

La confusión que causó no desembarcar nuestras tropas en Tampico al mismo tiempo que en Veracruz es patente para cualquiera que conozca el lugar y haya estudiado las circunstancias o haya ponderado la situación. Las cosas no pudieron haber sido peores, pues nuestros barcos de guerra se retiraron del río y anclaron en el Golfo, a quince kilómetros de distancia. Los mexicanos, enfurecidos por la invasión, tomaron nuestra retirada de Tampico como un signo de timidez. La chusma se juntó en la calle y los americanos, hombres, mujeres y niños, se refugiaron en los hoteles, mientras la chusma arrancaba y escupía la bandera americana y gritaba muertas a todos los estadounidenses.

Se requiere de un peculiar razonamiento para concluir que la única manera de salvar a los compatriotas —hombres y mujeres— es correr y dejarlos en tal ciudad, bajo tales circunstancias.

Peor aún: Estados Unidos, de acuerdo a la Doctrina Monroy había obligado a las otras potencias a retirarse, tras anunciar que ellos se harían cargo de la situación; por eso los capitanes de los barcos de guerra holandeses e ingleses se negaron a prestar auxilio a los americanos abandonados, aún cuando el capitán de un barco alemán los invitó para que organizaran una expedición de rescate y sacaran a los americanos sitiados. Esto sucedió la noche después del día del desembarco en Veracruz.

Esa noche, más de cien americanos —incluyendo a sus mujeres— se refugiaron en el Hotel Southern. Quienes no tenían pistolas se habían armado con machetes y picos en lo que parecía ser el último reducto. La chusma gritaba en las calles y repetidamente atacó las puertas del hotel con descargas. A la una de la mañana, dos oficiales alemanes llegaron al rescate desde uno de los barcos. Ingleses y holandeses se habían negado a cooperar y el comandante alemán actuó bajo su propia responsabilidad. Gracias a los alemanes, fueron rescatados los americanos de Tampico.

Pero había, además, varios cientos de hombres, mujeres y niños en los campos petroleros. De Tampico al campamento Pánuco hay setenta kilómetros de río zigzagueante. Los barcos de guerra americanos estaban alejados quince kilómetros de Tampico, en dirección opuesta. Un superintendente, acompañado de un joven texano, se aventuró a la calle muy de mañana, el segundo día. Los escupieron y los insultaron, se salvaron gracias a un guardia armado. Pero lograron salir al río y lograron que un barco de vapor se remontara por el Pánuco. Los soldados y saqueadores les disparaban, las tropas federales los seguían, a caballo, por las orillas, pero lograron llegar a todos los campos y rescatar a 300 compatriotas aventureros y traerlos de regreso. Sí, alguien dio un traspiés en el asunto de Tampico.

Cuando el general Zaragoza evacuó Tampico con sus cuatro mil federales, partió en varias locomotoras y vagones. Pero más allá de El Ébano las vías estaban bloqueadas por los rebeldes. El general Zaragoza abandonó los trenes y llegó, campo traviesa, hasta los pozos de Pánuco. Mató a 15 de los hombres que se rezagaron para azuzar al resto. En el campamento Pánuco consiguió caballos y comida para sus hombres. Era un hombre derrotado y lo hubieran destrozado, pero lo salvó un último recurso: mandó un recado al general Pablo González, comandante de los rebeldes que lo habían expulsado de Tampico...

—Soy un hombre derrotado —era el tenor del mensaje de Zaragoza—. Mis hombres están exhaustos. No tengo municiones. Si me atacan, estoy perdido. Pero en el momento en que me ataquen, incendiaré los pozos.

Y los rebeldes no atacaron. ¡Vaya situación! Los rebeldes planeaban aumentar su tesoro, esquilmando a los petroleros. Y si se destruían los pozos, no podrían esquilmar a los petroleros. Zaragoza se tomó su tiempo, siguió hacia el sur por Tierra Caliente buscando una entrada hacia el Altiplano a través de las mesetas.

Hombres con mentes infantiles, incapaces de gobernar, jugando con armas de gigantes. ¡Dos mil millones de dólares en petróleo, un bien de la humanidad, podría decirse, a los pies de unos anarcos estúpidos! ¡Y lo único que lo salvó fue el deseo de rapiña de los anarcos, que la ejercerían por la vía de la contribución forzosa de los gringos, que fueron quienes encontraron y desarrollaron los campos petroleros!

El petróleo yace a siete mil metros de profundidad, bajo el Pánuco. La formación sobre los mantos está tan rota y rajada por accidentes anteriores que las bocas no son justas. Cegar un pozo en estas condiciones forzaría al petróleo a subir, por otras bocas. Cuando mucho, con los pozos cerrados al límite de

su seguridad, el flujo podría reducirse, pero no a menos de cien mil barriles diarios. Cuando los petroleros fueron sacados y deportados a Estados Unidos, este gran volumen se acumuló en los tanques y depósitos de emergencia. Un jirón de algodón, saturado de kerosene, encendido y aventado a uno de los tanques, hubiera prendido una hoguera de doscientos mil millones de dólares. El general Zaragoza hubiera podido prenderlo, también cualquier peón borracho.

Tal vez ninguna región petrolera pueda compararse a la de Tampico. Los pozos de los cinco campos manan, y a diferencia de otros pozos, éstos lo hacen lentamente. El pozo de El Ébano, del que hablamos anteriormente, lleva 12 años manando. En el campo Huasteca, hay un pozo del que han brotado 23 mil barriles diarios durante los últimos cuatro años. Y hoy sigue produciendo los mismos 23 mil barriles diarios y el petróleo tiene aún 22 grados de densidad, restos de humedad y menos de dos décimas del 1 por ciento de sedimento.

De este último pozo contaré, por cierto, que cuando los americanos fueron expulsados y los mestizos se lanzaron a la revuelta, un viejo indio encabezó a otros indios y en 22 días manipularon 500 mil barriles de petróleo y lo bombearon por los conductos hacia el tanque y la terminal, a 105 kilómetros de distancia. No se perdió ni un barril y cuando regresaron los americanos, estaba listo para ser cargado por los buque-tanques.

Y a pesar de que Tampico es la región petrolera más rica y más grande que pueda imaginarse siquiera, ha tomado tanto tiempo y dinero desarrollarla que sólo tres de las 89 compañías petroleras que operan aquí desde hace 14 años obtienen dividendos. Una compañía, en particular, ha invertido 38 millones de dólares y no ha producido sino uno y uno y medio dividendos. Hay compañías que han invertido todavía más. Una

compañía que ha ganado un dividendo tiene en su nómina cuatro mil hombres, salarios mensuales por cien mil dólares y notas por alimentos que alcanzan los diez mil.

Pasé un domingo tranquilo con los jefes de una de las compañías. El superintendente y yo habíamos coincidido en la búsqueda del rastro de un glaciar en las laderas del Paso Chilcoot. Era sólo un aventurero, por supuesto, pero aún así quiero contar algo sobre su nueva aventura, la mexicana.

Nos sentamos en un cuarto caliente. Aún no se sentía la brisa de la tarde. La casa estaba en una colina. Por todas partes había signos de una actividad febril. Los cerros más bajos estaban coronados por tanques de acero y depósitos. Las laderas, junto al río, estaban pobladas de talleres mecánicos, carpinterías, graneros, una planta de hielo, una planta eléctrica, una fundidora y campos para las carretas, los coches, las maquinarias para construir caminos, las dragas, las aplanadoras. Sobre el río se alineaban los muelles y en los muelles los buque-tanques cargaban petróleo. Había dragas, palas, lanchones, barcas, estibadores, remolcadoras de muelle y de mar y un yate rápido (traído hace un año para conducir a la seguridad del mar, de prisa y en caso de necesidad, a los empleados americanos). Y había más, todavía, que no alcanzaba a verse. Esta compañía, en particular, tenía campos para camiones, granjas de gallinas, huertas de aguacates, naranjas, limones, higos y toronjas —todo para nutrir a sus empleados—. Sabía que hacia el oriente, en el campo El Ébano, estaban el hospital de la compañía, los clubes y las tiendas de la estación. Ah, sí, tenían dos vías de tren que habían construido y puesto en marcha. También en El Ébano, había una planta de asfalto, reconocida como la mayor del mundo y, en la granja de animales, toros Herford importados, caballos percherones y burros de Missouri para mejorar las razas inferiores mexicanas;

antes de las campañas de federales y constitucionalistas, tenían diez mil cabezas.

Desde la casa de la ladera, un camino de terracería construido por la compañía cruzaba por la selva hasta la región de la Huasteca, para conectar con el ferrocarril local en Dos Bocas. A todo lo largo del camino y 180 kilómetros más allá, corrían las líneas de teléfono de la compañía. Dos ductos de petróleo, uno de agua y otro de gas también bordeaban el camino.

El teléfono no deja de sonar en el cuarto caliente de la casa de la colina. El superintendente, el jefe o algún otro lo contestan. Llega una llamada de una estación distante: los constitucionalistas habían atropellado a dos caballos. Otra llamada: los federales acaban de matar cinco vacas y un toro para comer, y el superintendente, a su vez, quiere saber si está bien su poni.

Un empleado llega al porche con la noticia de que cuatro camionetas incautadas por los rebeldes acaban de ser rescatadas en Tampico y vienen en una panga por el río. Otro empleado trae la noticia de que la lancha Doodle-Bug acaba de ser decomisada por los rebeldes.

Por teléfono llega la noticia de que el general Zaragoza, con 340 de sus hombres, quemó un pueblo y se llevó cuanto caballo o mula estaban a la vista. Los federales se acercan a Amatlán, llega la voz por teléfono.

—Se acercan a nuestras mulas —comenta uno de los jefes, y me aclara—: Tenemos allí seiscientas mulas; doscientas son americanas. Buen insumo, 60 o 70 mil dólares en carne de mula. Y el superintendente, por teléfono, ordena que lleven las mulas a otro potrero, lejos de la ruta de huida de los federales. La estación de agua en Tamcochín reporta que los federales se dirigen hacia allá.

—Bueno —dice el superintendente—, conserven los tanques llenos hasta el último momento y prepárense para dejarlos correr. Cada uno de ustedes ensille un caballo y dejen libres a los demás. En un intervalo de silencio en la línea, uno de los jefes pregunta por los rebeldes y localiza la estación por donde pasaron, hace unas dos horas, quinientos.

Una llamada anuncia que las 600 mulas se dirigen hacia potreros verdes y ocultos.

Los jefes tratan de trazar la ruta de los federales. Se concluye que no han logrado llegar al Altiplano, pero están obligados a intentarlo nuevamente, ya que al sur están bloqueados por los rebeldes, que han tomado el puerto de Tuxpan.

—No ofende ser llamado aventurero —comienza uno de los jefes, pero es interrumpido por ruido de cascos y la aparición de un maravilloso ejemplar de indio que desmonta y reporta que había recuperado treinta de los caballos de la compañía, pero unos rebeldes volvieron a llevárselos.

Otra estación reporta el rumor: quinientos rebeldes se encontraron con 3 mil 400 federales y la cosa se caldeó.

Uno de los jefes telefona a un ayudante para que alquile un lanchón que tome el lugar del Doodle-Bug, que fue decomisado. Apenas termina, se presenta un mestizo delgado —a quien acaban de nombrar coronel— para que reclute un regimiento de medio millar que apoye a los rebeldes. El jefe tiene toda suerte de consideraciones con el nuevo coronel. Se ve obligado a tenerlas para que no reclute a los hombres que trabajan en la compañía. El coronel también quiere tomar prestado un lanchón, un par de días. Es un chantaje, pero el superintendente lo presta sonriente y ordena alquilar otro en Tampico cuando el coronel parte. Después, a sugerencia suya, un jefe telefona a un hombre solitario de una estación solitaria sobre la ruta de los

federales para que esté preparado, desconecte y corte las líneas y huya.

Conferencian, entre interrupciones de teléfonos, sobre el problema del movimiento del petróleo de El Ébano. Uno de los jefes informa que la compañía está ocupada por siete locomotoras estropeadas que los rebeldes tomaron de la Central Mexicana. Se ordena a otro jefe, cuyas actividades son obviamente diplomáticas, que intente persuadir al jefe rebelde para que las muevan a los talleres de Tampico. Se decide convencer a los rebeldes de que transporten el petróleo de la Central Mexicana capturada, ya que no tiene capacidad suficiente de almacenaje.

—Si no quieren o no pueden —concluye el superintendente—, propónganles que nos dejen moverlo por nuestras vías. Podemos hacerlo en nuestros trenes, con nuestros hombres y equipo. Y lo anterior no es sino un ejemplo de lo que sucedió todo ese bendito día y parte de la noche en ese cuarto caliente de la casa de la colina. Debo añadir algo, para terminar: por teléfono confirmaron el reporte anterior de una batalla. Los tres mil federales hicieron pedazos a quinientos rebeldes, en retirada. También habían suspendido el reclutamiento y se dirigían de prisa hacia las montañas. En la noche, me adormilé en una silla, mientras el teléfono seguía repicando y el superintendente y sus jefes conferenciaban, planeaban y consideraban los problemas inmediatos, mucho más profundos que los aquí descritos.

Índice

Introducción

El juego rojo de la guerra, 16 de mayo de 1914
Con los hombres de Funston, 23 de mayo de 1914
El ejército de México y el nuestro, 30 de mayo de 1914
Al acecho de la pestilencia, 6 de junio de 1914
Los buscabullas de México, 13 de junio de 1914
Los justicieros, 20 de junio de 1914
Nuestros aventureros en Tampico, 27 de junio de 1914

Imágenes

p. I: *Obras de José Clemente Orozco en la Colección Carrillo Gil, México*. Complemento y notas del doctor Alvar Carrillo Gil, México, 1953.

p. II: Russ Kingman, *Jack London, (1876-1916)*, L'Instant, París, 1987. (Superior: Charmain y Jack London a bordo del barco hospital USS Solace. Inferior: de izquierda a derecha, los veteranos corresponsales de la guerra ruso-japonesa, Jimmy Hane, Jack London, Frederick Palmer y Richard Harding Davis, frente a la Escuela Naval.

pp. III, IV, VII (superior), VIII, XX: postales de la época, colección Asociación Civil José F. Gómez.

Todas las demás imágenes: Fondo Propiedad Artística y Literaria, colecciones P. Flores Pérez y Melhado, del Centro de Información Gráfica del Archivo General de la Nación.

México intervenido. Reportajes desde Veracruz y Tampico, 1914,
de Jack London, traducción, introducción y notas de Elisa
Ramírez Castañeda, se terminó de imprimir en el mes de agosto
de 1991, bajo la producción y cuidado de Centeno y asociados.
La edición consta de 1 000 ejemplares.